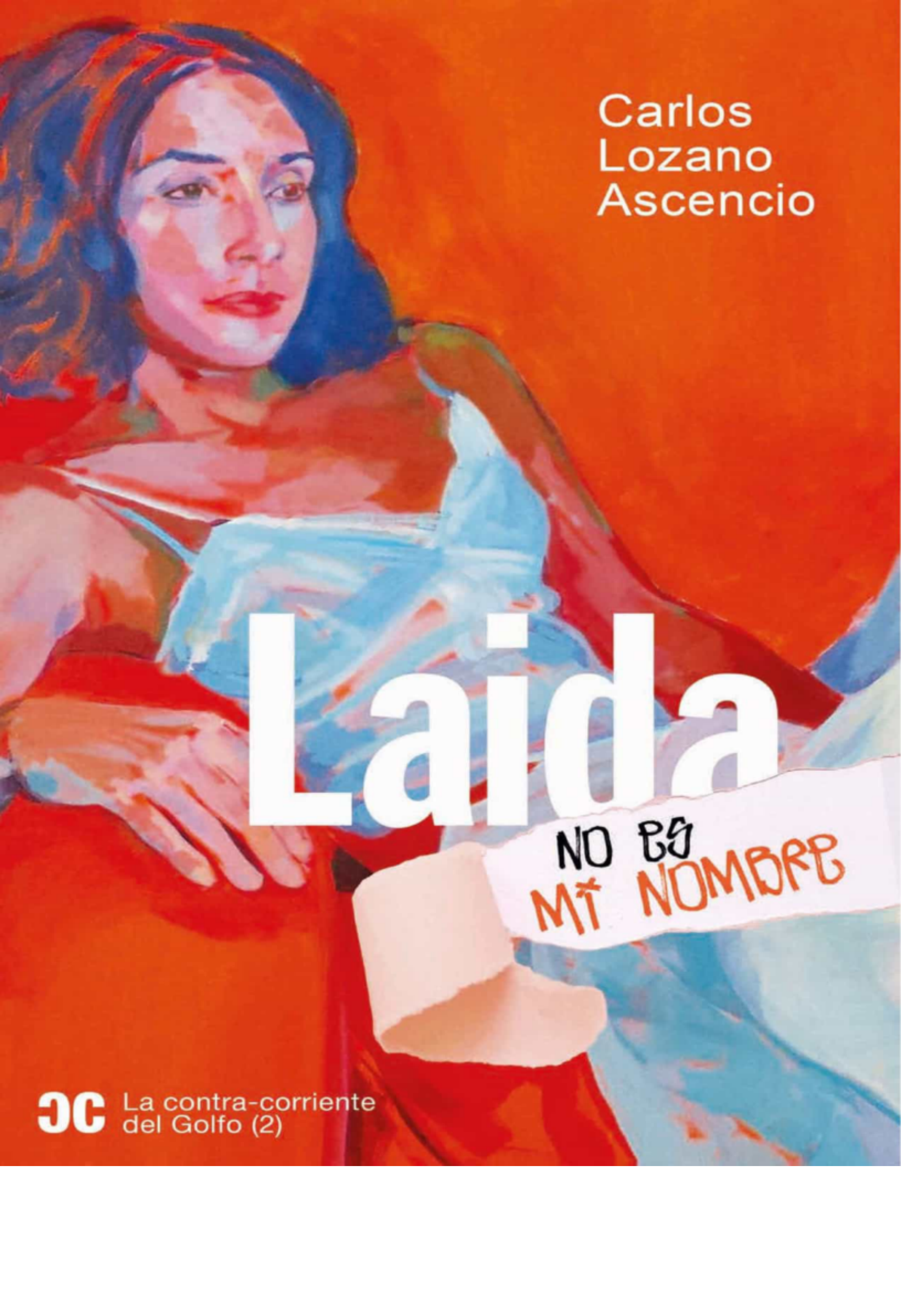

Carlos
Lozano
Ascencio
Laida
NO ES
MI NOMBRE
La contra-corriente
del Golfo (2)

Laida
no es mi nombre



Carlos Lozano Ascencio

La contra-corriente del Golfo (2)

Depósito Legal: M-003299/2019

Portada: Thomas Hoermann
Pintura: Karen Kruse
Fotografía: Joaquín Giménez Marín
Edición y maqueta: Carlos Lozano Ascencio
Madrid, agosto de 2019

A José Carlos,
quien, de niño,
siempre que veía un avión en el cielo
decía que iba a México.

Agradezco los comentarios de Guadalupe Amaro, Julia Roncero, José Luis Piñuel, Carmen Ezcauriaza, Carlos Barroso, Fermín Cabal y Mise García que desinteresadamente me hicieron para mejorar este relato.

Contenido

Recordar todo para poder olvidarlo

La gente suele llamarme “Laida”, pero mi verdadero nombre es “Lidia”. Nací en Madrid en el sesenta y dos y ahora que acabo de cumplir los cuarenta quiero empezar de nuevo. ¿No dicen que cuando se ingresa en el club de los cuatro decenios se llega a la plenitud de la vida? Yo quiero sentir esa plenitud. No sé por qué, pero hoy siento que la sangre me circula más deprisa, que las cosas que suceden a mi alrededor son perfectas y equilibradas; supongo que a partir de hoy el azar no tiene cabida en mi destino porque yo soy quien lo controla, quien lo determina, quien lo quiere así. En estos momentos estoy en el aeropuerto de Madrid Barajas esperando a que un avión de Iberia aterrice. Reconozco que he venido demasiado pronto, con casi diez horas de adelanto, porque en casa no podía aguantar, además, necesito contar todo lo que me ha sucedido en la última década. Estoy en una cafetería del aeropuerto, a mi lado tengo un café cortado, he sacado mi cuaderno de notas completamente lleno y luego he encendido mi portátil que, por el momento, tiene el cien por cien de batería. A mí no me gusta escribir tanto como conversar, pero ahora mismo tengo la necesidad de decirlo todo, de soltar mi pasado para no seguir arrastrándolo por mi insatisfecha y truncada biografía. Estoy convencida de que una vez que aterrice ese avión mi vida tendrá que cambiar de manera radical. Hace cinco meses el mundo se transformó radicalmente debido al atentado a las Torres Gemelas de Nueva York, y se inauguró una nueva era en la que la inseguridad ciudadana se ha convertido en el tema dominante. Por mi parte, presiento un futuro incierto en mi vida, por eso escribo, para buscar certezas y ánimos. Cuando venía para el aeropuerto, presagios catastrofistas aparte, me quedé pensando en que todo lo que me está sucediendo ahora ya estaba predestinado por los números capicúa, los que pueden leerse de izquierda a derecha o al revés y dicen lo mismo. Por ejemplo, en unas horas los relojes van a marcar las 20:02 de hoy que es veinte de febrero de dos mil dos (20/02-2002); mi vida cambió radicalmente hace once años (11), precisamente el veintiuno de diciembre de mil novecientos noventa y uno (21/12-1991). Razones numéricas aparte, aquí estoy tecleando, con la intención de recordar todo para poder olvidarlo…

Dejar todo a medias

Eran las navidades del noventa y uno. Concretamente era el viernes 20 de diciembre. Último día antes de las vacaciones. Mis alumnos me habían dejado plantada. Me molestaba más que no me avisaran a que faltaran, pero en esas fechas prenavideñas los chicos ya no estaban para oír los rollos de la profesora de sociología que se entusiasmaba cada vez que citaba a Max Weber: "Todos los signos meteorológicos de la economía indican un crecimiento de la no-libertad". Yo volví a casa sin ganas de volver. La tarde y las calles de Malasaña me invitaban a no abandonarlas. Antes de subir los cuatro pisos sin ascensor de mi piso, me pasé por el "Día" a comprar detergente y papel higiénico. Dos pisos antes de llegar a mi puerta ya se escuchaban *Los cuadros para una exposición* de Modesto Musorgski. A Santiago, mi exmarido, desnudo y con la luz apagada, le gustaba imaginar ser un director de orquesta.

—¡Santi! ¿Otra vez con eso? —le reprimí encendiendo todas las luces del salón.

—¡Mierda! —exclamó mientras apagaba bruscamente la cadena de música y se ponía su albornoz de color morado—. Has vuelto muy pronto, ¿no? ¡Por lo menos reconoce que ya lo hago a oscuras!

Santiago siempre quiso ser músico, incluso hasta comenzó en el Conservatorio clases de guitarra, pero lo tuvo que dejar. Una manera de incentivar su pasión musical frustrada era coger una batuta sin que nadie lo viera.

—¡Los vecinos se quejan! —insistí.

—¿De qué se quejan esos gilipollas? —preguntó mientras se ataba el cinturón del albornoz.

—Técnicamente, del ruido —respondí tajante y me fui a la cocina a dejar las bolsas de la compra.

—¿Ruido? ¡Musorgski no es ruido! ¡Los vecinos no saben!

En el fondo a mí no me importaba que Santiago se desfogara de esa forma, a escondidas, para expresar su autenticidad; lo que realmente me molestaba era que no lo compartiera conmigo. Sabía que los vecinos decían cosas sobre nosotros, pero eso habría sido más llevadero si Santiago me hubiese hecho cómplice de sus deseos. Él era muy elocuente e imaginativo cuando se

ensimismaba, cuando se empeñaba apasionadamente en hacer una cosa, pero hacía mucho tiempo que había perdido esas pasiones y, de cara a los demás, siempre había procurado ser una persona totalmente convencional.

—Bueno, ¿qué tal? —me preguntó al tiempo que aflojaba un poco el nudo del cinturón del albornoz—, ¿cómo te ha ido en la Universidad?

—Bien, sin más. No sé muy bien por qué cada día van a clase menos alumnos. Hoy no fue nadie.

—Es que, ¡manda huevos!, dar clase de “Historia del Pensamiento Político” de ocho a nueve de la noche tiene que ser una verdadera tortura para cualquiera.

Hería, pero atinaba. Tenía la virtud de saber machacar con la verdad. ¡Qué trabajo me costaba aceptar que Santiago llevara razón...! Se deleitaba hurgando heridas.

—Aunque, a lo mejor, el verdadero problema de tus clases no es el horario, sino tú.

—¿A qué te refieres exactamente? —le pregunté clavándole la mirada.

—¡Tú sabrás!... quizá no seas muy buena en la materia, o tal vez eres muy aburrida dando clases, ¡chica! —sus palabras me rozaron la cabeza como armas arrojadizas.

—¿Aburrida, yo? Si ya no sé lo que tengo que hacer; no les interesa nada; no leen ni los periódicos. Me paso hablando toda la clase mientras la gente solo bosteza y mira constantemente el reloj. No puedo citar novelas, no puedo usar ejemplos de películas recientes, ni mucho menos de películas en blanco y negro, porque no las han visto. Para usar ejemplos tengo que citar los anuncios de la tele, porque es lo único que unánimemente han visto. Y no sé para qué, porque a lo largo del curso nadie hace ni entrega trabajos...

En fin. Ese día no quería asomarme a las verdades personales sino a las vacaciones navideñas que esa misma noche comenzaban. Encendí las luces de colores del arbolito de Navidad y me fui a cambiar de ropa mientras Santiago me seguía a la habitación aflojando aún más el nudo del albornoz.

—¡Cariño! Te ahogas en un vaso de agua. Aceptaste dar esas clases cuando sabías que aún no estabas preparada para asumir tanta responsabilidad. Porque, para dar clases en la universidad hay que tener el grado de Doctor, ¿no?

—¡No! —contesté secamente—. Y para que te enteres, te voy a decir una cosa que es más cierta que el teorema de Pitágoras: ¡yo me preparo las clases como nadie!

Santiago sabía que estaba tocando un punto débil y sensible. Yo

siempre me ofuscaba cuando hablaba sobre este tema, porque era cierto que, aunque había terminado con muy buenas notas la licenciatura, todavía tenía pendiente la finalización de mi tesis doctoral, que conseguí terminar después de divorciarme de él. Cuando me di cuenta, Santiago ya no estaba a mi espalda; había ido a la cocina a servir dos vasos de Coca-Cola.

—Hablando de cosas más interesantes, tengo que decirte algo muy, pero que muy importante: son buenas noticias y por eso me gustaría brindar contigo.

Para entonces ya no se preocupaba por llevar el albornoz abierto. Brindamos, nos bebimos la mitad del vaso, y me llevó de la mano hasta el salón. Nos sentamos en el sofá y me preguntó:

—¿Recuerdas lo que te dije esta mañana en el desayuno?

—Siempre hablas solo, cariño —contesté complaciente.

—En serio. Antes de salir por la puerta de casa.

Yo hice un gran esfuerzo de memoria, pero solo me vino a la mente una frase: "¡Desde que compraste esa sartén no has hecho un huevo decentemente!".

—Bueno, sí —consintió Santiago—, alguna vez te he dicho eso, pero esta mañana te comenté otra cosa muy concreta. ¿No lo recuerdas?

—No me acuerdo. Lo siento.

Me cogió por el hombro para subrayar su solemnidad.

—El lunes tengo una cita con el director.

—¿Y? —Le retiré su mano de mi hombro.

—¿Cómo "y"? —enfureció.

—¿Qué tiene de importante tener una cita con el jefe? ¡Como no sea para que te den la carta de despido...!

—¡Desde luego, Laida! ¡Con qué facilidad hieres a las personas! No tienes la más mínima…

Ahí lo dejé con la palabra en la boca, con las ganas de contarme una cosa que para él era lo más relevante en mucho tiempo. Volví a mi habitación y él encendió la tele. Vio el telediario y apagó el televisor cuando la presentadora contaba que había sido descubierta una civilización amazónica con ocho mil años de antigüedad. Apareció por la habitación y yo pensé que me iba a echar la bronca por no haber preparado la cena todavía.

—¿Qué lees? —me preguntó en tono de reconciliación. Como si realmente estuviera interesado por el contenido de mis lecturas. Le dije que era una novelita de Jorge Ibargüengoitia; era obvio que no sabía de qué autor se trataba. Cerró los ojos y se animó a decirme:

—El lunes hablaré con un pez gordo de la Dirección General de

Instituciones Penitenciarias, para presentarle un proyecto cultural…

—¿Cómo? A ver si lo entiendo bien. ¿Un proyecto cultural para el Ministerio de Justicia? ¡Qué raro suena eso! —cerré el libro de Ibargüengoitia poniendo mis gafas como separador.

—Que sí, mujer —se sentó en el otro extremo de la cama—, se trata de montar circuitos culturales en todas las cárceles de España. ¿Qué te parece?

—Bueno, no sé qué decirte. ¿Y ya es seguro que te van a aprobar ese proyecto?

—Solo falta el visto bueno del director, pero estoy totalmente convencido de que le va a interesar. Esta campaña puede mejorar mucho la imagen de la justicia en España, ¿no te das cuenta?

En aquel tiempo Santiago buscaba desesperadamente ser alguien; se quería coger a un clavo ardiendo para sentirse parte de algo, para no seguir en la nada. Entonces, como yo, tenía veintinueve años, una hija de siete, una hipoteca de ochenta mil pesetas, un Seat Marbella con ciento treinta y un mil kilómetros y muy pocas cosas relevantes en el currículum. Era un buen vendedor. Vendía de todo. Seguros de vida, zapatos, perfumes… Era difícil pensar que Santiago, con todo el talento que derrochaba, no hubiera hecho nada importante. Cualquiera diría que ya habría grabado varios discos; que sus canciones sonarían en los repertorios de los grupos más conocidos; que la gente del mundillo de la música lo conocería. Pero la realidad era muy distinta: él siempre estaba a punto de hacer algo importante, a punto de encontrar el trabajo de su vida.

Lo conocí casualmente en 1982, en una fiesta en la que todos los invitados terminamos dentro de una piscina de agua helada. Días más tarde quedamos en la manifestación del Primero de Mayo en Madrid, que terminó en la plaza de la Independencia. Desde esa vez que lo vi con su boina del Che Guevara fue un auténtico flechazo. No dijo nada del amor y los corazones rojos, tampoco habló de fusiles ni de igualdades sociales, solo me dijo: "Si no aprendemos de nuestros fracasos jamás seremos capaces de imaginar el éxito".

¡Vaya tontería!, pero reconozco que así me atrapó, aunque él nunca llegaría a aplicarse con detalle ese cuento. Esa facilidad de comunicación la fuimos perdiendo con el paso del tiempo, sin embargo, yo, desde aquel día internacional del trabajo de 1982, sí comencé a aprender de mis propios fracasos. Después de la mani, fuimos a la Filmoteca a ver una película de Fassbinder: *El matrimonio de María Braun*, cuyo título resultó premonitorio para nuestra relación. Luego nos pasamos por la Casa del Libro a

curiosear, porque ninguno de los dos teníamos dinero para comprar. Recuerdo perfectamente que esa tarde comencé a hojear *La casa de los espíritus,* de Isabel Allende, y que me llamó mucho la atención que la primera y la última frase de la novela fueran iguales: “Barrabás llegó a la familia por vía marítima”. Ese día no paramos de hablar sobre cualquier cosa. Al final de la jornada nos metimos en un bar y sacó un regalo para mí.

—Te defraudas a ti mismo, Santiago —relativicé su proyecto ministerial—, ya no eres aquel chico que me cautivaba con sus frases ocurrentes, con sus estribillos pegadizos, con sus planes arriesgados. Estás haciendo lo que no hace mucho tiempo criticabas. A ti no te sirve hacer proyectos para que otros los interpreten, a ti te interesa coger la guitarra y decir tú mismo a los presos, y a cualquier persona, lo que eres capaz de hacer con tu creatividad. Tú eres músico, ¿no? ¿Qué ha pasado con todas tus canciones? ¿Dónde está la guitarra? —me miraba con unos ojos mitad sollozo mitad rabia— ¡Arrumbada en el fondo del armario! Te pasas las noches imaginando ser un director de orquesta y con la cadena a todo volumen solo consigues convertirte en la comidilla de los vecinos. Santiago, de verdad: ¿qué ha pasado con tus ideales? ¿Dónde los has metido? —Mi exmarido me dio la espalda y no tardó en estallar.

—Tú tienes buena parte de culpa, Laida. Yo he cambiado desde que nos casamos, desde que nació Vidia...

Me levanté de la cama: el libro de Ibargüengoitia y mis gafas se fueron al suelo.

—¿Y qué tienen que ver nuestro matrimonio y nuestra hija con tus crisis de identidad? —le busqué la cara, pero él aún, de espaldas, siguió soltando dardos.

—Pues todo. No se puede vivir de los ideales. Tengo que currar, ganarme el pan para mantener la casa, el colegio de la niña...

—Tienes miedo de reconocer que no eres lo que querías y eso me fastidia, Santiago. ¿Por qué no terminas tu carrera?

Fue en ese momento cuando Santiago giró la cabeza, pero no le reconocí la mirada. A él también le jodía que le sacara el tema de sus estudios.

—Laida, cariño, no tienes por qué regodearte con aquello de que dejé el conservatorio en el primer año y la facultad a medias.

—No importa, Santiago, vuelve a tocar. Aunque sea en una banda de aficionados de la casa de la cultura.

—¡Para, Laida!, no sigas por ahí, sabes que los grupos no funcionan.

—Arrecife —subrayé—, no fue el único camino, organiza otro grupo, conoce a más gente…

—¡No me jodas! En el trabajo a nadie le interesa la música. Y ya, por favor, Laida, vamos a dejar este tema; tú bien sabes que fue el puto Hernán el que se cargó mi nombre, mi reputación y mi carrera…

¡Había saltado la liebre! “Hernán González” junto con Santiago fueron los fundadores de Arrecife, grupo músico-teatrero que comenzó su andadura, por el año ochenta y dos, en las aulas de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y que se consolidó en una decena de restaurantes mexicanos dispersos por todo el territorio del Estado español. Al principio solo eran ellos dos: Hernán y Santiago, Santiago y Hernán, los que se convirtieron en el alma del grupo y los que, gracias al grupo, encontraron un sentido musical a sus respectivas vidas.

No quiero olvidar que Arrecife nació con el pretexto de darle una sorpresa al padre de Santiago, que se volvía a casar poco antes de la jubilación. Aunque en la boda, que se celebró en Bálsamos, un pueblecito de Segovia, al final no pudimos tocar, todos los integrantes del grupo quedamos muy entusiasmados para seguir adelante con ese proyecto. Arrecife fue para todos nosotros mucho más que un grupo artístico, era la posibilidad de explayarnos creativamente a partir de canciones y de interpretaciones teatrales. Fue una etapa maravillosa en la que Hernán siempre tuvo la voz cantante y en la que Santiago, por su parte, nunca pudo superar la envidia, que le carcomía hasta los tuétanos.

—¡Yo no le tengo envidia al “pinche-güey” ese de los cojones, a ese hijo de su “rechingada” puta! —puntualizó Santiago haciendo un híbrido “hispa-mex” en honor y en homenaje a Hernán.

—Hace siete años —proseguí— que no sabemos nada de él, seguramente estará en México triunfando en todo lo que se haya propuesto.

—¡Basta! ¡No quiero que se hable de esa persona!

A mi marido, el nombre de Hernán le revolvía el estómago. Tenía mucha manía a los recuerdos en los que aparecían juntos porque, por lo general, hablaban de tiempos mejores y muy creativos. Hernán era de piel morena y pelo oscuro, más bien bajo, era delgado y los ojos los tenía completamente negros, su aspecto era de una persona debilucha, frágil. Santiago le sacaba la cabeza, junto a él Hernán parecía poca cosa, y que le hiciera sombra alguien así le jodía mucho.

—¡Reconoce por una vez que le tienes envidia!

—Bueno, ¡sí! Es envidia, y ¿qué?

—¡Santiago, olvídate ya de Hernán! ¿Por qué no desempolvas

tu guitarra? ¡Saca tus letras! ¡Pon un anuncio en el periódico y publica que estás buscando desesperadamente a unos músicos para hacer un grupo!

Santiago siempre fue un excelente letrista. Sabía, como nadie, precisar el momento. A mí, personalmente, me gustaba aquella letra que cantaba: "Camino angosto, apenas construido, sin distancia ni comienzo pero que llega a un lugar de orilla y tierra, de cuanta gente quiso partir…".

—El proyecto cultural del Ministerio es mi oportunidad, ¿no te das cuenta?

—Eso no es una oportunidad, ¡hombre!, eso es una patada de desesperación.

Volvió a cambiar la expresión de la cara y ahora me dio un poco de pena. Se notaba que estaba desorientado.

—¿Qué me propones? ¿Que vuelva a estudiar en el Conservatorio?

—¿Por qué no?

—¿Volver a estudiar con críos de dieciséis años?

—¿Qué tiene de malo?

—Pues, a mi edad, Laida, es vergonzoso y patético.

—Tienes que pensarlo, Santiago, no puedes dejar las cosas siempre a la mitad… Todavía estás a tiempo —Santiago nunca terminó de resolver sus problemas. Siempre cargó con ellos hasta el día de su triste y trágica muerte. Aquella noche del noventa y uno lo incité con todas mis fuerzas—. ¿Por qué no lo dejas todo por la música? ¡Vamos! ¡Anímate! ¡Nunca es tarde si tienes entusiasmo por conseguir algo!

—¿Dejarlo todo?

—¡Sí! —le animé con un ahínco desconocido en mí.

—¿Incluso a mi mujer? —me hizo esta pregunta con un gesto en la cara que en cualquier esposa convencional hubiese encendido todas las alarmas. De todas formas, me volví a tumbar en la cama y me arriesgué.

—¿Por qué no? Si fuera necesario para poder conseguir tus proyectos.

Que quede constancia de que yo le di esa oportunidad de una manera abierta y razonable. Que Santiago no tomase ninguna decisión no era de extrañar porque nunca fue capaz de tomar decisiones trascendentales, pero sí subrayo el hecho de que esa noche, por lo menos, lo consideró por un momento.

—¿Quieres otro vaso de Coca-Cola? —me preguntó con un tono conciliador.

—No. Quiero dormir. Mañana es sábado y técnicamente comienzan mis vacaciones, ¿sabes? Quiero iniciarlas en la cama y

no despertar en todo el día. No me voy a levantar hasta el domingo y solo saldré de la cama si me toca el gordo de Navidad. ¿Has oído? Menos mal que esta noche Vidia está con mi madre.

Santiago, se sentó, otra vez, en la cama y fijó su mirada en mis senos.

—Hoy estás especialmente guapa. ¿Lo sabías?

—¡Huy! ¿Por qué me dices eso?

—Porque estás muy natural.

—¿Natural? Es un camisón que compré en las rebajas de Cortefiel.

—¿Te gustaría hacer el amor en el sofá del salón?

—¿No sería más cómodo que nos metiéramos en la cama?

—No. Me gusta más allí. Me hace recordar cuando éramos novios. ¿Te acuerdas cuando fui la primera vez a tu casa a conocer a tus padres? Me obligaste a ir de corbata.

—Para impresionar a mi familia. Aunque fue un chasco porque ese día mis padres no estaban en casa.

—¿Chasco? Pero si hicimos el amor como unos degenerados. Sin problemas de ningún tipo.

—A mí no me gusta eso.

—¿Hacer el amor?

—No, hacerlo con el temor de que alguien va a llegar de improviso. Te quita inspiración.

—Pero es más emocionante porque disfrutas al máximo. Mezclas el placer con el peligro. Como en los toros. ¡Igual!

—¡Estás loco!

—Desde que nos casamos ya no he sentido eso. Lo hacemos sin más, sin ningún riesgo.

—Por eso nos casamos, ¿no? Para no andar a escondidas.

—¿Y no extrañas el riesgo? Hacerlo con la angustia de que alguien te puede sorprender.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas cuando la policía nos pilló en plena faena en la Casa de Campo?

—¡Sí! ¡Te bajaste pálido del coche!

—Esa vez fue horrible. Ni siquiera tuve tiempo de subirme la cremallera. ¿Acaso no era bonito todo eso? Ya perdimos espontaneidad, deberíamos improvisar más a menudo

—¡A qué esperas! —le dije—. ¡Venga! ¡Improvisa!

Santiago me cogió de la mano y me volvió a llevar al salón, a la vez que iba apagando las luces...

—Vamos a imaginar que son las cuatro de la madrugada —dijo frotándose las manos— y que acaba de lloviznar en el barrio; ningún alma se ve a esas horas por la calle. Tú estás ahí, parada.

En eso aparezco yo en escena y te inmovilizo con un abrazo, no dejo que escapes y solo tienes una forma de defenderte…

—¿Cuál?

—¡A lengüetazos!

Santiago me tumbó en el suelo y me envolvió con su albornoz. A pesar de que el parqué estaba sucio, duro y frío me quitó el camisón con mucha facilidad. ¡Qué habilidad tuvo siempre Santiago para desvestirme! Pasamos rápidamente del manoseo a la rudeza; transitamos por los roces más agitados de la imaginación y del posicionamiento corporal. Yo gemía una satisfacción junto al pronunciado olor de mi sexo; nuestra atención solo estaba puesta en ese lugar donde se escuchaba algo que se asemejaba a un chapotear en aguas densas y venenosas.

—¡La policía! ¡La policía! —grité desesperadamente.

—No, tonta, es el teléfono —corrigió Santiago con la voz entrecortada de tanto ajetreo.

—Ya lo sé, tonto. Lo dije porque estaba representando mi papel de mujer fatal. Venía al caso, ¿no?

—No contestes en este momento —suplicó.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—Concéntrate en lo que estamos haciendo, mujer.

—A ver si va a ser algo importante. ¿Será mi madre? A estas horas ella no suele llamar. Ya ha sonado cuatro veces.

—¿Y eso qué?

—Que si no fuera importante no sonaría tanto. ¡A ver si le ha pasado algo a la niña!

—Si llega a diez contestas, ¿vale?

—Ya he contado seis o siete.

—Aprovecha intensamente antes del diez.

—Espera. Mejor contesto.

—¡Disfruta! ¡Disfruta! ¡Disfruta antes del diez!

—Ya van nueve, Santiago.

—Y yo todavía no llevo ninguno. ¡Joder!

Al final me levanté del suelo a contestar el teléfono.

—¿Me vas a dejar así? —me preguntó Santiago, tumbado en el suelo, con una erección muy conseguida.

—Lo siento Santiago. Ese es tu triste destino: dejar todo a medias.

Al lado del mercado

Santiago Paredes, como yo, también nació en el año sesenta y dos en Madrid. El hecho de haberse quedado huérfano de madre desde los doce años lo marcó para toda su vida. Desde entonces, nunca pudo establecer una buena relación con su padre y jamás volvió a tener la sensación de vivir plenamente. Como hijo único, Santiago no podía evitar cargar en su espalda ese hueco como un saco estorboso cuya principal característica era estar permanentemente vacío de afectos maternales. Buscaba en todas las mujeres que lo rodeaban los pedazos de madre que necesitaba para reconstruir una imagen rectora, para saber orientarse, incluso, dentro de sus propias indecisiones. A Santiago le interesó la música desde pequeño, pero nunca tuvo el apoyo necesario para desarrollar esa inquietud. Entró en el conservatorio, pero al poco tiempo lo dejó. Acabó a trompicones el Bachillerato y cursó dos años de la carrera de Periodismo. En esa época fue cuando conoció a Hernán, gracias a él Santiago desarrolló una serie de habilidades creativas nunca vistas antes por sus familiares. Los dos eran uña y mugre, oído y cerumen, ojo y lágrima, boca y aliento, uno y todo a la vez. Formaron equipo e hicieron de sus vidas un ensayo continuo, una puesta en escena sin entreactos. Aunque había que reconocer que Santiago y Hernán eran una pareja un tanto rara, porque mi marido era extrovertido y de lengua ágil, en cambio Hernán era introvertido y reservado. A simple vista eran muy distintos, pero con el tiempo llegaron a compenetrarse y a compartir emocionantes experiencias musicales. Santiago relacionaba la creatividad con el hecho de drogarse, le gustaba meterse de todo en el cuerpo: hachís, marihuana, coca o incluso heroína con tal de sentirse inspirado y propicio para la creatividad. En cambio, Hernán pensaba de una manera muy diferente, él no solía probar las drogas para incentivar la creación, él más bien intentaba estar limpio, lúcido, despierto, consciente, para forzar un resultado tangible a la imaginación y luego, a modo de recompensa, probar algo de opiáceos para celebrar y descansar de cuerpo y mente.

A simple vista, Santiago era mucho más interesante que Hernán, porque le sacaba la cabeza en altura, parecía mucho más seguro de sí mismo, más dicharachero y simpático, sensible y

entusiasta. Entonces no fui capaz de detectar que Hernán era el que verdaderamente tenía cabeza, corazón, estatura y creatividad. No daba la impresión de que pudiese destacar en algo, su gran baza era la integridad, la coherencia, la solidez de sus comentarios… Santiago, que no era nada tonto, supo detectar esas cualidades como si de un manantial se tratara: se dejaba influir por él y le gustaba pedirle opiniones antes de tomar una decisión importante. Si Hernán era el intelecto, Santiago era el cuerpo y yo terminé casándome con el músculo.

En aquella época, imagino que Hernán le habría aconsejado a Santiago muchas estrategias para que saliera conmigo. El día que Santiago por fin se animó a ligarme no fue solo, se acercaron (los dos) a mi casa un sábado por la noche y me cantaron una serenata con boleros desgarradores a través del telefonillo. "No pretendo, ser tu dueño, no soy nada, yo no tengo vanidad". En México parece que son muy frecuentes este tipo de arrebatos románticos, pero en el barrio de Chamberí resultó ser un acontecimiento muy especial. "Contigo aprendí que tu presencia no la cambio por ninguna". Al final aquello degeneró en un espectáculo callejero en donde las vecinas (todas amigas de mi madre) salieron a sus ventanas y bajaron al portal para apreciar y aplaudir a esos dos chavales. "Y soy, aunque no quiera, esclavo de sus ojos, juguete de su amor". Después de la serenata Hernán me dijo: "¡Adiós, mi chula!" y me envió un beso desde abajo. Santiago se sentó en el portal del edificio y no se decidió a subir. Cuando bajé a la calle lo encontré con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. —Respondió sin mirarme— ¿Te gustaron las canciones?

—Muchísimo. ¡Qué detalle!

—¿De veras te han gustado? Hernán decidió las canciones, hizo los arreglos… Yo apenas hice nada.

—Qué buen amigo tienes. Oye, ¿me acompañas al coche de mi padre que está aparcado aquí cerca? En el maletero tengo un regalo para ti, ¿te gusta la pintura, cariño? —Le pregunté sin buscar respuesta, después caminamos dos calles y yo lo cogí de la mano.

—Entiendo poco —lo reconoció.

Abrí el maletero y le di un paquete grande y bien envuelto. Le costó quitar el papel y cuando el regalo se pudo ver a la luz del maletero le volví a preguntar.

—¿Te gusta este cuadro?

—Es muy bonito, ¿qué es?

Se trataba de una reproducción de "El Jardín de las Delicias" de El Bosco.

—Para mí es la sensualidad. Míralo bien. Piérdete en el cuadro…, como si estuvieras soñando

Le hablaba con los ojos entreabiertos. Ahí estuvimos un buen rato, en la calle, con el maletero abierto, aguantando el frío y dándole vida, con un prolongado beso, a esos personajes sin dimensiones ni pudor.

Cuando nos casamos, en 1984, teníamos veintidós años cumplidos. Yo ya estaba embarazada de Vidia, por lo que la boda fue inminente y forzosa. Recuerdo que la segunda vez que Santiago entró en mi casa también iba vestido de corbata y esa vez mis padres sí estaban presentes. No tuvimos oportunidad de hacer el amor como unos degenerados; lo presenté como mi novio y aproveché para decirles a mis padres que también iba a convertirse en su yerno. Esa tarde habíamos quedado a las seis a tomar café y se demoró más de una hora. Lo curioso es que mi padre tampoco fue puntual a la cita. Mi madre y yo empezamos a temernos lo peor. Santiago llegó tarde porque había tenido un contratiempo: le había dado un golpe a otro coche mientras intentaba aparcar en marcha atrás. Todo habría quedado en una simple anécdota si no hubiera sido porque el coche al que había pegado era el de mi padre. Qué corte cuando Santiago tocó el telefonillo de casa momentos después de que mi padre entrara echando pestes por un imbécil que le había abollado el chasis de su Mercedes nuevecito.

Primero tomamos café con unas pastitas recién compradas en la panadería de la esquina, luego cenamos embutidos. Hablamos de todo o de casi nada. A mi padre lo que más le dolía era que el estúpido del choque momentos después se había convertido en el prometido de su hija y en el futuro padre de su primera nieta. Tuvieron que pasar muchos años para caerse bien. Ese día no olvidaron el asunto del coche y no pasaron rápidamente al whisky. Tengo que reconocer que, los primeros años, Santiago fue un yerno ejemplar, el hijo que siempre quisieron tener, el hermano que nunca tuve, el encargado que arruinó económicamente a mis padres cuando se hizo cargo de la zapatería que tenían al lado del mercado.

No conseguí nada

A pesar de los gritos de desesperación de Santiago, cogí el teléfono. En ese momento se agolparon los recuerdos, los gustos revelaron manías, la devoción rayó con el resentimiento, y el tiempo, además de transcurrir, pronosticó aguacero.

—¿Diga? ¡Sí! ¿Quién es? —dije un tanto alarmada por la hora y la insistencia. No escuché nada. Noté un silencio tan fuerte que me aterró. Después de un rato oí del otro lado de la línea una voz dubitativa que me saludaba—. ¡Ah! ¡Hola! ¿Eres tú? No creí que nos llamarías tan pronto... —era Marina Harrison, la última integrante de Arrecife que faltaba por mencionar en este relato —. ¿Dices que te quieres pasar ahora por casa? —pregunté aterrada—. Es un poco tarde, ¿no? —era evidente que yo no quería verla esa noche en mi casa—. ¿Sabes llegar? ¡Exacto! —no tuve otra alternativa—. De la salida del metro Tribunal a mano derecha. Sí, el cuarto izquierda. ¡Vale! ¡Hasta ahora! —colgué.

—¿Quién era? —me preguntó Santiago.

—Marina —contesté sin mucho entusiasmo—. La vi esta mañana, casualmente, cuando salía del Banco, pero no creí que tuviera tanto interés en venir aquí.

—¿De cuál Marina estás hablando? ¿De la chica que trabajaba con tu padre y le robó las ganancias de un sábado?

—No, esa no. Marina Harrison. ¿Te suena? La que se fue con un sueco.

—¡Ah! ¡Marina! A la que le decíamos “Nina”, ¿no? ¡Vamos! ¡Marina!

—¡Sí! La misma.

—¿Y a qué viene?

—No lo sé. Te digo que me tropecé con ella esta mañana, pero como tenía que ir al colegio a por Vidia solo le dejé un papel con nuestro teléfono. Hace mucho tiempo que no la vemos, a lo mejor le ha pasado algo.

—¿De qué hablasteis? —me preguntó Santiago con ojos instigadores.

—De nada. No tuvimos tiempo. Quedó en llamarme por teléfono para tomar algo, para charlar sobre todos estos años. Esas cosas que siempre se dicen..., pero ya ves, parece que le urge vernos.

—¡Vaya, vaya! Marina Harrison viene a casa. Y yo aquí. en pelotas, y a “mitad de una corrida”. ¿Es un espejismo?

Marina Harrison, o Nina, también nació en Madrid en el año sesenta y dos. La conocí en el instituto cuando se metió en el baño de mujeres a esconderse. Yo estaba lavándome las manos cuando ella entró corriendo y me hizo un gesto de que callara la boca. Se metió en un retrete y cerró la puerta. Un instante después apareció la profesora de Literatura y me preguntó con una voz asfixiada si había visto a la señorita Harrison. Le dije que no, que no sabía quién era esa chica. Desde entonces entre Nina y yo hubo una química estupenda, realmente podría decir que era mi mejor amiga. Marina cantaba y bailaba con mucho ritmo. Los éxitos de Arrecife se debieron a su encanto y desfachatez. Sus piernas eran espigadas y torneadas. Incluso a más de uno le oí decir que sus piernas eran perfectas; su pelo rubio oxigenado y su sonrisa con labios gruesos la hacían inconfundible y muy atractiva. Ni qué decir tiene que era la chica más codiciada del instituto, del barrio, de la universidad, de cualquier fiesta. Santiago siempre estuvo loquito por ella. Le encantaba, se lo perdonaba todo. Llegué a pensar que Santiago y Nina se habrían enrollado más de una vez. Y aunque en alguna ocasión tuve pruebas muy evidentes para demostrarlo nunca les quise culpar de nada.

—¿Tienes algo en la nevera para cenar? —preguntó Santiago devolviéndome a la realidad.

—¡Judías que sobraron de ayer! —respondí.

Santiago puso la mesa mientras yo preparaba la ensalada y unos pimientos rellenos de queso y nata al microondas. Esa noche yo ya estaba metida en la cama, después estaba follando con mi ex marido en el suelo del salón y luego me vi en la cocina preparando una cena para quedar bien. Santiago también estaba un poco tocado por la situación, en lugar de poner servilletas de papel puso las del mantel reservado para las ocasiones especiales. Sacó la vajilla nueva. Limpió con esmero tres copas y puso en el centro de la mesa un tinto de Ribera del Duero.

—¿Hace cuánto tiempo que se fue Nina? —interrogó comprobando la equidistancia entre los cubiertos y los platos.

—Hace ocho años, más o menos —respondí desde la cocina—, efectivamente, desde el ochenta y tres, cuando se desintegró Arrecife.

—¡Entonces, no conoce a Vidia!

—Marina se fue a México en busca de Hernán —le recordé—. Luego me envió una postal donde me decía que había conocido a un coreógrafo sueco y que se iba con él a vivir a Florencia. No he

sabido más de ella.

Mentira, Marina sí me contó más sobre su estancia en México, pero nunca se lo llegué a contar a Santiago.

—¿Y habrá venido a Madrid con el sueco? —preguntó.

—No lo creo —especulé.

Yo tenía la seguridad de que Marina Harrison no iba a buscarnos a no ser que tuviese problemas, y la gran mayoría de sus “problemas” siempre habían sido en el terreno amoroso. Por lo tanto, el sueco no podía estar con ella.

—¿Seguirá cantando? —volvió a interrogarme Santiago, buscando respuestas que yo no podía darle.

—Pues esta mañana la vi bastante delgada —apunté como dato relevante.

—Eso, en una chica como Marina, no es una mala noticia.

—¿Tendrá hijos?

—¡Suequitos! —dijo provocando una carcajada sonora entre los dos.

Sin duda, la visita de Marina nos había puesto en una dinámica diferente. La mesa ya estaba puesta y no tardé mucho tiempo en colocar el bol con la ensalada. Santiago, entre tanto, apuró su vaso de Coca-Cola y suspiró con la mirada fija.

—¿Qué haces ahí parado? —le recriminé—. ¡Recoge los periódicos del salón! ¡Limpia los ceniceros! ¡Ponte los pantalones!

—¿Lo de los pantalones es estrictamente necesario?

—¡Por favor, Santiago! ¡Hace ocho años que no vemos a Marina!

—¿Ya se habrá perdido la confianza?

—Tus calzoncillos no son un buen parámetro para comprobarlo.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

De todas formas, fue a cambiarse. Yo creo que cuando lo pillé con la mirada perdida estaba pensando en qué ropa ponerse esa noche. Se vistió como cuando se arreglaba un domingo por la mañana para ir al parque con Vidia, es decir, planchadito, pero informal. Aunque estaba en casa no iba a recibir a su vieja amiga en pantuflas o en zapatillas de deporte; tampoco se iba a poner los zapatos de piel que se llevaba a la oficina; no tuvo más remedio que lustrar otros zapatos de piel, pero con suela de plástico (más informales). Estuvo un buen rato en el baño, aseándose y silbando a Musorgski. Yo aproveché para pasar el trapo por los muebles del salón, barrer el parqué y apagar bombillas para no restarle protagonismo al arbolito de Navidad que centelleaba de cara a la ventana. Esa noche mi casa estaba muy acogedora. Cuando apareció Santiago en el salón tenía la

cabeza relamida, bien peinada y apestaba a colonia “Patrichs”.

—Dime una cosa, Laida. ¿Por qué tuvo que llamar por teléfono Marina para que me dijeras que te la habías encontrado “casualmente”? Si ella no llama, tú ya estarías dormida y yo habría visto el final del documental sobre esa civilización amazónica con ocho mil años de antigüedad.

—¡Qué suerte que haya llamado ella! ¿No?

Se merecía otra respuesta mucho más sincera. Pero en ese momento me molestó mucho que no recordara con exactitud lo que, en realidad y en ese preciso momento, estábamos haciendo los dos.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando llegaste a casa?

—Cuando llegué a casa estabas haciendo de director de orquesta con la luz apagada, ¿recuerdas?

Tenía que haberle dicho que yo no quería que ella se presentara en casa por temor a que destapara cosas que no valía la pena recordar. Santiago no estaba conforme con mis respuestas, pero no hubo tiempo para más porque en ese momento sonó el telefonillo y yo me fui corriendo a la habitación para vestirme. Aunque no lo vi en ese momento, estoy segura de que antes de abrir la puerta, Santiago dio sus propios “últimos toques” a la casa. Se arregló profesionalmente el cuello de la camisa. Se repasó la cabeza alisándose el pelo con las manos. Se frotó los dientes con la yema del dedo índice, supongo que para sacar un brillo que el cepillo no habría conseguido, y tuvo el impulso repentino de guardar en un cajón del armario la única fotografía enmarcada que teníamos de Vidia. No es que nuestra hija no tuviera suficientes fotografías. Teníamos varios álbumes de todas sus etapas, pero solo una imagen enmarcada que Santiago no dudó en esconder. Todavía me pregunto seriamente por qué quiso ocultar a Vidia de esa forma cuando tarde o temprano Marina terminaría enterándose. ¿Cosas de la virilidad en momentos de presión social e histórica? Cuando Santiago abrió la puerta, emulando el gesto de un *maître* de un restaurante de cinco tenedores, un aire nuevo entró en casa.

—¡Marina! ¡Qué agradable sorpresa! —saludó Santiago, oyéndose más falso que un cañonazo de salvamento.

—¡Santiago! ¡Qué bueno estás! —dijo ella, sin rodeos.

—¡Qué alegría volver a verte! —reiteró el señor de la casa al tiempo que cerraba la puerta con su fingida parsimonia.

—¿En verdad te da gusto volver a verme? —insistió ella, pues las palabras y los gestos de Santiago no eran muy creíbles.

—¡Claro! —se abrazaron.

Yo no los vi, insisto, porque yo también me estaba poniendo un

vestido dominguero. Pero por lo que oí, o, mejor dicho, por lo que no oí, supuse que ese abrazo haría saltar las alarmas de cualquier esposa convencional.

—Pero ¡pasa!, ¡pasa! No te quedes ahí de pie —gritó Santiago haciendo formalismos innecesarios, solo para despistarme—, estás en tu casa.

—¡Tenéis una casa muy bonita!

—¡Ya ves! ¡Casados como la gente decente! ¡Dame tu abrigo!

Cuando Marina se quitó el abrigo presentó sus mejores armas: llevaba puesta una minifalda tan corta, que era difícil diferenciarla de una blusa larga. Yo ya estaba vestida cuando la vi de reojo, pero volví a remover mi armario antes de salir a saludarla.

—¡Qué bien montados estáis! ¡La casa tiene un gusto estupendo! ¿La alquiláis o ya es vuestra?

—Es del Banco —contestó Santiago, pero se le olvidó mencionar que buena parte del dinero lo aportaron sus suegros.

—¡Anda, pero si este cuadro es un Lautrec! ¿Te gustan los impresionistas, Santiago?

—Sí, muchísimo..., pero ese me lo regalaron. ¿Quieres tomar algo en lo que viene Laida?

—¿Dónde está tu mujercita?

—No tarda. Se estará polveando la nariz.

—¡Pero, bueno! ¿Este es el famosísimo cuadro de “El jardín de las Delicias”? ¿Es el que te regaló Laida cuando erais novios?, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, ¿fue más o menos en la época en la que comenzamos a llamarla “Laida” en lugar de “Lidia” ?, ¿no?

—Sí, sí, más o menos.

—¡Venga! ¡Dame algo fuerte para ponerme a tono con ese cuadro!

—¿Algo fuerte?, ¿whisky, por ejemplo? —A Santiago le empezaron a sudar las manos.

—No soy muy aficionada al whisky.

—Estupendo, porque no tengo.

—¿Tienes tequila?

—Pues…, lo más fuerte que tengo es el culín de un Torres 5 años.

—¡Puede valer!

Yo no terminaba de arreglarme. En menos de dos minutos me puse seis o siete vestidos y ninguno me convencía. Cuando no me veía gorda, parecía una señora formal o una colegiala descarada. ¿Quién era yo y qué tenía que representar esa noche? Sabía muy

bien que solo Marina podría sacarme de mis casillas, por eso me puse una falda corta y una blusa blanca de manga larga que se transparentaba. Término medio, para no perder antes de empezar la partida. Salí de mi habitación y sentí el aire fresco que se había colado en el salón.

—¡Hola, Marina! —la saludé imitando la voz de una presentadora de un programa radiofónico de madrugada.

A Santiago, por la impresión y las manos sudadas, se le cayó uno de los vasos en donde servía el coñac. Marina me tiró una red con su mirada y me abrazó un rato tan largo que cuando separó su rostro de mi hombro estaba llorando como una vulgar Magdalena.

—¡Laida! ¡Cariño!... —no pudo decir más.

—¡Tranquila Marina! ¿Cómo te ha ido? —le pregunté cariñosamente al oído y la llevé abrazada hasta sentarme junto a ella en el sofá. No me soltó en mucho tiempo. Santiago, vasos servidos en mano, se sintió incómodo y empezó a beber con mucha más velocidad que nosotras.

—¡Nada del otro mundo! —dijo, reponiéndose—. ¡He conocido muchas ciudades, mucha gente! —no quiso ser más explícita.

—Hace tiempo me comentaste por carta que vivías en Italia con un sueco —dije, haciéndole un gesto a Santiago para que le acercara algo de beber.

—Con Sven, ¡sí! —respondió tímidamente.

—¿Y no ha venido contigo a Madrid? —indagué.

—No. Rompí con él —al decir esto volvió a soltar las lágrimas.

Yo le pedí mi vaso a Santiago y, antes de que nos pusiéramos todos más tristes, me levanté para romper esa atmósfera. No sabía qué hacer. Solo se me ocurrió ofrecerle unas aceitunas rellenas de anchoa.

—¡Vamos! —levantamos las copas sin mucha convicción—, ¡que me apetece brindar contigo!

—No fue tan triste —explicó Marina dejando su vaso sobre una mesita—, nos dimos cuenta de que no éramos lo suficientemente compatibles para vivir juntos. Después de cuatro años nos separamos amigablemente. ¡Y ya está! No hay más vuelta de hoja.

—Pero si durasteis cuatro años, yo diría que sí funcionaron las cosas, ¿no? —preguntó Santiago con ansias de participar en la conversación.

—Yo le dediqué todo mi tiempo —respondió Marina guiñándole un ojo a Santiago—, pero ya ves, ¡no funcionó!

—¿Y por qué no te casaste con él? —insistí.

—¡Vamos Laida! No hace falta preguntar eso ahora —dijo Santiago para que la cosa no fuera a más—, además, recuerda que

está casada.

—Yo adoraba a Sven, de veras, pero no sé qué pasó en realidad. Una mañana me dijo que tenía que regresar a su país y ese mismo día se largó y me dejó.

—¡Así son los suecos de guarros! ¡Son fríos! ¡Glaciares! ¡Nórdicos! —atacó Santiago.

—¡Por favor! ¡No seas tan vulgar! —le gruñí.

—Hace poco recibí una carta —continuó la invitada—, donde me pedía que lo entendiera, su hijo estaba muy enfermo y no quería separarse de él. De vuelta a casa fue recuperando a su familia, su antiguo trabajo, sus amigos... Al final de la carta pensaba que me diría que pronto estaría conmigo o que yo me fuera a Estocolmo a vivir con él. Pero nada. Se despidió con muchos besos y recuerdos.

—¿Y por qué no cogiste tus maletas y te presentaste en su casa de Estocolmo? —interrogué enfática.

Marina se había casado, efectivamente, con Hernán, y lo había hecho, más que por amor, por compasión. Solo quiso ayudar a un amigo en apuros. Hernán tenía que regularizar su situación migratoria y el hecho de estar casado con una española le facilitaba las cosas. En privado nunca ejercieron como pareja. Que se sepa no se acostaron, ni intimaron como cónyuges. Solo buscaron resolver un trámite, pero a Hernán no le sirvió de nada. Él volvió a México para atender a su padre y ella, poco tiempo después, fue a buscarlo desesperadamente. No lo encontró y tampoco él se enteró de que ella lo anduvo buscando. Marina se me quedó mirando sin encontrar una respuesta, después me dijo enfática.

—Porque ya lo hice en otra ocasión y no conseguí nada.

En Veracruz

Cuando Marina decidió ir a México, en septiembre de 1985, no tenía muy claro su objetivo, pero, una vez que se puso en camino, comenzó a darse cuenta de que iba en busca de una de las cosas más importantes que le habían sucedido. Nunca creyó en las relaciones de pareja, ni en la estabilidad conyugal, ni en nada que la atara en el tiempo o en el espacio y, por lo mismo, no le importó prestarse para oficializar un matrimonio de conveniencia con Hernán, sin ningún compromiso, tan solo para ayudar a un amigo. Marina tenía un Libro de Familia que decía, oficialmente, que estaba casada con una persona con la que nunca había vivido. Hasta que un día comenzó a buscarlo y dicha búsqueda se convirtió en algo obsesivo para ella. Al principio comenzó la pesquisa como un juego, un pretexto, un reto atractivo, pero según fueron pasando y complicándose las cosas la indagación se fue haciendo más acuciante. Marina, en realidad, huía hacia adelante y, sin pretenderlo, encontró el sentido de algo que no sabía que estaba buscando. El día que tomó la decisión caprichosa de buscar a su marido oficial solo tenía la dirección de la casa de San Ángel (calle de la Amargura 5) que estaba en el remite de una carta que le escribió Hernán para conmemorar el primer aniversario de su boda. "Hola Marina. Quizá debería decir: ¿esposa mía? Hoy me levanté con un pálpito cuando recordé que justo hace un año nos casamos. Entonces te lo agradecí un montón porque me ayudaste a resolver mi condición migratoria en España y, ahora, a pesar de que mi vida ha vuelto al punto inicial te escribo a casa de tu familia para volver a darte las gracias. Extraño los ensayos con Arrecife, tu voz nítida y tu desparpajo. Espero puedas leer estas notas. Te mando un abrazote muy fuerte. H.".

Solo por esa carta se atrevió a comprar, un año después, un billete de avión, con el viaje de vuelta abierto, y cruzar el océano Atlántico en un trayecto, con escala en Montreal, hasta el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México. En el viaje no dejaba de mirar una fotografía de Hernán que recuperó del fondo de una caja en casa de sus padres. No pegaban como pareja. Ella tan alta, tan rubia, tan despampanante, y él tan moreno, tan lacio, tan lampiño, tan bajito… ¿Por qué entonces Marina se sentía

atraída por Hernán? Quizá todo pudo haber sido producto de la distancia, la imprudencia, la indiferencia. Ni en sueños, ni en días soleados ninguno de los dos se habría decidido a ligar o dejarse ligar por el otro, pero en ese punto precisamente radicaba el morbo de la cuestión. Después de aterrizar, pasar migración y el semáforo verde de la aduana, se subió en un taxi y le pidió al conductor que la llevara a la misma dirección que estaba anotada, con la letra de Hernán, en el remite de la carta. Le emocionaba no saber en qué podía terminar esa nueva y efímera aventura y, a pesar de tanta osadía, cuando llegó a la casa de la familia de Hernán, Marina solo se atrevió a presentarse como "una amiga".

El taxi la dejó en el portal de una antigua casona del barrio de San Ángel, cuya fachada estaba presidida por dos enormes jacarandas. Tocó el timbre y le abrió la puerta una señora mayor y muy bajita, quien lucía un delantal mojado a la altura de la barriga, era Doña Petro, la cuidadora y niñera de Hernán y sus hermanos.

—El joven Hernán no está —dijo educadamente—, pero… espéreme tantito, que le voy a avisar a la señorita Selma.

En ese momento Marina comenzó a sentirse avergonzada por verse con una maleta en la puerta de la casa de una persona que no la había invitado y que ni siquiera estaba para recibirla. Cuando Selma salió al zaguán, a Marina le llamó la atención que Hernán tuviera una hermana tan guapa.

—¡Qué pena! —se disculpó Selma—, mi hermano no está en la casa. No nos dijo nada, no sabíamos que ibas a venir.

—Bueno, en realidad él no sabía nada —aclaró Marina—, como he venido a México a hacer unas cosas y pensaba que estaba aquí con su familia, pues… eso… quería darle una sorpresa.

Selma, de todas formas, la invitó a pasar y le ofreció un vaso de agua de jamaica para aligerar los calores. Le dijo que su hermano no estaba porque se había ido de viaje y que no sabía exactamente cuándo volvería. Selma omitió contarle lo que en realidad había ocasionado la marcha de Hernán. Una fuerte discusión que tuvo con su madre y sus hermanos. Marina se terminó de un trago el vaso de agua de jamaica y le pidió a Selma que le hiciera el favor de llamar a un taxi. Marina habría preferido conocer los recovecos de esa vieja mansión y, de paso, conocer ciertos detalles de la vida de quien figuraba como su esposo en el Libro de familia. Quedaron en que otro día volverían a verse. Mientras tanto, Marina estuvo deambulando más de una semana por el D. F. Todos los días contuvo la tentación de llamar por teléfono a Selma, hasta que un domingo llamó por la mañana temprano propiciando una invitación a comer. Esa mañana

soleada se presentó con una botella de vino blanco de Rueda, la recibieron con más familiaridad que el primer día, pero aún no tenían noticias de Hernán. Marina aprovechó, ahora sí, para recorrer la enorme casa. Se enteró de que la habían construido a principios del siglo veinte en una plácida calle empedrada, llena de jacarandas. Más que lujosa, era una casa acogedora, donde el olor a comida guisada, los patios floridos, las paredes gruesas que aseguraban sombra y frescor evocaban la mejor imagen de la hospitalidad. Selma le mostró el zaguán, algunas habitaciones, el patio, el jardín trasero e, incluso, se atrevió a llevarla hasta la azotea para ver los volcanes que solo se podían divisar en determinados días despejados, como ese domingo. Para Marina era una auténtica novedad dar un paseo por la azotea de una casa mexicana. Acostumbrada a ver tejados en la cima de los chalés se dio cuenta de que esos espacios podrían utilizarse de maneras diferentes. En un extremo se encontró un lavadero de ropa y en el otro un tendedero de donde colgaban varias docenas de calcetines sin casar.

—Los verdaderos héroes de la azotea siempre han sido los tinacos —apuntó Selma.

Se refería a unos enormes depósitos de hormigón que almacenan el agua potable de la casa; son tan grandes y se ven tantos por todas las azoteas de México que una vez Hernán soñó que un paracaidista perdido caía como una flecha dentro de uno de esos tanques y, como no sabía nadar, se ahogaba. Cuando terminaron el recorrido se fueron a la cocina a prepararse una margarita. Antes se detuvieron en la puerta de una habitación; Selma se disculpó y dejó la puerta entreabierta. Marina, desde el umbral, vio que una persona convalecía en cama conectada a un tanque de oxígeno y a una botella de suero.

—¿Quién es? —preguntó Marina.

—Mi papá —respondió Selma, conteniendo la emoción.

Su padre se llamaba Sotero González Landini. Estaba en el umbral de una muerte muy larga y anunciada. Selma se sinceró y le confesó que el verdadero problema de Hernán con la familia surgió con el traslado de su papá a casa después de haber sido desahuciado en el Hospital Central Militar.

—Lo trajeron hace cinco años porque le daban unos días de vida. Míralo, todavía no se ha ido. ¡Pobrecito!

Sotero llegó a la casa de San Ángel, diagnosticado con una esclerosis múltiple progresiva, unos días antes de que Hernán cumpliera la mayoría de edad, en 1980. Los médicos no le dieron mucho tiempo de vida, y Esperanza Arias, la esposa de Sotero, decidió llevárselo a su casa para acompañarlo hasta en sus

últimos suspiros. Ese plan no resultó. Hernán no supo adaptarse a la nueva situación, se sintió invadido, descuidó sus estudios universitarios y después de dos años, en 1982, se marchó de su casa rumbo a España con el pretexto de comprarse una guitarra acústica.

Hernán volvió de España, después de dieciocho meses, a finales de 1983, porque su padre le pidió ayuda para fraguar un plan definitivo sobre su eutanasia. Lo encontró bastante peor, pues su deterioro cognitivo era más evidente, padecía trastornos psiquiátricos con más frecuencia, el dolor y la fatiga comenzaron a ser constantes. Como ninguno de los dos toleraba esa eterna y degradante agonía se pusieron manos a la obra. Para Sotero el plan era sencillo, consistía en cerrar las válvulas de oxígeno y no volver a abrirlas, aunque sufriera un ataque mortal, para Hernán, sin embargo, la cosa no era tan fácil, porque dicha acción acarreaba penas de cárcel. Finalmente, se lo tomaron con calma. Hernán volvió a retomar su vida familiar y universitaria al tiempo que estudiaba en el código penal todo lo relacionado con la muerte digna sin que nadie de su familia lo supiera. Se asesoró en secreto con amigos abogados de su papá y se pasó prácticamente dos años dándole vueltas al mejor momento en el que podía ejecutar sus planes. En particular estuvo investigando la forma de adquirir "pentobarbital", para preparar una mezcla líquida y que Sotero la absorbiera mediante un "popote", según se dice en México, o "pajita", según se dice en España.

Esa falta de decisión del hijo y la perpetuación de la agonía del padre comenzaron a resolverse la noche de un sábado, unos días antes de la visita de Marina en 1985. Hernán estaba sentado junto a la cama leyendo en voz alta los cuentos del libro *La muerte y otras sorpresas,* de Mario Benedetti, y Sotero escuchaba con los ojos entreabiertos. Sin decir nada cerró las válvulas después de despedirse de la enfermera. "Me voy a quedar un rato leyendo. A él le gusta escuchar este tipo de historias". Al momento llegó otra enfermera para hacer el relevo, y se dio cuenta de que las válvulas estaban cerradas. A la mañana siguiente, domingo, todo seguía igual. Esperanza y Serafín antes de salir a misa entraron sin llamar en la habitación donde dormía Hernán.

—¡Hernán! La enfermera me lo ha contado todo —exclamó la madre levantando las sábanas de la cama— ¿En qué te has convertido? ¿En un criminal?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hernán dudando si el desenlace finalmente se había producido.

—No te hagas la mosquita muerta —intervino Serafín.

—Ahora vamos a misa, se nos hace tarde, pero a la vuelta

quiero hablar contigo y con tus hermanos de lo que pasó anoche.

En esa reunión familiar afloraron los desacuerdos y las descalificaciones. Se generó un ambiente irrespirable: la eutanasia consentida era un tema tabú. Hernán ya tenía preparada una mochila y, después de esa reunión, se fue para no ocasionar más problemas.

En la cocina, Marina se encontró con doña Petro, que estaba preparando guacamole en un molcajete. “Esa oaxaqueña”, en palabras de Selma, “fue la que realmente crio a los hijos de la familia durante veinte años”. Se prepararon un margarita y pasaron al comedor. Marina se percató de que la mesa lucía un mantel largo de color rosa fucsia. Le dio un poco de vergüenza que la agasajaran de esa manera. Antes de que llegaran los demás comensales, Marina se acercó a mirar de cerca un cuadro que presidía todo el recinto.

—¿Te gusta? —le preguntó Selma.

—Es precioso —reconoció Marina.

—Es un cuadro que le regalaron a mi papá en su despedida de soltero. Se titula “Laida no es mi nombre”.

—¿Laida? —preguntó Marina—, ¿estás segura?

—Es de una amiga pintora que se llamaba la Chata. Al parecer se trataba de una muchacha que formaba parte de una historia que le gustaba contar a mi papá.

No era yo, por supuesto, pero en algo nos parecíamos la chica del cuadro y quien escribe estas líneas. En la mirada perdida y en el gusto por los vestidos blancos.

Impresionada, Marina tuvo que sentarse, derramando unas gotas de su margarita en el suelo, cuando vio por primera vez el cuadro de color naranja que presidía y ambientaba toda la sala y el comedor de la casona de San Ángel. No solo le llamó la atención el nombre de “Laida” en el título, sino que, sobre todo, le impresionó el gran parecido físico entre la chica del cuadro y yo. Realmente éramos iguales. Le tomó una foto y, cuando volvió a Madrid, la puso dentro de un sobre junto a unas notas escritas con emoción. En ese momento, Marina creyó que conocer el cuadro justificaba su viaje a México, eso lo explicaba todo. Me lo dijo en esa carta que, por cierto, nunca le mostré a Santiago.

—¿Qué pasó, hermanita? ¿Es que no me vas a presentar a tu amiga aquí presente? —preguntó Eusebio, el hermano mayor cuando apareció por el comedor vestido con ropa de deporte y sudando como un pollo.

Después de las presentaciones y de la segunda margarita, llegaron de misa Esperanza, la madre, una señora muy elegante y con modales exquisitos y Serafín, hermano menor de Sotero, un

hombre alto, vestido con guayabera, sombrero de palma, bigote y barriga. Marina se sentía, sin quererlo, parte de una familia que, aunque podría ser suya, no estaba en condiciones de merecer.

Se sentaron a la mesa y la conversación discurrió entre la gastronomía mexicana y los toros, dado que el tío Serafín era un gran aficionado. Marina se llevó a la boca una atrayente garnacha conocida como tlacoyo, compuesto de maíz azul, frijoles negros, queso blanco rallado, cebollitas moradas picadas y salsa verde. El picor del bocado le ocasionó un sofocón que hizo que le salieran vapores por las orejas. Marina calmó los ardores bucales con un trago de agua de papaya. La comida le recordó de golpe todos los restaurantes mexicanos de España en los que había cantado con Hernán. Cuando surgió en la comida el nombre del "hijo descarriado" un silencio pesado se apoderó del ambiente.

—¿Quieres probar una quesadilla de huitlacoche? —le preguntó Esperanza para deshacer la tensión que se palpaba en ese momento.

—No, gracias —respondió Marina—, estoy que reviento.

De pronto, el tío Serafín, con un gesto de desesperación, preguntó.

—¡Pero coño! ¿Tú sabes dónde está Hernán?

—No, ya me gustaría saberlo —respondió Marina.

Serafín se levantó bruscamente de la mesa y reclamó sin dirigir la mirada a la invitada:

—¿Es que nadie va a decirnos de una vez en dónde demonios está Hernán?

Marina entendió la angustia de la familia. Después de la comida, Serafín y Esperanza se disculparon y se fueron a dormir la siesta, Eusebio se despidió muy amablemente, mientras Selma se quedó con ella de sobremesa tomando un café de olla con canela. Después del café, Selma se ofreció a llevarla a su hotel. Mientras Selma se arreglaba, Marina se quedó contemplando otra vez el cuadro de color naranja de la sala principal, en eso se le acercó doña Petro que entró a recoger los platos sucios de la mesa. La sirvienta de la familia González Arias no dilató en contarle que el niño Hernán había ocasionado muchos males a la familia. Le contó que la madre lloró mucho cuando se fue de viaje, pero cuando regresó de España y se volvió a marchar de casa a Esperanza no la consolaba nada. Al final de la conversación doña Petro se atrevió a decirle:

—Disculpe señorita, mejor será que no les cuente nada del niño Hernán, porque si está de Dios que ya no va a volver a esta casa, va a sentar peor todo lo que usted les diga.

Marina intuyó que doña Petro hablaba con palabras sabias y le

prometió que no ocasionaría más daño del que Hernán ya estaba causando. Como Selma demoraba más de la cuenta, Marina se acercó, sin que nadie lo advirtiera, a la habitación donde estaba Sotero. La puerta estaba abierta y su curiosidad la empujó a traspasar el umbral. Vio a un enfermo encamado que la recibió con una sonrisa.

—¡Pasa!, ¡no te quedes ahí! —sugirió Sotero.

—¡Perdón! Estaba esperando a Selma y he entrado sin darme cuenta.

—No pasa nada. Acércate.

Marina se acercó hasta el borde de la cama. Lo miró de arriba a abajo hasta que Sotero le extendió su mano.

—¡Hola! ¿Cómo se encuentra? —preguntó Marina, dándole la mano.

—Yo a ti no te conozco, ¿verdad? —dijo Sotero haciendo un gran esfuerzo con la mirada.

—Me llamo Marina.

—¿Marina? ¡Ah sí! ¡Tú debes de ser la esposa de Hernán! ¡Mi nuera! ¡No te apures! ¡Mi hijo me ha hablado mucho de ti! No se equivocó al describirte como la mujer más hermosa que había visto.

Menos mal que no había nadie más de la familia en ese momento dentro de la habitación.

—¿Dónde está? Usted sí lo sabe. ¿Verdad?

—¡Claro! En Veracruz.

Cuando se fue Hernán

Santiago quiso cambiar rápidamente de tema y se interesó por los gustos musicales de Marina.

—¡Hace años que no canto! —reconoció Marina dejándose caer en el sofá.

Marina aprovechó para estirarse y de paso lo dejó entrever todo: tanto las prendas que llevaba puestas como lo que no llevaba. A partir de ese instante, Santiago interpretó (a su manera, claro) que esa noche se podría intimar con la invitada; solo le faltaba diseñar una buena estrategia. Al principio mi presencia le cortaba lo suficiente como para perder su mirada en las largas y contorneadas piernas de Marina. Se estiraba el cuello de la camisa constantemente y bebía de su vaso con mucha ansiedad. Cuando Marina se desplomó sobre el sofá, Santiago se quedó mudo, inmóvil, sudando en frío. No sabía qué hacer con sus ojos, se le quedó la mente en blanco y las mandíbulas se le trabaron. Se levantó de su silla, me sonrió tiernamente y fue a sacar la fotografía de Vidia que momentos antes había guardado (escondido) en un cajón del armario.

—Mira, te quiero presentar a una personita.

—¿Quién es? —preguntó Marina muy interesada.

—¡Vidia! ¡Nuestra hija! —exclamé exultante.

—¿Tenéis una hija y yo sin haberme enterado? ¡Pero Laida, Santiago, estas cosas se dicen! —nos recriminó Marina.

—¿Y cómo dijiste que se llama? ¿Viridiana?

—No, “Vidia” —corregí.

—Es un nombre poco común, ¿no? Pero suena bien. “Vidia” ¡Me gusta! ¿Y dónde está? Quiero conocerla.

—Hoy está en casa de mi madre. Otro día quedamos para que la conozcas. Te va a encantar.

—¿Y qué edad tiene?

—¡Siete añazos! —documentó Santiago con un orgullo paternal que muy pocas veces le había escuchado.

—¿A quién salió la niña que la veo muy morenita? Vosotros sois más blancos de piel, ¿no?

—Seguramente ha salido a la familia de mi padre, que eran todos muy morenos —apostillé con rapidez.

—Ya veo que te sienta muy bien la paternidad, Santiago. Si

hasta ya tienes una barriga de cabeza de familia decente. —Marina le acarició la barriga y luego le apretó fuertemente la bragueta para decirle en voz baja y entre dientes—: "¡Pero sigues estando igual de bueno!".

—Cuando se tienen niños te cambia la vida por completo —dijo Santiago apartando la mano de Marina de la cremallera—, trabajas como un imbécil, aguantas todas las guarrerías de la oficina, pierdes el ochenta por ciento de tus horas de sueño, vas al cine cada dos años, jamás vuelves a leer el periódico de una sentada, no te queda tiempo para ti mismo y te acostumbras a convivir con el olor de la caca.

—¿Y tú qué sabrás de esas cosas si nunca le cambiaste un pañal a la niña? —salté indignada. Jamás te levantaste una noche a hacerle el biberón, hasta la fecha no has tenido un momento para prepararle el baño y nunca le has regalado otra cosa que no sea dinero cuando cumple años.

—¡No exageres, Laida! ¡Que yo todos los días la dejo muy temprano en la escuela!

—Porque te queda de paso a la oficina...

—¡Vale! ¡Vale! —interrumpió Marina—. No quiero presenciar un pleito conyugal. Los trapos sucios se lavan cuando no hay invitados en casa. Bueno, ¿y qué signo es la cachorrita?

—¡Virgo! —respondimos al unísono.

—¡Ya está! ¡De seguro va a ser un premio Nobel! —sentenció la invitada.

Lo que Marina no sabía era que el día que rompí aguas Santiago estaba en una fiesta. Me fui yo sola en taxi al hospital y él no apareció hasta el día siguiente con cara de arrepentido, ya que había cogido una borrachera que le impidió reponerse hasta después de las tres de la tarde. Marina tampoco sabía que Santiago no era el padre de Vidia. De lo que sí estoy completamente convencida es de que ni Santiago, hasta el día de su muerte, ni Hernán sospecharon algo. Santiago nos propuso un último brindis antes de sentarnos a cenar.

—¿Hace calor?, ¿no? —preguntó Marina.

—¿Calor? Si este piso es una heladera —afirmó Santiago—, pero no te reprimas, desabróchate los botones que quieras.

Chocamos nuestros vasos y luego nos sentamos a cenar los pimientos rellenos de queso calentados al microondas. La mesita del salón era redonda y digo esto porque, si hubiésemos tenido una mesa cuadrada, Marina se habría sentado lo más cerca posible de Santiago. Al principio ocupamos nuestros lugares separados a la misma distancia el uno del otro. Al final de la cena la silla de Marina terminó pegada a la de Santiago.

—Acabo de llegar a Madrid —dijo Marina con su refinado estilo para sujetar los cubiertos— y lo encuentro más grande, más despersonalizado. Nací aquí, pero me siento extraña.

—Yo no he salido nunca de España y me siento igual que tú —coincidí con ella.

—Tenía muchas ganas —insistió Marina— de volver a saludar a los amigos y de volver a encontrarme con lo mejor que había dejado en esta ciudad: vosotros.

—¡Gracias por el cumplido! —apuntó Santiago levantando su copa a la altura de sus cejas.

—Llamé a tu casa y tus padres me dijeron que vivíais en Tribunal. Esta mañana me acerqué, dando un paseo, y qué suerte tuve cuando por casualidad te encontré en la puerta del Banco... ¡Oye! ¡Qué bueno está este vino! ¿Qué marca es?

—Es un Ribera del Duero —subrayó Santiago barriendo para su pueblo.

—¿Y tus padres, qué tal? —le pregunté a Marina, que no me respondió hasta que no terminó de saborear su vino.

—¡Mal! ¡Muy mal! —me dijo con una sonrisa y luego se metió un trozo de pimiento relleno que le quemó la lengua.

—Pero ¿qué estás diciendo? —insistí—, ¿qué les ha pasado a tus padres?

—Una vez leí en una valla una frase que decía: “la soledad también es un homenaje al prójimo...” —dijo acentuando la palabra “soledad”.

La evasiva era porque Marina no se atrevió a decir con claridad que su familia prácticamente la había ignorado. Había pasado tanto tiempo desde su partida, que no podía volver a casa como si nada hubiese pasado. Por si fuera poco, antes de reencontrarnos en nuestro piso sin ascensor de Malasaña, sus padres recibieron la visita de un inspector de policía. Buscaba a Marina, más bien querían información sobre Hernán González, prófugo de la justicia mexicana. Como ella seguía siendo oficialmente su cónyuge, querían saber sobre sus respectivos paraderos. Los padres de Marina estaban muy resentidos y prácticamente pasaron de ella porque llegaron a pensar que estaba metida en asuntos muy turbios. Aunque imagino que con el paso de los años se habrán perdonado mutuamente, no creo que hayan hablado de estos temas con tranquilidad.

—Eso es para los poetas —continuó Marina— para los que pueden vivir en las nubes; yo tengo los pies en la tierra y no hay nadie lo suficientemente cerca para que me los pueda pisar.

—¿Te sientes sola? —preguntó Santiago.

—¡A más no poder! Quise conocer el mundo y hacer lo que

quería. ¿No? Pues ahora cargo con las consecuencias.

—¿Por qué no buscas a alguien? —reiteró Santiago sin acentuar demasiado la interrogación.

—Tengo amigos, muchos, pero no los siento, me parecen banales. El tiempo cambia a las personas, Santiago. Y aunque en este momento pudiera dictarte de memoria una lista larguísima de tíos con los que me he acostado y a los que todavía, si yo quisiera, podría tirarme, me seguiría sintiendo sola. Ya no quedan hombres, Santiago. ¿No te parece?

—¿Y yo qué quieres que te diga? —dijo quitándose el sudor de la frente con una servilleta manchada de tomate, porque sabía que su nombre estaba escrito en esa lista.

—¡Pero Nina! —dije saliendo al paso—, no te amargues la vida de esa manera. Aún eres joven, estás guapísima, tienes mucha energía...

— "¡Nina!" —interrumpió Marina—, recuerdo que solo vosotros en Arrecife me llamabais así. ¡Qué tiempos más maravillosos de la adolescencia y el desenfreno! ¡La sensibilidad extendida e inalcanzable! ¡Entonces tocábamos el cielo!

—¡Arrecife, esta noche y siempre! —parafraseó Santiago levantando su copa.

—Habláis de Arrecife —intervine—, como si hubiese existido toda la vida, pero no olvidéis que solo duró poco más de un año. Hernán nos reunió y, cuando se fue, todo desapareció.

—¡Eso es mentira! —reparó Santiago—, el grupo se deshizo, pero no porque el "pinche-güey" de Hernán se tuviera que ir, sino porque tenía que deshacerse. Nina desapareció, tú te embarazaste y nos tuvimos que casar.

Santiago nunca iba a reconocer que la voz cantante del grupo siempre la tuvo Hernán y no él.

—¿Y tú has seguido tocando? —le preguntó Marina a Santiago para indagar sobre sus vocaciones artísticas

—No. Ya no —respondió Santiago levantando los hombros—, pero...

—Pero ¿qué? —desafió Marina.

—¡Están a punto de nombrarme jefe de un proyecto de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias! De verdad, es un proyecto que me va a permitir reincorporarme al mundo de la cultura.

—Tienes razón Laida —concluyó Marina—, Arrecife se acabó cuando se fue Hernán.

Cuando volviese a Madrid

El grupo Arrecife se disolvió en noviembre del año ochenta y tres, cuando Hernán nos dijo que tenía que regresar a México de manera inmediata. Nos dijo que su padre lo había llamado por teléfono y que con la voz muy apagada le había pedido que fuera lo antes posible a reunirse con él. Todos sabíamos que llevaba varios años progresivamente enfermo y quizá quería despedirse de él. Recuerdo que ese fue un día muy triste porque, además, conocimos por la televisión que un avión de la línea Avianca se estrellaba poco antes de aterrizar en el aeropuerto de Barajas, en las inmediaciones del municipio de Mejorada del Campo. Desgraciadamente en ese avión murió el escritor mexicano Jorge Ibargüengoitia. Esa noche Hernán reunió a los integrantes del grupo y tocamos en su pisito de Lavapiés varias veces nuestro repertorio y, aunque los vecinos protestaron, no paramos de cantar hasta bien entrada la madrugada.

—Regreso a México por un asunto muy importante —nos dijo Hernán con un tono solemne— pero no se apuren por mí, que volveré en cuanto pueda. Arrecife tiene que continuar, todavía tenemos mucho que hacer.

—Me jode tener que decirlo —reconoció Santiago— pero, pinche-güey, sin ti no podríamos mantener el grupo.

—Tranquilo, Santi, que no es el fin del mundo. Mira, para que te fíes de mí te voy a dejar en prenda a Candela —le entregó su guitarra—. Tú sabes mejor que nadie que yo no me separaría de ella por nada en el mundo, pero no pasa nada. Voy a México, resuelvo unos asuntos, vuelvo y seguimos como hasta ahora. Quiten esa cara, por favor, confíen en mí. ¡Chingá! que necesitamos darnos un fuerte abrazo entre todos.

Nos abrazamos un buen rato y tuvimos mucho cuidado en no despedirnos. A la mañana siguiente desperté entre las mantas de la cama de Hernán. Santiago había salido temprano a una entrevista de trabajo y Marina se había ido a su casa. Me levanté pensando que cualquiera hubiera dicho que me habría enrollado con Hernán, pero yo sabía que eso no había pasado.

—¡Güerita! ¡Nunca olvides que la solución de cualquier problema pasa por escribirlo y cantarlo! —me dijo Hernán como saludo mañanero.

Ese día me levanté de la cama sin poder recordar el sueño que había tenido. Nunca me acuerdo de mis sueños, pero sé que los tengo y muy intensos. La sensación de haber vivido algo emocionante que no podía reconstruir me afectaba mucho porque estaba convencida de que tendría que volver a pasarme cuando estuviera despierta. Hernán encendió un cigarro y según fue pasando el tiempo sintió la levísima necesidad de revisar su agenda para corroborar que esa nublada mañana lo tenía ya todo solucionado. Se angustió cuando sonó el teléfono; creyó que era más adecuado revisar la agenda antes de contestar. Corrió de vuelta a la habitación, buscó en los cajones hurgando carpetas, rebuscó en los estantes de la cocina, en la encimera, en el comedor, al lado de la televisión, por detrás de la pila de cajas de cartón que tenía al lado de la ventana.

—¿Qué onda? ¿Dónde se suele guardar una pinche agenda? —me preguntó al tiempo que me ponía los pantalones.

—¿Quieres que yo conteste? —le propuse.

—¡Déjalo! Ya me da igual.

No fue hasta que echó un vistazo en el baño cuando encontró su cuadernito azul de consulta diaria. Para entonces el teléfono ya había dejado de molestar. Se bajó los calzoncillos y, para acompañar la inevitable acción digestiva de la mañana, se percató de una nota que aparecía en la página correspondiente a ese día y que él no había escrito: "cuanto más grande la cabeza, más fuerte la jaqueca". ¿Quién escribiría esa nota en su agenda? ¿Quién tenía la cabeza demasiado grande? ¿Por qué estaba escrito eso ese día? ¿Qué significaba? Muchos interrogantes que solo añadían más confusiones en ese delicado (y odorífero) instante.

Después, afeitado y compuesto, desayunamos mojando un trozo de pan en un café recalentado. Puso su taza de café en la cúspide de varios libros y montones de hojas escritas a mano. Yo saqué una hoja que sobresalía y leí en voz alta: "en un concurso escolar a un niño se le ocurrió dibujar la catástrofe. El jurado no dudó en otorgarle el primer lugar. Los trazos eran perfectos, los colores nítidos, las figuras expresivas, la composición muy lograda. A todos les gustó mucho el dibujo, pero nadie sabía, en realidad, lo que era".

—¡Órale! ¿Eso lo escribí yo? —preguntó sorbiendo su café, solo y sin azúcar.

—Es tu letra —respondí.

—¡Buah! Nunca he sabido en qué estoy trabajando, ¡mierda! Es probable que entre todas esas hojas tenga cinco o seis cuentos iniciados, pero ninguno terminado. Una obra de teatro, la letra de algún bolero desgarrador, una carta larga dirigida a mis papás, el

trabajo final de alguna materia de mi carrera mutilada de comunicación o un poema de amor que hable de ti, en secreto.

—¡A ver! —le arrebaté la hoja que tenía en la mano, pero no encontré ningún poema—, ¿por qué te vas? —pregunté deseando que no tuviera una respuesta clara.

—Mira, chiquita —me cogió de la mano—, la catástrofe lo arruina todo dejándonos como estábamos antes. El colmo es llamarse “Hernán” y ser más mexicano que los nopales, o ser vecino de Lavapiés y no poder caminar por la calle sin que los zapatos se te llenen de caca de perro, o vivir en la calle “Buenavista” en un piso interior donde nunca han llegado los rayos del sol de forma directa. Me siento como el último pinche dinosaurio que se extinguió por no encontrar un lugar en el arca de Noé, y estoy convencido de que una princesa, tan hermosa como tú, ha venido a buscarme a mi casa justo en el momento en que salí a comprar el pan. ¿Sabes una cosa? Si pudiera quedarme en España iría a abrazarme al faro de Hércules en La Coruña, terminaría la carrera de periodismo, me colaría en las cuevas de Altamira para comprobar que los bisontes no solo se mueven sino que se escapan por las noches, estudiaría un doctorado y defendería una tesis sobre los peligros más amenazadores de las catástrofes. ¿Qué te parece?

—¡Estupendo! Allá donde vas, ¡arrasas!

—¡Abuelita! Todos los días escribiría y luego, en los ratos libres, en los que me tomaría un cafecito aromático y tranquilizador, me pondría a manuscribir un diario.

—¿Abuelita? ¿Qué quieres decir?

—¡Que sí!, ¡que por supuesto!, ¡que a huevo! Checa este dato: muchos días me sorprendo porque aprendo a pensar escribiendo y el pensamiento que más me convence es aquel que escribo. El plagio no existe, ¡ni madres! Hay que saber plagiar sin que los demás se den cuenta, porque al final, por muy original que se pueda ser, siempre se termina diciendo lo que ya existe en la memoria. No es una copia literal, eso es muy burdo, es recreación, una nueva versión explayada. Mi verdadero problema consiste en que no cito, que veo la hondura del renglón y se me desborda la prosa, y luego no hay pupila mortal que me siga. Si alguna vez declaran tu cuarto como zona catastrófica piensa en mí.

Hernán González siempre se consideró a sí mismo como la antítesis de los valores más convencionales de la identidad mexicana. Sobre todo porque su nombre se relacionaba directamente con el personaje que, para muchos, ha sido el más repudiado en la Historia de México y, solo por la homonimia mal

calculada por sus padres, mucha gente le hacía bromas de mal gusto. Sin embargo, a Hernán, la figura de Cortés siempre le pareció un personaje fascinante, y estaba encantado de llevar su nombre.

Esa mañana salimos de su casa, caminamos hasta el parque de El Retiro y nos sentamos en un banco, al lado del Palacio de Cristal.

—¿Quieres que te muestre mi propia catástrofe? —saqué de mi bolso un rollo de fotos recién revelado.

Tenía imágenes de un viaje que hice con mis padres al parador de Sigüenza, de la función que dimos en el restaurante de Alcorcón e incluso había unas cuantas de la boda de Hernán con Marina que él no había visto. Yo siempre he tardado mucho en terminar los rollos de fotos, por eso, cuando me decido a revelarlos aparecen un montón de secuencias muy disgregadas en el tiempo. Entre esas fotos aparecían unas de la playa de Alicante que al principio pensé que no eran mías. Después asocié que Santiago se fue unos días a Levante a hacer unas entrevistas de trabajo, pero por lo que vi en las fotos, en ese viaje lo acompañó Marina, porque en varios recuadros aparecía ella en bañador.

—¡No manches! No se ve quién es —minimizó ante las evidencias

—¡Mira bien estas fotos! ¡Fíjate bien! Este es Santiago en la playa. La del bañador azul no soy yo, sino Marina. La foto más interesante es esta, mírala. Marina y Santiago aparecen completamente en pelotas.

—¡Órale! ¿Y a poco tú no lo sabías? —me preguntó como si fuese un tema de dominio público.

—¡Pues no! ¿Tú sí?

Hernán no contestó. Me “apapachó”, es decir, me abrazó mientras yo reclinaba mi cabeza en su hombro para llorar más a gusto. Al volver a su casa me preparó un bocadillo de atún y mayonesa.

—¿Por qué estás tan segura de que son ellos? —dudó Hernán desde la cocina— no se les reconoce muy bien.

—Conozco perfectamente el trasero de Santiago —respondí contundente.

—Eso no es una prueba. ¡Mujer! Tendrás que buscar otra para inculparlos. ¡Toma! ¡Come y olvídate de eso!

Salimos a dar otro paseo. Hernán tenía que estar al día siguiente temprano en el aeropuerto. Siempre le agradecí que me dedicara su último día. Me acompañó hasta mi casa y antes de subir nos sentamos en el portal. La noche parecía estar enfadada con nosotros. No hablamos de nada trascendente. Para hacer más

llevadero el tiempo contamos catorce ventanas en las que, una tras otra, se iban apagando las luces. A Hernán, entonces, no se le ocurrió otra cosa que cerrar los ojos con fuerza y decir en voz alta: “Vamos a suponer que desde hace muchos años el mundo no debería seguir existiendo, solo de esa manera podemos decir que hoy estamos de suerte, ¿no te parece?”.

La noche estaba fría, silenciosa e indiferente con nosotros. Estábamos ahí esperando a que sucediera algo, esperando a que no llegara el momento de despedirnos. Presionado por el poco tiempo que nos quedaba me confesó, fiel a su estilo de hablar de otra persona para hablar de sí mismo, que cuando empezó a estudiar la carrera de Comunicación Social tuvo una compañera, hija de republicanos españoles, que se llamaba Gisela.

—Te juro que yo habría querido que ella fuese mi novia. Me enamoré nada más conocerla. Tenía las ideas tan claras y un cuerpazo… lo malo es que…

—¿Qué?

—Pues eso, no sé, creo que nunca fui muy claro, ni directo con ella

—¡Ya! ¿Y qué pasó después? —pregunté muy interesada.

—Nos encontramos casualmente en un teatro. La obra era una adaptación a un cuento de Mario Benedetti que se llamaba *El Cambiazo* y que el grupo Veredas representaba en la Casa del Lago de la UNAM.

—¿Y funcionó?

—Creo que no. No sabría decirte. La obra era una metáfora de la insurrección de un pueblo a través de una canción de moda. Los jóvenes cantando derrocaban a un dictador… Nos sentamos juntos ¡Híjole!, y nos metimos mano sin perder el hilo de la historia. Durante los aplausos del final salimos corriendo. Primero nos sentamos al pie de un ahuehuete del Bosque de Chapultepec, luego me llevó al departamento de su hermana, que vivía en la colonia Roma. Ella tenía llaves. Abrimos unas “chelas” y antes de probarlas nos dejamos caer en una cama.

—¡Vaya! Tu sí que las matas callando. ¡Qué rapidez!

—Cuando me fui de la casa de su hermana me dijo que yo no era su tipo. Me pidió que no le contara a nadie el desliz, y yo no se lo dije a nadie, excepto a ti, ahora.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—No sé. Me imagino que por tener un gesto de confianza y cercanía contigo.

—Algo así como romper el hielo, ¿no? Por cierto, ¿te apetece comer algo? —sugerí—. ¡Venga! Vamos a subir a casa que a mis padres no les importará que te quedes a cenar.

Cuando entramos en casa estaban todas las luces apagadas. No había nadie. En el contestador había tres mensajes de Santiago, que se interesaba por mi paradero. Había otro mensaje de mi madre que me decía que se habían ido al chalé de la sierra porque habían tenido una avería muy gorda de fontanería. Que si se les hacía tarde que no regresarían a dormir esa noche. Cuando hablé con ellos por teléfono me confirmaron que no volverían a casa hasta el día siguiente. Colgué el auricular pensando en lo que podía pasar.

—¿Te apetece una cerveza?, o ¿una "chela"?, como dices tú.

Después de abrir los botellines, tampoco los probamos y nos dejamos caer en mi cama. Mi habitación, para entonces, ya no era la misma. A oscuras parecía que podía estar en cualquier parte. Hernán me abrazó y me susurró al oído.

—Piensa en algo, en lo que sea.

Yo me imaginé que una línea atravesaba mi pensamiento en dirección al horizonte más lejano.

—¿Sabes una cosa? —me besó el cuello—. Después de tu amistad, inevitablemente está tu cuerpo.

Al día siguiente fuimos a recoger su maleta a su piso de Lavapiés. Me regaló todos sus manuscritos, se despidió de su guitarra y me pidió que se la cuidáramos mucho. Lo acompañé a Barajas y me despedí de él prometiéndole que volvería a estar en el aeropuerto cuando volviese a Madrid.

Un viejo amor en el que había creído demasiado

Marina llegó al puerto de Veracruz una noche de “norte”. Se registró en un hotelito del centro, pero no pudo dormir por los golpes que daba la lluvia en las ventanas. Sotero no le dio ninguna dirección, ni una pista concreta para encontrar a Hernán, solo le encomendó que buscara a un viejo camarada suyo que se llamaba Pelayo. También le dijo que le sería muy fácil encontrarlo porque siempre estaba cantando borracho por el malecón o en las playas de Boca del Río. Esa noche, Marina prefirió salir del hotel para pasear y ver cómo chocaban las olas en los muros de contención de la playa. Debido al mal tiempo, no había mucha gente en la calle, pero Marina quería ver la cara de Hernán en cualquier persona. Contemplando el mar furioso alcanzó a ver que, recostado boca abajo, al lado de la pared, había un cuerpo de un hombre que, con la cara incrustada en la arena, parecía el cadáver de un náufrago, de un pirata que hubiera perdido su barco por el fuerte “norte”. No era un cadáver, ni un náufrago, ni un pirata, tampoco era su buscado Hernán, sino Pelayo. Lo reconoció porque, a pesar de la tempestad, dormía tranquilamente su permanente borrachera. Pelayo tenía la cabeza y la barba completamente blancas. Para la gente era como un ánima que deambulaba haciendo eses y dando tumbos. Nadie le hacía caso ni le daba importancia a la razón por la que permanecía en ese estado indefinido de ebriedad. Dos días más tarde el temporal había amainado. La luna llena iluminaba la cresta de las olas. Marina paseaba todas las noches por la playa y siempre veía a Pelayo, pero no encontraba la forma de poder hablar con él. En esa ocasión Marina observó que Pelayo se acercaba a una tertulia improvisada que habían organizado unos turistas con la guitarra. Les pidió permiso para cantar aquello de “alma de jarocha que nació morena y valiente para sufrir todas sus desventuras”. Nadie estaba por la labor de aguantar las payasadas y los desafinamientos de un borracho. Así que la gente, poco a poco, comenzó a retirarse hasta que al final se quedó solo. Marina aprovechó para acercarse y proponerle que le cantara a ella ese himno veracruzano. Después del recital, Pelayo quería hablar, pero no podía. Entre sorbo y sorbo de una botella de

alcohol desnaturalizado de noventa y seis grados, pudo decir que él era lo único que quedaba de una triste leyenda. Marina comenzó a sospechar que Sotero les había enviado a Hernán y a ella a las playas de Veracruz exclusivamente a escuchar esta historia de amor a la marinera. La noche fue avanzando entre la brisa fresca, mientras Pelayo iba recuperando, trago a trago, su rasposa voz.

Corrían los años cuarenta. El puerto de Veracruz conoció una época boyante de comercio marítimo. Mandinga y el fuerte de San Juan de Ulúa eran los destinos predilectos del turismo nacional. Era la época en que Agustín Lara se nacionalizó tlacotalpeño y en que ser gobernador del Estado de Veracruz aseguraba la silla del Palacio Nacional. Pelayo llegó al puerto, procedente de Cudillero, Asturias, a finales de los treinta. Arribó en un barco rodeado de intelectuales y gente común y corriente que buscaba exilio en México. Más que por razones políticas, Pelayo salió de su querida Asturias por razones vitales. Estaba enamorado de una mujer de ojos verdes y de ideas rojas. La siguió durante un año por las trincheras de las minas de carbón de Mieres; la persiguió un mes por la cubierta y por los camarotes del "Vapor Mexique"; la asedió durante una semana por los portales del zócalo de Veracruz, las mesas de La Parroquia, el malecón, y nada. Aquella mujer, lejos de hacerle caso a Pelayo, prefirió casarse con un hacendado veracruzano dedicado a la ganadería. Pelayo tardó tiempo en conocer los secretos de la vida pública y privada de la sociedad veracruzana y consiguió un trabajo estable después de cinco años de haber llegado "al rinconcito donde hacen su nido las olas del mar". Un día, a la entrada del Hotel Emporio, se topó con su antigua novia comunista. Ahora era una gran señora, madre de dos hermosos niños rubios y patrona de media docena de criados. Era una mujer muy influyente en los círculos políticos más altos del Estado de Veracruz. En ese encuentro, que fue el único y el último, no intercambiaron muchas palabras. Ella sintió vergüenza al ver a su antiguo amigo. Vio a un camarada venido a menos y no pudo soportarlo. Se encargó de que la revolución mexicana (que no la asturiana) le hiciera justicia y le consiguió un trabajo como criado y vigilante en el faro de la Isla de Sacrificios.

Pelayo limpiaba los suelos y, en ocasiones, engrasaba las máquinas. Todas las noches contemplaba las olas apacibles del Golfo de México. En la isla no había muchas cosas que le llamasen la atención, excepto los paseos cotidianos que daba por la playa Celaida, la hija de una cocinera que tenía su puesto a la orilla del mar. Celaida siempre iba vestida de blanco. Dicen que

vivía esperando a un marinero vasco del que estaba enamorada. Todas las tardes, cuando ponía en marcha la lámpara giratoria del faro, Pelayo alcanzaba a ver a Celaida, con su vestido blanco, con la mirada perdida en la línea del mar abierto.

—¿Qué tiene de especial un marinero vasco cuando se tiene a un asturiano como yo? —se preguntaba Pelayo.

Una noche de luna llena, Pelayo se percató de que Celaida paseaba por la playa muy cerca de donde rompían las olas. Su vestido, empapado, le dificultaba moverse con agilidad. La estuvo observando un buen rato hasta que la perdió de vista. Por un momento pensó que ya habría vuelto a su casa, pero, por fortuna, alcanzó a ver, gracias a la iluminación de la luna, el cuerpo de Celaida abandonado al capricho de las olas y la resaca. Pelayo bajó las escaleras del faro corriendo y nadó hasta que pudo rescatarla. Las garnacheras de la playa ya lo habían vaticinado: tarde o temprano el mar se tragaría a Celaida para que pudiera reunirse con su marinero vasco.

Sin embargo, Pelayo no la dio por muerta, sabía que su corazón seguía latiendo. Antes de que pudieran trasladarla a un hospital, Pelayo se la llevó en brazos a lo alto del faro entre la consternación y el enfado de los pocos testigos que presenciaron el rescate. Horas más tarde, al amanecer, cuando las autoridades del puerto intervinieron en el asunto, se encontraron con una Celaida rebosante de belleza y vida. Dijeron que la encontraron en una habitación iluminada de color naranja por la luz del amanecer, ella estaba sentada sobre un sillón rojo, inclinada sobre su costado derecho, con los pies encogidos sobre el asiento, con la mano izquierda entre las piernas, con su habitual vestido blanco de tirantes y falda holgada, su melena corta, despeinada y la mirada perdida en el horizonte.

Así comenzó la leyenda. A partir de ese día le empezaron a conceder a Pelayo una gracia de encantamientos divinos. El romance de Pelayo y Celaida en la Isla de Sacrificios era equiparable a la historia de Adán y Eva en el Paraíso. Entre ellos, todo era estrictamente agradable hasta que una mañana, desde el faro, siempre desde ese punto tan alto, Pelayo divisó en el horizonte un mercante español que se acercaba en línea recta. Cuando Celaida vio pasar el barco por delante de la isla en dirección al puerto, se apresuró a ir a la ciudad en busca de un viejo amor en el que había creído demasiado. Pelayo no supo más de ella. Le dijeron que Celaida se paseó, elegantemente vestida, durante una semana por las calles del centro con su marinero vasco, originario de un pueblo llamado Elanchove. Le contaron que en los portales del zócalo bailaron danzón al compás de las

marimbas y que hasta ella aprendió a pedir el café con leche en euskera: "esne kafea". También le dijeron que su vasco fortachón nunca pudo pronunciar su nombre correctamente y, en lugar de llamarla "Celaida", la llamó "Laida", como el nombre de una playa que estaba cerca de su pueblo.

Una mañana, el mercante español salió del puerto de Veracruz y pasó de regreso por la Isla de Sacrificios, la madre y las garnacheras de la playa se despidieron con lágrimas y vítores. Celaida también se despidió de ellas desde cubierta sujetándose un exuberante sombrero con la mano izquierda y levantando una mascada blanca con la derecha. Su vestido ondeaba como una bandera blanca, transparente, y ella dejó escapar a propósito su mascada que, con el viento recio del mar, se confundió durante mucho tiempo con el vuelo de las gaviotas. Esa misma noche, la mascada blanca llegó a manos de Pelayo, porque un pescador la recogió del mar y se la acercó al faro. Pelayo pensaba en que las gaviotas no eran iguales: aunque cualquiera podría ser cualquiera, ninguna era igual. Lo mismo pensaba de las mujeres, y su buena fama de encantamientos se consolidó a partir de ese día. Las hijas de los pescadores creyeron que no tenían competencia con ninguna otra mujer y, por lo mismo, unas se acercaron al faro con comidas preparadas y otras le llevaron pollos, guajolotes y canastas de maíz. Pelayo no quería saber nada, la confusión lo dominaba. No le hacía caso a nadie, excepto a la mascada blanca que llevaba en el bolsillo. Como el desánimo inundó el espíritu de Pelayo, se encerró en el faro y estuvo toda la noche despierto, vigilando la mar en calma. Al día siguiente, Pelayo decidió ir en busca de su amada, no se sentía capaz de estar ahí esperando a que Celaida volviera. Se dirigió al puerto a investigar si había un mercante que zarpara para España, pero no tuvo suerte. Un día sin Celaida era lo más terrible que le había pasado en su vida. No se le ocurrió otra cosa mejor que perder la vista en el horizonte y pensar en que con un bote robado y con la ayuda de la corriente del Golfo podría volver a encontrarse con su amada.

La madrugada empezó a clarear y Pelayo le confesó a Marina que se dio a la bebida cuando, dos días más tarde de haber perdido a Celaida, vio el cuerpo de una mujer que, con la cara incrustada en la arena, parecía el cadáver de un náufrago, de un pirata que hubiera perdido su barco por el fuerte "norte" de la noche anterior. No era un cadáver, ni un náufrago, ni un pirata, sino una mujer de vestido blanco que yacía abandonada al capricho de las olas y la resaca. Era Celaida otra vez, su gaviota. Sabía perfectamente que ella volvería a tirarse al mar para seguir buscando un viejo amor en el que había creído demasiado.

A respirar un aire más limpio

Dos meses después de que Hernán volviera a México me enteré de que estaba embarazada. Cuando se lo dije a Santiago se puso muy nervioso. No sabía qué decirme, de hecho, no me dijo nada. Ese día habíamos quedado para ir al cine y al final se fue él solo. Lo volví a ver dos días después y me pidió que me casara con él. Pero no me lo dijo con entusiasmo ni con la desfachatez con la que se declaró Marina a Hernán. Me lo dijo porque tenía que decírmelo, porque lo más importante en ese momento no era tanto lo que sentía, sino evidenciar su sentido de la responsabilidad. A diferencia de Marina y Hernán que hicieron una boda de un objetivo, nosotros lo hicimos al revés, un objetivo de una boda. Y el objetivo fue que nadie se enterara, solo la familia; y nos fuimos al juzgado lo antes posible, un día entre semana, sin mucha fiesta, sin mucha diversión, sin mucha convicción. A mi boda yo solo pude invitar a mis padres, ¡qué triste fue ese día! El hecho de que ese día en concreto se haya convertido en uno de los más miserables de mi vida es para tumbarse en el diván del psicoanalista unas cuantas sesiones. Por no tener no tuvimos anillos, ni vestido blanco, ni ramo, ni comilona en un restaurante, ni invitados, ni regalos, ni puros, ni abanicos. Parecía que nos habíamos casado a escondidas, de contrabando, como si esa decisión hubiese sido interpretada previamente como un fraude por los demás. La explicación a todo eso era la infelicidad. ¡Exacto! Sencillamente no éramos felices, no teníamos un proyecto de vida, no coincidimos en ese trayecto a largo plazo en el que se comparte, se convive, se renuncia para no renunciar a quien quieres como compañero de viaje o acompañante de habitación de hospital.

Todavía me cuesta reconocer que mi madre siempre deseó y buscó con ansias tener un chico, pero nunca pudo tenerlo. Después de muchos intentos llegué yo a este mundo sin la “pilila” correspondiente para hacer frente a todos los proyectos familiares que se suponía tendría que atender. Después de mí vinieron varios hermanos que nunca llegaron a desarrollarse, cuando no nacían se malograban al poco tiempo de venir a este mundo. A mi madre, esta falta de engendramiento masculino le ocasionó una falta de convicción en sí misma. Mi padre, a pesar de todo, nunca

pudo ocultar ni negar sus pretensiones varoniles para asegurar su trascendencia y complementar sus éxitos malogrados. La niña Lidia (primogénita e hija única) vino al mundo para cumplir un papel que no le correspondía. Tan es así que de ese proyecto no conservo ni siquiera el nombre. Mi habitación siempre ha tenido un aspecto andrógino de color azul. De niña siempre jugué con coches y autopistas. No hay más que ver todas las fotografías que tengo de pequeña, en muchas parezco niño. En la primaria más de un profesor dijo que yo era muy "hombruna". De pantalones, con el pelo corto y con la exagerada pretensión de mi madre para que jugara con los niños a juegos de hombres. No lo llevé mal, en el fondo, esa inclinación me ha dado fuerzas para saber desenvolverme en este mundo de hombres. Mis padres me prepararon para que yo siguiera con la zapatería que tenían cerca del mercado. Pero yo no servía para eso porque no tenía el ánimo, ni la habilidad ni el temperamento suficientes para saber hacer y estar al frente del negocio familiar.

—¡Si hubieses sido chico podrías ayudar a tu padre! —me decía mi madre en tono de queja, como si solo valiera por la "ayuda varonil".

Lo curioso fue que yo casi no he tenido "amigos" sino más bien "amigas", quizá de manera involuntaria, pero a casa yo casi nunca llevé a personas del sexo masculino, casi siempre iban chicas y sobre todo Marina. El día que mencioné por primera vez el nombre de Santiago, tuve que presentarlo no solo como amigo, sino además como novio, prometido, yerno y ya padre de su primera nieta, que para colmo tampoco fue un nieto varón. La primera visita oficial de Santiago a casa fue aquella tarde en la que le dio un golpe al coche nuevecito de mi padre. Santiago no se fijó y, al aparcar, abolló su Mercedes recién estrenado. Se dijeron de todo, bueno, sobre todo mi padre le dijo de todo al que unos momentos después tuvo que abrazar como miembro de la familia. Fue una reunión muy difícil, en la que estuve a punto de echarme para atrás. Al final, imagino que me habría ahorrado mucho tiempo y esfuerzo en mi vida porque a partir de esa fecha organizamos un casamiento insulso, nos compramos un piso a las carreras y aprendí a vivir para salir del paso.

—¿Y a qué exactamente te dedicas? —le preguntó mi padre a Santiago en el momento de servirse un trozo de lomo embuchado. Y que quede constancia de que mi madre pudo haber preparado esa noche otra cena mucho más elegante e interesante en lugar de sacar los embutidos sobrantes de la nevera.

—A la música —respondió Santiago sin mucho énfasis, es decir, dijo lo que dijo con la intención de que la conversación pasara de

largo hacia otro tema.

—¿Tocas en alguna banda sinfónica? —preguntó mi madre, interesándose en la conversación.

—No —se tomó su tiempo para saber continuar—. Estudié en el conservatorio algún tiempo, pero lo dejé... ¡Aunque también estudié periodismo!

—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! —exclamó mi madre con un entusiasmo fingido—. ¿Los periodistas ganan mucho dinero, no?

—No —respondió rápidamente Santiago—. Bueno, más bien, no sé, porque también dejé la Facultad... abandoné mis estudios por... —se le trabó la lengua y salió por lo primero que se le vino a la mente—. ¡Por problemas familiares!

—¿Qué clase de problemas? —siguió interrogando mi padre.

—No me parece una pregunta correcta —intervine—. A ti que más te da saber eso.

—Me interesa saber de qué vais a comer —dijo mi padre, desenfundando sus armas.

—No se preocupen por eso, que ya estoy buscando trabajo, —redondeó Santiago y consiguió que no se hablara de nada más.

Aquella noche nos despedimos de ellos de una manera muy distante, como si la confianza se hubiese desintegrado, y era obvio porque ellos se quedaron muy decepcionados conmigo. Sus planes de futuro, cualesquiera que fueran, se habían frustrado con mi situación. Aunque mis padres y Santiago se vieron en la necesidad mutua de darse un abrazo muy forzado esa noche, tuvieron que pasar unos meses para que mis padres fueran haciéndose a la idea de que yo estaba casada. El embarazo los empezó a ablandar. El nacimiento de Vidia los cambió radicalmente. A pesar de la decepción por no haber conseguido un nieto varón, mi padre y Santiago limaron asperezas y comenzaron una relación mucho más llevadera. Tengo que reconocer que mis padres nos ayudaron muchísimo económicamente.

Durante los primeros años de mi matrimonio fallido, Santiago ayudaba a mi padre en la zapatería sin pedir una retribución económica concreta. En el fondo, a él no le gustaba ese trabajo, decía que era mucho esfuerzo aguantar a mi padre como suegro y como jefe. Las tareas de Santiago en la zapatería no eran las de un empleado más. Ahí se formó un equilibrio bastante propicio para que las relaciones mejoraran. Una vez que nos instalamos en el piso de la calle Tribunal, la vida tomó tintes más realistas y convencionales. Los domingos siempre comíamos en casa de mis padres. A mí me parecía bien que eso sucediera así, sin mayores discusiones, pero muchas veces Santiago se presentaba a comer

incluso los domingos que yo no podía ir. Sin duda Santiago fue el hijo que mis padres no pudieron tener, pero tampoco les salió como ellos hubieran querido.

Recuerdo que en esos primeros años de las supuestas felicidades conyugales y familiares recibí varias cartas de Hernán en casa de mis padres. Mi madre, muy prudente, me las mostraba a espaldas de Santiago por si acaso mi marido no fuera capaz de aprobar esa correspondencia. Hizo bien, porque Santiago no las habría soportado, por eso nunca llego a saber de su existencia. Hernán me decía que su vuelta a México se había prolongado más de la cuenta, que los asuntos que tenía que resolver con su padre aún no se habían resuelto. Me confesó que a mí era a quien más extrañaba. La espera le obligó a retomar sus estudios de Comunicación en la UNAM. En el año 84 lo admitieron en una asignatura que ofrecía uno de los periodistas más importantes: Manuel Buendía. Me comentó que no daba clases en la Facultad sino en su oficina de la Avenida Insurgentes. Era el autor de la famosa columna "Red Privada" que publicaba diariamente el periódico *Excélsior* y que también aparecía en cerca de sesenta periódicos por todo el país. Me contó que el último día, después de devolver los trabajos finales corregidos de los pocos alumnos seleccionados que acudían a sus clases, lo mataron con un balazo por la espalda debido a que quería dar a conocer las conexiones del narcotráfico con políticos mexicanos. Me insistió en que muchos días solo podía pensar en mí. La muerte del periodista le afectó mucho porque casualmente estuvo muy cerca de la hora y del lugar donde ocurrieron los hechos. Me dijo que no era capaz de olvidarme… Yo, en cambio, respondí a sus cartas en ese momento poniéndole al día de mi nueva situación: mi matrimonio con Santiago y el nacimiento de Vidia. Ese proyecto familiar que tenía que sacar adelante supongo que inhibió a Hernán a seguir escribiéndome con insinuaciones amorosas. Sí que me habría gustado responderle y decirle lo que pensaba, mejor, escribirle con detalle lo que sentía por él, pero no me atreví. Él me pidió que le dijera a Santiago que cuidara mucho de su guitarra Candela y ya no recibí más cartas. Yo sí le escribí a Hernán una carta muy sentida y abierta, con insinuaciones amorosas y de proyectos comunes, una década más tarde, cuando llegaron mis mejores años después de separarme de Santiago, pero ya fue demasiado tarde.

Después de tanto tiempo, he llegado a pensar que Santiago nunca aceptó que estábamos divorciados, que ya no vivíamos juntos y que no compartíamos nada, excepto la responsabilidad de sacar adelante a Vidia.

Dos años después de mi separación de Santiago, mis padres tuvieron que malvender la zapatería y tuvieron que jubilarse de manera muy precaria. El problema lo ocasionó Santiago, que convenció a mi padre para quedarse al frente de la zapatería. Se endeudó al renovar el local, al introducir nuevas marcas de zapatos y contratar dependientas más jóvenes. Nunca recuperó la inversión y esa aventura empresarial terminó con la venta del inmueble para saldar las deudas. Con los pocos ahorros que tenían y la pensión mínima que consiguieron se instalaron en el chalé de la sierra. Me dejaron con mi hija y mis fobias en el piso de Chamberí. También hay que decir que ellos se fueron a Guadarrama con sus fobias y frustraciones a respirar un aire más limpio.

Le perdonamos (momentáneamente) la vida

La botella de vino tinto de Ribera del Duero extremaba sus últimas gotas. Yo saqué un poco de tarta helada que quedaba en la nevera y nos la comimos de postre con un café recién hecho. Las fechas de nacimiento y muerte de Arrecife nos tenían divididos.

—¿Te acuerdas que en aquella época las dos estábamos coladitas por Santiago? —me preguntó Marina.

—¿Ah sí? ¡No lo recuerdo! —fingí.

—¡No te hagas la mosquita muerta! Que de no haber sido por ti yo me hubiera enrollado muy seriamente con tu marido. ¡De veras! Solo me faltó una cosa.

—¿Qué cosa?

—¡Que él me lo propusiera! —contestó Marina apurando todo lo que le quedaba en su copa.

Santiago cerró los ojos pensando (imagino) en que Marina desvelaría los romances que ambos habían protagonizado en años anteriores. Estaba incómodo. Se estiraba fuertemente el cuello de la camisa y gemía como si el pimiento relleno le hubiese sentado mal. Apuró también lo que quedaba en su copa y se resignó a que la conversación se desarrollara sin límites.

—El destino te favoreció Laida —continuó Marina—, tú te casaste con él y yo no. Y ahora que os tengo delante de mí y lo pienso con calma, no sé por qué las cosas sucedieron así, si yo quería a Santiago tanto o más que tú. ¿Me lo ganaste o me despisté? ¿Qué fue lo que realmente pasó aquella vez?

—Nina —intenté zanjar el asunto—, no hables de ese tema porque te vas a sentir mal.

—Me siento mejor si lo digo abiertamente. Tú eres mi mejor amiga, porque has de saber que siempre te he considerado como tal. Nos conocemos desde que teníamos dieciséis años, ¿o me equivoco?

—¡No! No te equivocas —reafirmé—, desde que nos encontramos en los servicios del Instituto. Nos contábamos todo. ¿No es cierto?

—¡Muy cierto! Entonces, ¿por qué tendría que callarme ahora lo que siento?

—¡Anda Marina! —interrumpió Santiago, encarando la

situación con cierta desfachatez o valentía torera—. ¡Dilo todo! ¡Di todo lo que quieras! ¡Total! ¡Que se entere el mundo si hace falta!

—Yo a tu esposa la conozco antes que tú. O sea que mejor cierra el pico —sentenció Marina.

—¡Claro! Tú me la presentaste —justificó Santiago.

—¡Mira que entonces fui una reverenda estúpida!

En eso llevaba razón Marina. Ella me presentó a Santiago en su fiesta de cumpleaños:

—¡Hola Santiago! —llamó la atención Marina—, te voy a presentar a mi mejor amiga. Se llama Lidia. ¡A que es guapísima!

—Hola —dije sin mucho énfasis porque me ruborizaron sus palabras. Hay que recordar que esa noche todavía no me habían cambiado el nombre.

Cuando cumplió los veinte organizó una fiesta por todo lo alto. Yo era una de los treinta o cuarenta invitados que fuimos a celebrarlo al jardín de la casa de sus padres, quienes, por cierto, no estaban presentes. Santiago no estaba solo, lo acompañaba Hernán con su guitarra. Esa es la primera imagen que tengo de Santiago: cantando en solitario, sin que la gente le hiciese mucho caso. A Marina le gustó cómo tocaban y desde entonces Santiago entró en su lista de contactos (y de espera). Tengo que reconocer que la festejada estaba muy ocupada para fijarse en una sola persona. Me presentó a mi futuro marido, pero también, es verdad, esa noche se enrolló conmigo. Cenamos y bebimos hasta el hartazgo; cantamos y bailamos hasta el cansancio y terminamos todos dentro de la piscina (músicos incluidos). La primera en caer fue Marina y fue quien se encargó de echar al resto de los invitados. Los perseguía por toda la casa hasta conseguir atraparlos y llevarlos entre varios al borde del agua y lanzarlos al fondo de la piscina. “Los mojados” comenzaron a ser más que “los secos” y se organizaron escuadrones de gente empapada en busca de las presas que aún quedaban sin mojarse. Yo fui de las últimas en caer. Santiago y yo nos escondimos en el baño. Cuando atrancó la puerta me dijo:

—¡Hola! Yo me llamo Santiago. ¿Y tú, cómo dijiste que te llamabas?

—Lidia —respondí sin más.

Marina, al darse cuenta de que no estaba por ninguna parte se introdujo en el cuarto de baño por una ventanita muy pequeña que daba a un patio. Una vez dentro abrió la puerta y empujó fuera a Santiago. Después, antes de entregarme a mí a los demás, me dio (por primera vez) un beso súper apasionado que duró solo un momento y, sin que yo pudiera decir palabra alguna, abrió la

puerta y anunció con un grito mi captura. La patrulla de mojados, que ya había perfeccionado el tiro al agua, me cogió en brazos y me balanceó tan fuerte y tan alto que cuando caí a la piscina me quedé sin blusa, sin falda y sin zapatos. Marina fue la primera en solidarizarse con mi situación y también se despojó de sus ropas exteriores y se tiró al agua. Después casi todo el mundo hizo lo mismo. A la mañana siguiente, muy temprano, algunas personas todavía buscaban calcetines, cinturones, diademas, incluso bragas, por cualquier rincón de la casa. Colocaron una cuerda larga que atravesaba todo el jardín y tendieron la ropa mojada que nadie había reclamado. Yo salí de la habitación de Marina en busca de mi sujetador que no veía por ningún sitio. Cuando lo vi colgado en la cuerda del "tendedero comunitario" me dio mucha vergüenza. No recordaba haberme quitado el sujetador, pero no había dudas de que ese de ahí era el mío. Santiago se me acercó y me preguntó.

—¿Buscas una prenda en particular?

—No. Estoy completa —respondí muy sonrojada.

—¿Qué tal te lo has pasado? —insistió.

—¡Muy bien! ¡Gracias!

No quería que él, ni nadie, se dieran cuenta de mi aventura con Marina, pero creo que todo el mundo se había enterado. Santiago lo supo, pero no le importó; incluso, se fijó más en mí. Unos días más tarde, después del encuentro en la manifestación del Primero de Mayo, de la película en la Filmoteca y de la visita a la librería, nos metimos en un bar a tomar una caña y me devolvió mi sujetador envuelto en una bolsa con una nota que decía: "espero que no te moleste saber que yo fui quien te quitó el sujetador".

—¿Sientes celos —encaró Marina al envite lanzado por Santiago— porque anduve con tu esposa santa?

—¿Celoso, yo? ¡Vamos! —Santiago se fue hacia la ventana, se quedó mirando las luces de la calle y no se atrevió a mirar de frente—. En aquella fiesta fuisteis muy descaradas, pero entonces todavía no éramos novios. ¿De qué o por qué tendría celos? Además, tú sabes que esas cosas a mí me no me importan.

—¡Vaya! ¡Qué tío más abierto y tolerante! ¡Da gusto tener un marido tan cojonudo, Laida! —dijo Marina alzando notablemente la voz.

Yo no abrí la boca. Me quedé esperando a que ellos confesaran sus romances. Estábamos en un momento delicado de la reunión.

—Laida no era, ni nunca ha sido, lesbiana, ni cuando se llamaba Lidia. Eras tú quien la metía en todos los "embolados" —acusó Santiago.

—¡Eso! —recriminó Marina—, ¡me sienta muy bien lo de mujer

fatal! ¡Yo siempre he tenido la culpa de todo! ¿No te jode?

—Acéptalo. Tú eras la degenerada —siguió achacando Santiago de cara a la ventana—, la más lanzada y "calientapollas" que había en cien kilómetros a la redonda.

—¿Y eso qué tiene de malo? —desafió Marina—. Me gustaba hacer eso porque también me gustaba andar con ella y porque, en el fondo, quería andar contigo. Pero tú, nunca me tomaste en serio.

—Estabas muy loca para tomarte en serio, Marina —aclaró Santiago dándose la vuelta y haciendo un gran esfuerzo en mirar a los ojos de los demás.

—¡O sea que me follaste docena y media de veces! —detalló Marina—. ¡Le pusiste los cuernos a tu novia todo lo que quisiste y aguantaste! ¿Y todavía tienes el descaro de decirme que yo estaba tan loca que no podías tomarme en serio? ¡Vamos, Santiago! Piensa mejor las palabras antes de utilizarlas…

Al fin. ¡Lo confesaron abiertamente! Ya no necesitaba pruebas contundentes para inculparlos. ¡Lo habían confesado! Santiago estalló de manera incontrolada. Él sabía que no podía contradecir a Marina, y que desde el comienzo de la sobremesa ya no tenía "cara" ni argumentos para defenderse de nada ni de nadie. Preso de tanta verdad recién desvelada, comenzó a golpearse la cabeza con el cristal de la ventana con tanta desesperación que lo rompió de un frentazo y, con la ventana rota, el salón de la casa se oreó rápidamente y el ambiente se tranquilizó.

Santiago, aunque apenas se hizo daño, derramó tal cantidad de sangre que parecía un Cristo en el calvario. Lo curamos entre las dos. Mientras Marina le limpiaba la sangre, primero con agua y después con un algodón mojado en alcohol, yo le quité la ropa manchada de sangre. Lo envolvimos en su albornoz. Al final, le perdonamos (momentáneamente) la vida.

En cualquier lugar del planeta

La primera vez que Hernán pisó España traía una maleta muy pequeña. Era el verano de 1982 y la gente estaba muy pendiente del Naranjito y de la décimo segunda Copa Mundial de Fútbol que iba a celebrarse ese verano en diecisiete estadios repartidos por todo el país. Había salido de su barrio de San Ángel, de la Ciudad de México, con una cantidad suficiente de dinero para subsistir una temporada larga. Su intención oficial era comprarse una nueva guitarra, pero su verdadera razón (la extraoficial) era aprender a perderse, desconocerse para encontrarse a sí mismo, conocerse mejor poniéndose a prueba en un entorno inhabitual, respirar una sociedad distinta para medir la tolerancia de sus propios niveles de adaptación. Ahora bien, la gota que colmó el vaso y lo empujó a escapar de su casa fueron los desacuerdos con su familia respecto a la aplicación de la eutanasia a su moribundo padre, Sotero González Landini. Por entonces el patriarca llevaba dos años instalado en su propia habitación, porque, según todos, era la más grande, la mejor comunicada y la más confortable. La casona de San Ángel era muy grande, con muchas habitaciones, pero ¿por qué el padre se instaló precisamente en su cuarto el mismo día que él cumplió los 18 años? El mismo día, que se correspondía con el primer martes después del primer lunes de noviembre, Ronald Reagan ganó las elecciones a la presidencia de los Estados Unidos. Ese martes de noviembre de 1980 Hernán no tuvo oportunidad de escuchar la canción que cantaba el Rey David o de apagar las velas del pastel. Ese día, él junto con su madre Esperanza y el tío Serafín, su hermano Eusebio y su hermana Selma cenaron sopa silente y tensa, mientras la enfermera ajustaba los tanques de oxígeno. Hernán se levantó de la mesa, entró en la habitación donde estaba su padre y vio a la enfermera que le tomaba la tensión.

—¿Cómo está? —preguntó Hernán.

—¡Normalito! —respondió la enfermera—, parece un poco excitado por el viaje, pero ahora está muy a gustito.

—¿Es verdad que ya le queda poco?

—¿Quién sabe? No es fácil saberlo, pero yo me imagino que es cosa de poco tiempo —dijo la enfermera con un tono de ensayada profesionalidad.

—¿Puede hablar con esa máscara en la cara?

—Si lo ves intranquilo, antes de que otra cosa suceda, acércale el oxígeno como lo tiene ahora, ¿entendido?

—¿Tan mal está?

—Yo creo que cuando se espera la muerte no se tienen ganas de nada. Pobrecito, nunca quisiera llegar a este punto. Ojalá que todo acabe pronto.

La enfermera salió de la habitación a darle instrucciones a Esperanza, mientras Hernán se quedó viendo durante un largo rato a un hombre recostado en su cama que aunque solo tenía sesenta años parecía mucho mayor. Lo observó rodeando la cama varias veces y descubrió una cara flácida, sin expresión, unos ojos altivos y unos labios sin delinear. Quiso tocarle las manos blancas y transparentes, pero antes de sentir miedo o repugnancia volvió a terminar su plato de sopa.

—¡Yo no estoy de acuerdo con que mi hermano salga del hospital según está! —protestaba Serafín al tiempo que Esperanza seguía implorando organización familiar para cuidar al honorable jefe de familia.

—No puedo abandonarlo a su suerte en ese hospital, ¡hombre de Dios! —insistía Esperanza—, para eso está la enfermera, nuestra vida tiene que ser igual, yo me refiero a turnarnos para estar presentes estos días en casa por si llegase a ofrecerse algo. Uno nunca sabe si en cualquier momento el Señor decide llevárselo a su Santa Gloria y ninguno de nosotros está para hacerse cargo.

—¡Ay Esperancita, por Dios! —regañaba el tío Serafín—, en qué líos te metes sin deberlo ni temerlo. ¿Por qué no dejas que se muera tranquilamente en el hospital militar? Si no te convence, hay otras instituciones con asistencia médica.

—Es mi esposo, Serafín, y como cristiana que soy sabes perfectamente que no voy a dejarlo, y punto..., no quiero seguir hablando del tema. Vamos a partir el pastel de Hernán. Hoy, mi niño pequeño cumple la mayoría de edad ¿Dónde está?

Hernán no quiso probar nada, se puso un suéter y salió de casa corriendo dando un sonoro portazo.

—¡Déjalo!, deja que se vaya —dijo Serafín a Esperanza, mientras ella se secaba las lágrimas con una servilleta.

Cuando Hernán volvió a casa casi de madrugada, Esperanza lloraba desconsolada en la cocina. Serafín reprendió a Hernán:

—¿Dónde estuviste? —preguntó con más furia para desahogarse que para conseguir una respuesta.

—Por ahí. Celebrando la mayoría de edad —contestó Hernán con mucha parsimonia para apremiar a su padre en funciones.

—Tu mami está destrozada. Deberías ser un poco más respetuoso con ella.

Hernán estuvo en esa situación más de un año. Sin ganas de ir a casa porque todos los días tenían que estar preparados para ir a un funeral y porque, además, su tío Serafín ejercía el mando de forma cada vez más notoria, así como trataba de meterse entre las sábanas de la cama de su madre.

—¡Mientras viva Sotero, tú no me tocas! —advertía Esperanza ante los deseos siempre inoportunos de Serafín.

Hernán nunca entendió que las razones cristianas tuviesen más peso en su casa que las razones científicas que aconsejaban mantener al padre moribundo en una residencia de ancianos asistida con médicos y enfermeras. De cualquier manera, la cercanía física con el padre desahuciado no los convertía en más cristianos. El problema fue que los médicos fallaron en el pronóstico de la defunción y Esperanza comenzó a creer firmemente que sus cuidados y el entorno familiar era lo que prolongaba la vida de su marido.

Hernán no soportaba el mal ambiente que se respiraba en su casa, siempre abogó por ayudar a morir a su padre, quien "pagaba" sus ratos de conciencia con fuertes dolores.

—Para este final, ¡hubiera preferido estrellarme directamente en el mar con mi avión! —se quejaba uno de los pocos pilotos supervivientes que en el último momento no pudo alistarse en el afamado Escuadrón 201 que representó, en 1944, la participación bélica de México durante la Segunda Guerra Mundial.

En esos, cada vez más esporádicos, momentos de lucidez, Sotero solo tenía confianza con Hernán para pedirle que le ayudara a morir dignamente. No se lo pedía a nadie más. Hernán se lo decía a su madre y a sus hermanos: "mi papá me lo ha pedido, no es una idea mía, no es porque me haya quitado mi habitación, yo no soy un desalmado, ni un asesino; es caridad y si ustedes tanto pregonan las bondades del cristianismo deberían entender mejor el significado de esa palabra. Lo digo en serio. Él me pide que yo se lo explique a la familia, nada más…".

Para Hernán, su padre era lo más parecido a un terremoto, en tanto que llegó para escombrar su vida cotidiana, para desestabilizar el inicio de su carrera universitaria de ciencias de la comunicación, para provocarle inseguridades al tiempo que sus fracasos atentaban contra sus propias decisiones. Desde que llegó su padre a casa ya no pudo tocar la guitarra porque se interpretaba como un ruido molesto, ya no pudo invitar a sus amigos a estudiar porque se rompía fácilmente el silencio protector que debía permanecer impoluto. Si se ausentaba de casa

durante mucho tiempo se creía que él se desentendía de su padre y si llegaba tarde se interpretaba como una falta de respeto al convaleciente. Si reprobaba un examen, su madre y el tío Serafín le daban consuelo diciendo que su situación era muy extraordinaria y que, quizá, esa circunstancia le podría venir bien para replantearse estudiar otra carrera con mayor consistencia y futuro profesional en México. Hernán no estaba cómodo, se distanciaba emocionalmente de sus hermanos mayores. Había una ley familiar no escrita en la que lo importante era "no morir a pesar de los sufrimientos y dolores". Lo determinante, si llegaba el caso, era morir rodeado de familiares antes que de enfermeras y médicos. Por ese motivo, y no por otro, por la casona de San Ángel circulaban enfermeros, médicos, militares, ambulancias, asistentes, tanques de oxígeno, botellas de suero, medicinas, etc. Hernán sabía perfectamente que su padre no era el problema, al contrario, Sotero era quien mejor entendía la situación, el problema era su familia o, mejor, las ideas religiosas hegemónicas que imponían una conducta similar a un cuartel o a un monasterio. Después de dos años insufribles, decidió interrumpir temporalmente sus estudios universitarios y poner tierra de por medio. Vendió algunas de sus pertenencias, entre las que se encontraban varias guitarras eléctricas, un coche, marca Volkswagen, y un escritorio de caoba que precisamente le había regalado su padre Sotero. No sabía muy bien adónde ir, pero el capricho de comprarse una buena guitarra acústica lo trajo a Madrid. Él era incapaz de concebirse a sí mismo sin una guitarra a su vera en cualquier lugar del planeta.

Componga usted

La peculiaridad espaciotemporal de la sociedad en la que Hernán decidió verse en el espejo se definía por una ebullición contracultural denominada “movida madrileña”. La propuesta de los jóvenes ochenteros se caracterizaba por reutilizar los espacios públicos para reencontrarse a través de expresiones culturales rompedoras. Cine, teatro, danza, literatura, cómics, bares, moda, alcohol, luces de neón, drogas y mucha noche. Hernán adaptó sus horarios vitales a esa particular visión nocturna de los contrastes que toleraban muchas situaciones, aparentemente irreconciliables con la convivencia y el sentido común, se sintió entusiasmado, como si se hubiese sumado a una fiesta sin haber sido invitado, pero en la que no se sintió como un extraño. Aunque su billete de vuelta estaba abierto durante tres meses, él traía suficientes ahorros para poder quedarse más tiempo, sabía que si las cosas no salían como esperaba podría utilizarlo como una salida.

“Un día cualquiera no sabes qué hora es, te acuestas a mi lado sin saber por qué…”, cantaba un grupo de chicos y chicas sentados en la acera de la plaza del Dos de Mayo, mientras Hernán se pateaba el barrio de Malasaña de punta a punta, pendiente de los gestos, de las frases, de los estribillos: “La luna llena sobre París ha transformado en hombre a Denisse”. Se aficionó a la multi-variedad del cubata, a los conciertos de jazz en el Café Central, a la soledad y al desorden mañanero de su habitación alquilada en una pensión del centro.

Hernán no era muy futbolero, pero no se mostró indiferente con el ambiente que se vivía en España durante el Mundial. Le encantaba ver los partidos en cualquier bar que se le atravesara en su camino. Él iba con Honduras, porque fue el país que había eliminado a México. El día de la final, que ganó Italia a Alemania, estaba en un bar, sentado en una mesa junto a un viejo a quien los bailecitos de alegría que el presidente de Italia, Sandro Pertini, hacía para festejar los goles de su equipo, le parecían unos insultos. “Eso, además de una falta de respeto es una chulería…”.

Una mañana de julio del año ochenta y dos, paseando por los alrededores de la Puerta del Sol, Hernán se encontró, en la calle de La Paz, con un establecimiento que ese año cumplía su primer centenario: “Guitarras Ramírez”. Entró en una especie de

santuario dedicado al instrumento de las cuerdas punteadas, cajas de resonancia, diapasones, trastes y clavijas. El olor de las maderas nobles lo hizo levitar sobre sus propias experiencias musicales. Estuvo horas probando varios modelos, practicando rasgueos, requintos y círculos armónicos ante la paciente mirada del vendedor que no paraba de hablar de las virtudes de la guitarra española y, en concreto, de las exquisiteces musicales que se fabricaban en su taller de Luthier. Hernán se retrotrajo a diferentes escenas donde las guitarras tenían un papel protagónico. Primero se trasladó al malecón de la ciudad de Cienfuegos, Cuba, donde conoció tocando la guitarra, en el verano del año setenta y nueve, a Lázaro García, uno de los fundadores de la Nueva Trova: "Se me olvidó el amor en este viaje, no le cupo al adiós que di temprano". Luego le vino a la cabeza el Primer Concurso de Canto Nuevo, que organizó el Canal 13 en 1981 con la conducción de Sergio Romano. En aquel entonces reunió a todos sus amigos de la Preparatoria y los puso a cantar en directo desde un estudio de televisión: "Vuelo de una primavera que imita rarezas al verme escribir. Subo peldaños gigantes donde vive alguien parecida a ti". Al final se decidió por una guitarra que le costó cincuenta mil pesetas, prácticamente la totalidad de los ahorros que le quedaban. Salió de la tienda con la seguridad de que ya había cumplido el objetivo de su viaje a España. Su nueva guitarra, a la que bautizó con el nombre de "Candela", tenía el cometido de alumbrarle el camino. Renunció a viajar, a hacer cosas que implicaran gastar dinero. Se encerró en su habitación a tocar durante todo el día, hasta que los dueños de la pensión le llamaron la atención. Ese verano consiguió colocarse en varias terrazas y garitos para conseguir algo de "pelas" para su manutención. Y así estuvo, malviviendo, sopesando volver a casa si las cosas no mejoraban. Cansado de la pensión del centro se fue a vivir unos días con unos músicos ecuatorianos que tenían un grupo de música andina que tocaba los fines de semana en el parque de El Retiro, y terminó el verano trabajando y viviendo en la bodega de un garito de Chueca: por las mañanas limpiaba el local, por las tardes ayudaba en la cocina, por las noches tocaba la guitarra y cuando cerraban se tumbaba en un sofá desvencijado.

A mediados del mes de septiembre de 1982 se le terminó el plazo para utilizar el billete de avión de vuelta. Aún le parecía poco el tiempo transcurrido y el hecho de volver a su casa de San Ángel le ocasionaba mucha ansiedad. Quería darse más oportunidades y no se le ocurrió mejor cosa que retomar sus estudios universitarios de Comunicación. A pesar de que no traía

los documentos académicos legalizados, se pudo colar como oyente en algunas clases de la carrera de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. Tenía la necesidad de sentirse universitario otra vez y se coló como "oyente" a algunas de las clases en las que un profesor, auto-catalogado "molesiano", diferenciaba claramente entre el "saber comunicar" y el "saber de la comunicación". Aunque Hernán sabía que podía aprender muchas cosas dentro de las aulas y en los libros, también sabía que lo que más le podía interesar estaba en otras partes, en los pasillos, en el bar, en las jardineras de los alrededores de la Facultad donde, precisamente, conoció a Santiago, que siempre estaba rodeado de gente, cantando, guitarra en mano, los *hits* del momento: "Qué tienes en los ojos, nena, o es que vas a llorar".

Hernán se sentó en el césped y le preguntó a una chica que estaba a su lado:

—¿Cómo se llama el que está tocando la guitarra?

—Santi —respondió con familiaridad —escúchalo, que es genial…

"Podéis tener Retiro, Casa Campo y Ateneo, podéis tener mil cines, mil teatros, mil museos, podéis tener Corrala, organillos y chulapas, pero al llegar agosto, ¡vaya, vaya!, aquí no hay playa".

Días más tarde, a Hernán no se le ocurrió otra cosa mejor que llevarse a Candela, su guitarra, recién comprada en casa Ramírez, a la Facultad y ponerse a tocar sentado en un banco, pero sin conseguir que nadie estuviera cerca para escucharlo: "Seremos como aquellas dos abejas rebeldes del panal, y volaremos hasta hartarnos de la distancia y la miel de nuestros cuerpos".

Santiago se fijó en Hernán y lo escuchó varias veces, pero no se atrevió a decirle nada. Cuando por fin se acercó a hablar con él, lo hizo para contrarrestar el desinterés absoluto de todos los demás.

—¡Oye! ¿Sabes que está prohibido cantar en los alrededores de la Facultad sin la autorización expresa del Decanato?

Hernán no se lo creyó. Dejó de tocar de todos modos. Se disculpó e hizo el amago de marcharse.

—¡Espera! Era una broma. No te vayas. Tocas muy bien. ¿Por qué no vienes conmigo? Conozco un sitio donde tendrías un público asegurado.

—Me dijeron que tú te llamas Santi.

—Santiago, ¡sí!, ¿y tú?

—Hernán González, para servirte —le tendió la mano derecha.

—¡Hola! —le devolvió el saludo— tienes un acento diferente, ¿no? Tú eres de…

—¡México!

—¡Lindo y querido! ¡Qué bien! Ven conmigo, te voy a presentar a la gente.

Nadie habría apostado por ello, pero desde ese momento se fraguó el inicio de una fecunda amistad entre Hernán y Santiago. ¡Qué digo amistad!, más bien habría que definirlo como una "sociedad cooperativa".

—¡Escuchad un momento! —llamó la atención Santiago a un grupo de estudiantes que estaban sentados en los jardines exteriores de la Facultad— os quiero presentar a un amigo que toca la guitarra como los ángeles. Se llama Hernán y es mexicano.

—¡Viva México! —exclamó uno con un grito estereotipado.

Hernán no se amedrentó y, con la sonoridad de Candela, atrapó la mirada y la atención de los concurrentes. Santiago, por su parte, se quedó alucinado cuando vio los movimientos de las manos de Hernán en el momento de rasguear y trastear, rápidamente se dio cuenta de la habilidad que tenía para hacer arreglos y segundas voces. Se imaginó que juntos podrían emprender grandes proyectos musicales y desde ese primer momento ideó una trayectoria en común. De inmediato quedaron para ensayar y se pusieron a trabajar en un dúo de guitarras. Boleros y canciones de la movida componían los géneros que formaban parte del repertorio. El parque de El Retiro, la estación del metro Diego de León, la calle Preciados y casi todos los restaurantes mexicanos que había entonces en Madrid eran los escenarios donde "Los Duodécimos", así se denominaron al principio, solían tocar todos los fines de semana.

"Mi teléfono sonó toda la tarde. Esperaba tu llamada, pero en el fondo temía que fueras tú".

La cooperativa entre Santiago y Hernán fue tan productiva que los dos abandonaron el curso académico. La verdad es que ninguno de los dos estaba en condiciones reales de atender una carrera universitaria. Todos los días iban a la Facultad, pero rara vez entraban en clase. Quedaban para ensayar, para montar más y más canciones. En el terreno económico hay que decir que Santiago se convirtió en el mecenas de Hernán, pues le prestó dinero, le consiguió alojamientos gratuitos en casa de amigos y en su propia casa... Con nadie se había portado tan bien como con su colega mexicano. En el fondo lo necesitaba, porque el bagaje musical de Hernán y su capacidad de improvisación valían todo un potosí. Hernán ayudó a Santiago a conocer mejor su voz, a encontrar tonalidades nunca antes exploradas, a tener más confianza en sí mismo frente a un micrófono, encima de un escenario o en un estudio de grabación.

Muchas tardes, después de ensayar, Santiago le ayudaba a buscar piso para contarse (y confiarse) la vida el uno al otro.

—¿Cuando tú compones tus canciones qué sueles meterte en el cuerpo? —preguntó Santiago, clavando sus ojos en los ojos de Hernán para detectar de esa manera la sinceridad de sus palabras—, porque yo comienzo con un porro, pero cuando estoy muy inspirado necesito una raya muy larga…

—¡Híjole! Para crear y recrear yo no necesito estupefacientes.

—¿No?, pues yo no diría eso después de todo lo que te has fumado desde que te conozco.

—¡No manches! Yo necesito los estupefacientes solo para calmar mis dolores. No es por otra cosa.

—¿Dolores?

—Mi padre lleva mucho tiempo muriéndose de una enfermedad crónica que se conoce como esclerosis múltiple y lo único que le tranquiliza son los opiáceos intravenosos.

—¿Y tú también?

—Los médicos no me han diagnosticado la esclerosis múltiple de manera fehaciente, todavía, pero me imagino que lo que yo tengo es una sufrida herencia congénita y psicológica.

—¿Eso es hereditario? —indagó Santiago sin querer profundizar mucho en el tema.

—A mí me late que no, pero quién sabe, porque a mí me pasa también.

—¿Y te duele mucho?

—Es igual que en las pesadillas, porque sufres sin poder defenderte, la enfermedad te pone obstáculos para hacer las cosas más difíciles, te atemoriza, quiere que te des por vencido y el desafío a las dolencias vuelve con otra molestia diferente y más fuerte.

—¡Joder! Pues vaya putada. ¿Y el dolor se te pasa con un buen chute de hachis? —preguntó Santiago, un poco impresionado, al asomarse a la cruda y doliente realidad de Hernán.

—No digo que no pero, volviendo al tema de la creatividad, te voy a contar una anécdota que seguramente sea una leyenda urbana. Cuentan que en una ocasión —desdramatizó Hernán—, un seguidor de Agustín Lara se le interpuso en su camino y le dijo que con tanta droga que esnifaba sería muy fácil escribir canciones, y el músico, rápidamente, sacó su pitillera del bolsillo y se la ofreció diciendo: “componga usted”.

A bisbiseos, el de maricón

Hernán consiguió alquilar una habitación en un piso interior en la calle Buenavista del barrio de Lavapiés, que compartía con otros dos estudiantes de la universidad.

Aprovecharon las ausencias de los compañeros del piso para ensayar, pero no se conformaron. Necesitaban trabajar (con más tiempo y mayor volumen) sin molestar a nadie y sin que nadie los molestara a ellos.

La única solución que encontraron fue trasladarse una temporada a una casa rural que tenía la familia de Santiago en un pueblo de Segovia. La casa, que estaba medio derruida, pertenecía a la familia de la madre de Santiago. Solo se utilizaba algunas semanas durante el verano y algunos días aislados al año, coincidiendo con las fiestas patronales de la región. El pueblo se llamaba Bálsamos. Ahí se fueron a pasar una larga temporada para trabajar en sus cosas. Hernán nunca había pisado un poblado que en invierno no tenía más de cincuenta habitantes. El día que llegaron llovía a cántaros. El autocar los dejó en la plaza del pueblo y corrieron, con equipaje e instrumentos, tan solo tres calles hasta llegar a la vieja casona. Bálsamos era tan pequeño que en tres calles estaban el bar, la iglesia, la casa del ayuntamiento y la tienda. No había más. La casa era fría y oscura. Santiago encendió una estufa de leña que había en la cocina y al cabo de una o dos horas el ambiente se caldeó. Aunque habían conseguido llegar al sitio donde podrían trabajar sin interrupciones, experimentaron emociones raras. Sentir tanta libertad, quietud, soledad y tiempo por delante les ocasionaba angustias y placeres simultáneos.

—¡Órale! Lo de apartarse del mundo era estrictamente cierto, ¿no? —comentó Hernán mientras desenfundaba su guitarra.

—¿No te gusta? —preguntó Santiago con cierto aire chovinista.

—¡Está de poca! ¡Un sitio muy chingón! Lo que pasa es que nunca me habría imaginado que pudiesen existir pueblos de cincuenta habitantes. ¡No mames! En México un pueblo rascuache, alejado de la mano de Dios, que a la mejor ni aparece en los mapas, tiene por lo menos tres mil habitantes o más.

—Aquí en Castilla sería casi una capital —constató Santiago antes de soltar una risotada y también una buena dosis de nervios

—. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—En los pueblos siempre da un hambre especial por el aire que se respira. Bueno, eso dicen. ¡Ven! ¡Acompáñame! ¡Te voy a enseñar una cosa!

Se trasladaron a la parte de atrás de la casa, atravesando un pequeño corral, y se metieron en un cuartito cuya bombilla apenas alumbraba por la cantidad de telarañas que la envolvían. Fue la primera vez que Hernán presenció un homenaje a la elocuencia gastronómica porcina, un elogio a la cultura de la manteca y a la charcutería, un concierto de patas de jamón serrano curado que pendían del techo como un monumento de estalactitas grasosas y comestibles. También había chorizos, pancetas y muchas garrafas de vino añejado de las bodegas de la ribera del Duero.

—¿Qué onda? ¿Que tu familia está acumulando provisiones por si estalla otra guerra civil? —preguntó Hernán emocionado.

—¿Qué dices? Si solo es parte de la "matanza" de este año.

Cuando escampó salieron a dar un paseo. Fue la primera vez que Santiago tuvo la oportunidad de hablar del pueblo de su madre con tanto entusiasmo. Primero fueron a la plaza, en cuyo centro geométrico había una gran olma que simbolizaba el punto de gravitación y de identidad de Bálsamos. El árbol era centenario, y por eso se contaban de él muchas anécdotas. Desde que en ese mismo tronco se echó una siesta el Cid Campeador, de camino a Valencia; hasta que en esas mismas ramas ahorcaron a varios vecinos que resistieron la invasión francesa, de camino a Madrid. Presidiendo la plaza de la Olma estaba la iglesia, con su pórtico románico y un altar de madera policromada, dedicado a la virgen de la Fuencisla. El interior de la iglesia era frío y solemne. Desde lo alto de la torre del campanario se divisaban todos los pueblos del valle de Bálsamos, pueblos semiabandonados, a no ser por el movimiento de sus verdaderos y más numerosos habitantes: los rebaños de ovejas. Santiago y Hernán se sentaron en lo alto del campanario para contemplar el paisaje y sentir en la piel la crudeza del cierzo.

—¿Se te ocurre decir algo importante para la posteridad desde este punto? —preguntó Santiago mientras se subía el cuello de la cazadora.

—¡Que no digan que estaba dormido, más bien que digan que estaba soñando! Que, aunque viva muy lejos del nido yo no dejo de ser mexicano —se animó Hernán subiéndose la cremallera de su anorak.

Santiago le contó que hacía como cincuenta años la torre en la

que estaban sentados se desplomó y que, aunque la volvieron a levantar como la original, no le habían dado la suficiente altura.

—Tú fíjate en las iglesias de los otros pueblos que se alcanzan a ver desde aquí. ¿Notas algo diferente? —preguntó Santiago señalando con el dedo índice otros tres templos.

—¿Que qué veo diferente? —preguntó Hernán, agudizando la vista—. ¡Ah, chingá! Como no sea que ninguna de las iglesias está orientada al mismo sitio…

El anfitrión no se había fijado en eso. Era una buena observación, pero él quería llamar la atención en otra cosa.

—Si te fijas bien, en todas las demás iglesias hay un nido de cigüeñas en lo alto de la torre y aquí no.

—¿Por la altura del campanario?

—Es una posibilidad, pero no se sabe a ciencia cierta. De todas formas, tendríamos que animar a las cigüeñas para que vinieran a anidar aquí.

—¿Cómo?

—Construyéndoles nosotros un nido.

—¡Eso está hecho, compañero! —afirmó Hernán, muy animado—, aunque no tengo ni la menor idea de cómo se puede hacer un nido de cigüeñas.

Desde arriba Santiago tuvo tiempo para contarle más cosas de los secretos y leyendas que también circulaban por las calles empedradas de Bálsamos.

—Mira, justo enfrente de la Iglesia está el bar de Ciriaco. Abre todos los días del año excepto los martes y trece.

—¿Y eso? ¿Es muy supersticioso?

—¡No, qué va! Solo es un pretexto que se ha inventado para cerrar el bar algún día y dedicárselo a su mujer.

—Siendo así, trabajará mucho, ¿no?

—Yo creo que más bien no le gustará estar en casa con su mujer —especuló Santiago—. ¡Mira! La casa grande que está del lado derecho es el Ayuntamiento. Desde ese balcón se hacen los pregones. ¿A que no sabes quién vino hace unos años a inaugurar las fiestas?

—¿Algún famoso?

—Bueno, se llamaba Santiago Pérez. ¡Dicen que fue el alcalde más guapo que ha tenido Bálsamos!

Santiago comentó que su nombre se lo habían puesto en honor a ese edil que hizo suspirar a su abuela materna, pues durante mucho tiempo se rumoreó sobre ciertos deslices amorosos que tuvieron lugar en el mismo cuarto donde hoy se almacenan los jamones. Dicen que Crisanta, antes de morir, reunió a sus hijas y les pidió que a un nieto suyo le pusieran Santiago por nombre.

—Entonces este pueblo es importante, ¿no? —preguntó Hernán dándole más peso histórico a un pueblecito castellano cuyas primeras piedras se habían levantado hacía más de setecientos años.

—¡Hombre! Bálsamos, después de ovejas, lo que más ha dado al mundo son curas. Es como una tradición en la que cada familia ha tenido que reservar una parte de su prole al clero.

—¿Hay muchos curas en tu familia? —preguntó Hernán.

—Los suficientes como para hacer un cónclave cuando la familia organiza un día de campo —contestó Santiago.

Más tarde, Santiago y Hernán entraron en el bar de Ciriaco. En la puerta estaba durmiendo Tuercas, un collie de pelo negro y hocico blanco. Pidieron dos vasos de vino. La taberna estaba casi vacía. Solo Cenizo, el cegato, el dueño del perro, estaba sentado al fondo, fumando un cigarro Ducados.

—¡Santiago Paredes! ¿Qué te trae por el pueblo en esta época del año? —preguntó Cenizo.

—¿Cómo ha sabido que era yo? ¿Ya puede ver bien? —interrogó en voz baja a Ciriaco mientras este servía los dos chatitos.

—Tiene un oído de lince, el cabrito —respondió Ciriaco también en voz baja.

—Pues ya ves —afirmó Santiago, sin muchas ganas de establecer una conversación—. Vengo a Bálsamos para que lo conozca la gente.

—¿El que viene contigo es amigo tuyo? —preguntó Cenizo.

—Sí. Y viene de muy lejos. De México.

—Debe de ser un bonito lugar. Yo nunca he estado ahí, pero también debe de tener muchos curas —sentenció—. Bueno, ¡visto lo visto!, ya va siendo hora de irme a mi casa —apagó su cigarrillo justo en el centro de un cenicero, se levantó de la mesa y se detuvo cuando pasó al lado de Hernán—. ¡Bienvenido, amigo! Yo me llamo Cenizo de las Cuevas —le tendió la mano. Hernán se la interceptó y sintió un fuerte apretón que le hizo daño. Lo saludó con mucha efusividad y agradeció el recibimiento invitándole a una copa de vino tinto—. Ya no debería seguir bebiendo —aclaró—, pero tratándose de usted, que nos honra con su visita, pues no le voy a dejar mal. Hacer "feos" no es lo mío. Anda, Ciri, ponme un vaso de los míos. Es que a mí el vino me lo rebajan con gaseosa. Y bueno, ¿qué? ¿Le gusta este pueblo?

—¡Está padrísimo! —respondió Hernán.

—Le voy a decir una cosa —amigo mexicano—, a mí nadie me cree en este pueblo, pero yo le podría contar muchas cosas...

—¡Basta, Cenizo! ¡No empieces con eso! —interrumpió

Santiago.

Ciriaco salió de la barra y se llevó al cegato fuera de la taberna mientras terminaba de beberse su vino adulterado con gaseosa. Ciriaco volvió al bar con el vaso vacío y levantando los hombros en gesto de disculpa.

—Ya lo conoces. Cada día está peor.

Cenizo de las Cuevas se llamaba así porque nació un miércoles de ceniza. Sus enormes gafas, de culo de botella, confirmaban su mote de "cegato". Después de quedarse medio ciego, cultivó el oficio de profetizador. Con el pretexto de que la casi ceguera le había proporcionado la habilidad de ver las cosas que los demás no podían ver, se consideraba a sí mismo como un vigía de la opacidad, el atalayador del tiempo, el centinela de lo que vuelve. La gente de Bálsamos decía que Cenizo vaticinaba tantas cosas que, por fuerza numérica y por el peso de la cantidad de sus mensajes, en algo tenía que acertar. Algunos de sus presagios ocurrieron tal y como él los imaginó en su oscuro pensamiento. Uno decía que a Santiago ya no lo llamarían el nieto de la Crisanta, sino simplemente "el manito". Otro aseguraba que el pueblo se iba a revolver el día en que los gorriones de la plaza de la Olma aparecieran muertos en el suelo. El día que ocurrió eso, fue el primer día del siglo veintiuno. Ese día, desgraciadamente, murieron Santiago, de SIDA, y también el propio Cenizo el cegato, sin causa aparente.

"Los manitos", tal y como los empezaron a llamar a Santiago y a Hernán en Bálsamos, querían protagonizar una vida diferente, sin límites, sin cortapisas y sin ninguna clase de justificaciones; sin embargo, poco a poco, su vida empezó a ser rutinaria. Se propusieron trabajar por las tardes en un horario de cinco en adelante: hasta que las cuerdas vocales y los callos de los dedos aguantaran. A Santiago le gustaba grabar todas las canciones para luego escucharlas y mejorar los arreglos. Por las mañanas se levantaban tarde, sobre todo Hernán, que casi nunca conseguía deshacerse de las sábanas antes del mediodía. Santiago, en cambio, se levantaba pronto, cada día más temprano, y aprovechaba el tiempo en arreglar desperfectos. Santiago, a pesar de soportar el mote de "manito", nunca tuvo fama de "manitas", pero en esa estancia en su casa del pueblo se le despertó una imperiosa necesidad de arreglarlo todo. Léase grifos, puertas vencidas, bisagras rotas de las ventanas, etcétera. Nunca desayunaban juntos. Al cabo del día, la cafetera era la que más trabajaba en esa casa. Hernán desayunaba su clásico café solo y sin azúcar y se despedía de Santiago que en ese momento estaba ocupado arreglando una teja rota o revisando que los jamones no

tuvieran gusanos. A Hernán le gustaba pasear por la ribera del Henchidero, un pequeño riachuelo que atravesaba el pueblo y que bañaba los huertos de las afueras. Se montaba en la bicicleta y no volvía hasta la hora de la comida. Tampoco coincidían para comer porque se pasaban el día picando y partiendo toda clase de embutidos que tenían a su disposición. Sin embargo, hay que decir que Santiago asumió con buena gana su condición de anfitrión.

Algunas tardes, mientras afinaban los instrumentos y ordenaban las hojas de las letras en los atriles practicaban un temerario juego de polisemia:

—Si yo, por ejemplo, digo “estar al loro” —comenzaba Santiago — ¿qué quiero decir?

—¿Qué eres como “perico de los palotes”? —respondía Hernán.

—No, significa “estar atento”.

—¡Ah!, para mí estar atento es “estar al pedo”.

—“Estar pedo” es estar borracho, ¿no?, cogerse un ciego o una cogorza.

—Lo de “coger” mejor no lo mencionamos. ¿De acuerdo? Yo cuando me “pongo pedo” luego me da una “cruda” espantosa.

—Aquí eso es “resaca”.

—¿Cómo las mareas?

—No, dolor de cabeza si bebes mucho cuando te “vas de marcha”.

—¿Lo de “marcha” es por un desfile militar o por una competición deportiva?

—No, “irse de marcha” es irse de juerga.

—¡Ah! Yo diría “de reventón”.

—Eso de reventón es cuando se pincha una rueda del coche, ¿no?

—Yo diría la “llanta del carro…” Mira, yo mejor “pinto mi raya” y acabamos este juego que no sabemos cómo acabarlo.

—Si tú pintas tu raya yo “me abro”.

—¿Qué pasó? ¿En qué momento subimos el nivel del juego? Porque eso de abrirse…

—Cuando te abres es que te piras, que te vas. No seas mal pensado, yo creía que era un juego entre “colegas”.

—Sí, es un juego entre “cuates”, pero sabes que un mexicano no desperdicia la oportunidad para alburear.

—¿Alburear? Ahí me pillas.

—Sí, es difícil de explicar…

—A ver, si yo digo que eres “gilipollas”, ¿tú que entiendes?

—Me suena a “pendejo”, o sea que debe de ser una grosería fuerte, ¿no?

—Groserías aquí son “tacos”
—¿Tacos al pastor, dorados o sudados?
—El juego se está poniendo “chungo”.
—¿Qué es chungo? ¿Un bebé chango?
—No, es algo difícil, feo o que te lo tomas a guasa.
—Estoy alucinando.
—¿Y por qué flipas?
—Porque ya no sé de qué estamos hablando.
—Bueno, vamos a dejarlo y nos ponemos a “currar”, ¿vale?
—“¡Órale”, a “chambear”!

Santiago, casi todos los días coincidía con las vecinas del pueblo a la hora de ir a comprar el pan, el pescado o la fruta. Los camiones repartidores pitaban desde la plaza de la Olma y luego, a la hora de hacer la cola, se desataban los cotilleos.

—¿Es verdad que te has enfadado con tu padre y que por eso te has venido al pueblo? —preguntó Gaudencia.

—No haga caso de lo que digan, Gauden, que solo he venido a pasar una temporada con un amigo —respondió Santiago con firmeza.

—Pero es que por ahí se oye decir que tu amigo es extranjero —insistió.

—Sí. Viene de México, ¿y qué?

—Pues que a ver si además de extranjero, también nos va a salir maricón. ¡Ay Santi! Yo conocí a tu difunta madre desde antes de que naciera, y por respeto a su recuerdo no me gustaría ver a su hijo perdido.

—No se preocupe Gauden, que solo estamos ensayando un repertorio de canciones. Véngase esta tarde a mi casa para que nos escuche. Ya verá cómo le va a gustar.

Ese día Santiago estuvo esperando toda la tarde a Hernán para ensayar, pero como este no apareció hasta bien entrada la noche, se fumó todos los porros que le dio tiempo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Santiago cuando Hernán entró por la puerta.

—De paseo. ¿Qué pasa?

—¡Si tú no te vas a tomar el trabajo en serio, lo dejamos, y ya está!

Santiago estaba furioso, celoso, preocupado, fumado. Le importaba demasiado el proyecto musical con Hernán y no soportaba el más mínimo error o deserción.

—¿Te ha pasado algo? Te veo muy nervioso —preguntó Hernán preocupado.

—Pasar, pasar, lo que se dice “pasar”, pues sí, han pasado muchas cosas. Además de que perdí la partida de tute en el bar de

Ciriaco, se me clavó una astilla en un dedo al arreglar el marco de la puerta de la cocina. Por la tarde vino Gaudencia, la señora de la leche, a ver el ensayo porque yo la invité. Y si le dije que viniera, fue porque esta mañana me hizo saber que por ahí andan diciendo que tú y yo estamos enrollados. Quería demostrarle que nosotros somos músicos, pero tú no llegaste y se volvió a marchar sin quitarse esas ideas de la cabeza. Pero... ¡de qué me sirve decirte todo esto si a ti te da por el culo! ¡Ya estoy hasta los huevos! ¡De verdad!

Hernán no había visto nunca tan enfadado a Santiago. Quería haberle contado su experiencia de esa tarde y explicarle por qué se había demorado tanto en volver. Al final, nunca tuvo la oportunidad de contarle que se encontró con Cenizo el cegato y Tuercas. Lo llevaron de paseo, sin dejar de hablar, hasta el pie de las montañas de la sierra en donde había varias cuevas. Llegaron al pie de una cueva muy pequeña en la que había que entrar prácticamente a rastras. Tuercas los esperó fuera. Una vez dentro, Hernán se fijó en varios huecos en techos y paredes que iluminaban el interior con luces naturales e indirectas. Esa cueva era muy grande, con muchos pasadizos, de hecho, llegaron a un recoveco en el que Cenizo había montado una morada con lecho para dormir, mesa, silla, botijos de agua, leña, asador, vasijas de aceite con trozos de carne, semillas y frutos resecos. Una vez dentro se sentaron plácidamente a descansar y a beber agua fresca.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Hernán sin terminar de creerse todo lo que estaba viendo.

—No es mi casa, es mi cueva. Recuerda que yo soy “Cenizo de las Cuevas”. Todavía tengo que mostrarte algo.

Al cabo de unos minutos Cenizo se levantó y le pidió que se agarrara de su hombro. “Te voy a llevar por unos caminos que están muy oscuros, pero que no son ningún problema para mí”. Caminaron mucho tiempo, ¿quizá una hora? En la completa oscuridad el tiempo no discurre de la misma manera. Al principio Hernán memorizó los pasos andados, pero con tantas vueltas, subidas y bajadas, le fue imposible retener en la memoria la ruta caminada en la oscuridad. Al final del túnel una luz divisada le tranquilizó los latidos del corazón. Llegaron a un lugar muy extraño, ciertamente luminoso, cálido y de olores muy agradables. Era una bóveda muy alta en la que los suelos estaban encharcados con agua cristalina.

—¿Dónde estamos, Cenizo?

—¡Visto lo visto! En el fondo de una montaña.

—¿Cómo se puede ver? ¿De dónde sale la luz?

—Para mí sigue estando casi a oscuras. ¿Qué es lo que tú alcanzas a ver?

—Rocas, gotas de agua, charcos, un olor muy agradable, parece un perfume, el ruido del agua que corre, no sé, el viento…

—¿Ves el viento?

—No he dicho eso. Digo que puedo sentir el viento.

—Eso es. En este lugar se aprende a sentir y no se puede olvidar, porque es un lugar en donde se cuelan las luces del sol y, a veces también, las luces de las lunas llenas.

—¡Qué listo eres!

—Ni que lo digas. Solo te voy a pedir una cosa —advirtió Cenizo—, nadie debe saber de la existencia de esta cueva, solo tú, y no sé si me voy a arrepentir por enseñártela. No sé, tú me inspiras una confianza que no me da nadie del pueblo.

—Gracias, Cenizo, tus palabras me emocionan.

—Ya lo sabes. Visto lo visto, ni una palabra, ni siquiera si un día me encuentras aquí muerto.

Santiago no estaba para escuchar ninguna justificación por la demora. Él se había fumado unos cuantos porros en solitario y, después de echarle la bronca a Hernán, se marchó de casa dando un sonoro portazo. No volvió hasta la mañana siguiente. “Soledad es mi guitarra, que no me recibe con las piernas abiertas porque no tiene piernas”. Nadie supo si pasó la noche durmiendo entre los matorrales de la dehesa o entre los brazos de alguna de las chicas dominicanas que trabajan en “Las Malvinas”, un prostíbulo de carretera. El caso es que cuando volvió ya no le importó desmentir a nadie. Aceptó el mote a voces de “manito” y, a bisbiseos, el de “maricón”.

Pero no de nosotros

A Santiago le empezó a crecer un enorme chichón en la frente, a pesar de que le desinfectamos y le frotamos la herida. Tenía cara de niño regañado. Se preparó un cubata con refresco de limón, hielos y lo último que quedaba en una botella de ginebra. No nos ofreció nada a nosotras. Se sentó en el sofá del salón y descansó la mirada en "El Jardín de las Delicias" mientras hacía sonar los cubitos de hielo.

—Marina, ¿por qué no te quedas a vivir una temporada con nosotros? —le sugerí con sinceridad.

Estoy convencida de que ese fue el tono que utilicé en ese momento y también recuerdo con mucha exactitud cómo se le iluminaron los ojos a Santiago. De repente volvió en sí. Ya no tenía motivos para seguir encaprichado, porque con esa invitación a Marina implícitamente estaba pasando por alto toda clase de interrogatorios y aclaraciones extramatrimoniales. Santiago sintió una absolución repentina. Algo así como si un profesor, en un examen final, lo hubiese pillado copiando con una chuleta, y a pesar de eso el profesor no dijera nada, pasara de largo, se lo tragara, le perdonara la vergüenza del mal rato.

—A la niña la pasamos a nuestra habitación —continué—, o te quedas a dormir con ella en su cuarto. ¡Quédate! ¡Mujer! ¡Verás qué bien lo vamos a pasar todos!

—¡No sé qué decirte, Laida! —contestó Marina, intercambiando miradas fugaces con Santiago—. ¡No me lo esperaba!

—¿Verdad, Santiago, que no habría ningún problema en que se quedara? —enfaticé mi propuesta.

—¡No! ¡Claro que no! —dijo sin ninguna convicción. Santiago veía con agrado que yo no hurgara en su pasado "para-marital", pero no estaba por la labor de sacar las cosas de quicio. Utilizando la metáfora de la chuleta en el examen final, sería como si el profesor no solo le perdonara la vida, sino que, además, le aprobara con matrícula de honor.

—Pero pienso que os voy a estorbar —apuntó Marina moviendo la cabeza—, no creo que sea una buena idea.

—¡Tú no estorbas en nada! —reiteré—. Si eres como de la familia, ¿cómo vas a estorbar? Además, te vendrá muy bien para que te aclares el futuro.

—No lo entiendo, Laida, ¿por qué haces esto? —me preguntó intentando cogerme de las manos.

—¡Porque somos amigas! ¿No? —respondí tendiéndole las mías. Marina se alisó la minifalda. Cruzó los brazos. Se llevó la mano derecha a la boca. Levantó las cejas. Me miró con unos ojos desconocidos. Luego, me sonrió y al final me abrazó.

—¡Gracias! ¡De verdad que sois unos tíos cojonudos! —exclamó entre mis brazos—. ¿Y tú Santiago? No te veo tan convencido de participar en este nuevo proyecto.

Santiago no sabía qué responder. Si se oponía, el discurrir de la reunión podría retomar el tema, ya zanjado, de sus infidelidades amorosas. Y si aceptaba era a sabiendas de que todo era una farsa.

—¡Yo solamente veo un problema muy gordo! —desafió Santiago con un tono muy serio.

—¿Cuál? —preguntamos las dos, casi con la certeza de que Santiago no se subiría al carro.

—¡Que ya nos hemos terminado los culines de todas las botellas y ya no queda nada para brindar por nuestros planes de futuro!

Santiago se tuvo que volver a vestir para salir al Seven-eleven a comprar algo con lo que pudiéramos brindar. Salió por la puerta suplicándonos que no estropeáramos la velada. Tenía un paseo largo de ida y vuelta. Marina y yo no necesitábamos establecer ninguna tregua en ese momento.

—¿Eres feliz? —me preguntó Marina, al tiempo que me ayudó a recoger los cristales rotos de la ventana.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada en especial. Como te veo con esa escoba en la mano, solo me gustaría saber si en tu matrimonio realmente cabe la felicidad.

—El matrimonio nunca corrobora las ilusiones de partida. Cuando te acostumbras a él no te queda más remedio que pensar que la vida cotidiana forma parte de la felicidad. Pero las cosas no son así.

—¿Entonces no eres feliz?

—¡Soy una comodona! Con el tiempo he ido aceptando muchas cosas que antes rechazaba con exigencias.

Fui a tirar los cristales de la ventana al cubo de la basura y cuando volví al salón vi que Marina estaba tumbada en el sofá. Se acurrucaba con los cojines porque el agujero de la ventana dejaba colar un biruji que destemplaba.

—¡Ven! —me invitó, cariñosa—. ¡Acomódate a mi lado! —me hice un hueco en el sofá y me quité los zapatos. Marina hizo lo mismo y después juntamos nuestros pies desnudos—. ¿Para ti qué

es lo más importante en este momento? —volvió a interrogarme.

—¡Pues no sé! Para mí lo más importante es que Vidia crezca, se eduque, sea alguien… Gracias a ella sigo en combate y, aunque a veces me cueste trabajo reconocerlo, me gusta pensar que todo lo que tiene que ver con ella forma parte de la felicidad.

—¡Qué bonito!

—La felicidad no se encuentra en ninguna parte, Marina. La felicidad se construye con los materiales que tienes a mano, y muchas veces para construirla no te queda más remedio que inventarla.

—¡Yo no tengo tanta imaginación como tú! —me dijo mientras sentía que uno de sus pies desnudos me recorría la pierna en dirección ascendente.

—Pues es lo último que se pierde. Incluso la esperanza se pierde antes. Aunque… ¿de qué otra cosa puede estar hecha la esperanza si no es de imaginación?

Esta reflexión en voz alta me costó una distracción momentánea que le permitió a Marina tener el terreno libre hasta acomodar su pie en mi pubis. Cuando sentí su pie tan bien acoplado quise pensar que solo se trataba de un cambio de postura corporal. El sofá no era todo lo grande que hubiera querido, pero tampoco me sentí obligada a retirar su pie de ese lugar tan íntimo. Antes que alejarlo, sujeté su pie con mis dos manos.

—¡Felicidad! ¡Imaginación! ¡Esperanza! ¿Qué más te falta? —preguntó Marina con los ojos entrecerrados—. ¿Satisfacción?

Después de esta última interrogante, a pesar de que tenía bien apretado su pie con mis manos, ella fue capaz de movilizarlo acompasadamente. No digo que me gustó, pero tampoco me disgustó. Era como un juego agradable, tranquilo, discreto, sencillo…

—¡Nina! Lo nuestro no iba en serio, ¿no? —le pregunté, como preguntan las niñas tontas cuando confunden el sexo con el amor.

—¿Sabes? En el fondo ningún hombre me da tanta tranquilidad como cuando estoy contigo. Me siento en paz, libre, segura de mí misma… Me siento como si formara parte de ese edén delicioso…

Perdió la mirada un momento en el cuadro más grande que teníamos en el salón. Luego, cambió de postura dándose la vuelta y me abrazó.

—Tú no eres feliz, ¿verdad? —afirmé muy bajito.

—No. Pero eso puede tener solución. ¿No te parece? Y me encantaría que tú me ayudaras a reconstruir mi vida.

—¿Cómo?

—Presentándome a un tío bueno, guapo, cachas, con mucha

pasta y sin compromisos de ninguna clase.

—¡Huy! Los tíos que conozco no son así.

—Seguro que tienes algún alumno con el que serías capaz de fugarte a una isla del océano Índico.

—Con más de uno, que está buenísimo, me escaparía a la Conchinchina. Pero el problema es que tienen diez años menos que nosotras, y más que aventuras o encarar imposibles a los chicos de ahora solo les interesa encontrar trabajo. Solo les preocupa eso. Nosotras, a su edad, queríamos cambiar el mundo, ¿o no? Ahora a los jóvenes no les interesa tanto cambiar la sociedad, más bien quieren que la sociedad no los rechace. Les preocupa demasiado no encontrar una oportunidad para demostrar que sirven para algo.

—¡Qué fuerte!

—Tú, Marina, lo que necesitas es un viudo que tenga una buena jubilación, con todas sus propiedades pagadas, con hijos ya mayores que vivan lejos y que no se quede dormido cuando te montes encima de él.

—¡Ya está! ¡El novio perfecto!

—¡Claro! Lo cuidas bien unos diez años. Cuando se muera te deja todo lo suyo y, luego, te buscas otro más joven que tú.

—¡Solucionado!

—Tienes que tener un hijo, es una experiencia única.

Siempre me había gustado arreglarles la vida a los demás y, como Marina me había autorizado a que recompusiera la suya, durante un rato no paré de darle consejos que ella dejó de escuchar.

—Cuando nació Vidia —seguí—, lo primero que sentí fue tan grande que no me importó no haber ganado la lotería.

—Laida, estoy cansada —me interrumpió.

—¿De qué estás cansada si ni siquiera has empezado?

—De buscar, desde hace más de diez años, a alguien que me ayude a encontrar una oportunidad para demostrarme a mí misma que sirvo para algo. ¿Lo entiendes?

La abracé con fuerza. Me di cuenta, solo después de cerrar la bocota, de que había metido la pata, y bien adentro.

—¡Sorpresa! —se anunció Santiago cuando volvió del Seven-eleven con cuatro bolsas de plástico—. ¡Mirad todo lo que traigo!

—¡Cuántas botellas has traído, cariño!

—Es que había una oferta sensacional de “Números primos”. Veréis. si pagabas una (1) botella te llevabas dos (2); si pagabas dos (2) te llevabas tres (3); si pagabas tres (3) te llevabas cinco (5); si pagabas cinco (5) te daban siete (7); y si pagabas siete (7) te llevabas...

—¡Nueve! (9) —se adelantó a contestar Marina.

—¡No! Que el nueve no es un número primo. Solo se pueden dividir entre uno y entre sí mismos. ¡O sea! Que si pagabas siete (7) botellas te llevabas once (11). ¿Lo captáis? “Siete-once; seven-eleven”. Y además me regalaron cubitos de hielo y una bolsa de patatas por cada botella.

—¡Vaya juerga que se va armar! —exclamó Marina.

—Con tantas cuentas no me extraña que te hayas demorado —comenté.

—¡Y eso que no os quería interrumpir! —respondió Santiago con segundas.

—Tú no interrumpes. ¡Borrico! —le señalé dándole un beso en la mejilla.

—Hacéis una bonita pareja —elogió Marina—, sobre todo cuando estáis así de mimosos.

—¡Bueno! No se hable más. ¡Dejadme preparar las bebidas! Laida, cariño, ¿por qué no pones algo de música?

—¿A Musorgsky? —sugerí.

—¡No! ¡Qué dices! ¡Algo más movido!

Mientras Santiago y Marina preparaban los gin-tonic, con la cantidad necesaria de ginebra para que los cubitos de hielo flotasen, yo puse un casete de Juan Luis Guerra que fondeó y transformó el ambiente. Marina cortaba la rodaja de limón mientras interrogaba a mi ex marido.

—¡Santi! ¿Eres feliz? —preguntó Marina arrimándose al costado de Santiago.

—¿De eso estuvisteis hablando durante mi ausencia?, ¿eh?

—¿A ti qué te importa lo que suceda entre tu mujer y yo? Responde: ¿eres o no eres feliz?

—Dos veces por semana...

—Te estoy hablando en serio...

—Te estoy contestando en serio. Pero no hablemos de cosas solemnes en este momento. ¿Quieres bailar?

Yo no sé si antes de esa noche Santiago y Marina habían bailado merengue, pero estoy convencida de que habrían ganado un concurso. Es muy difícil ver a dos madrileños sentir la cadencia dominicana con tanta soltura. Me integré al grupo y bailamos hasta vernos las caras rojas de sudor. Cuando se terminó la música, Marina siguió bailando, como si fuera una *stripper*, arriba del sofá. Se desabrochó el sujetador y con un movimiento rápido se lo sacó para lanzárselo a Santiago.

—Ahora que me habéis aceptado en familia os propongo tres cosas. La primera: pagaré mi alquiler haciendo la comida. Sé hacer pasteles, espaguetis y guacamole. Segunda: me haré cargo

de Vidia en lo que pueda. Y tercera: nunca me despertéis antes de las once de la mañana.

—Yo siempre he sabido —me animé a decir subiéndome al sofá —, que vosotros os veíais con frecuencia, tengo fotografías como prueba de vuestra infidelidad, pero nunca he dicho nada porque, en verdad, nunca me ha importado. ¿Será porque os quiero mucho a los dos?

—A mí no me gustan las mujeres —exclamó Marina con un vaso en la mano en actitud de brindar—, tanto como los hombres, si he andado con alguna mujer ha sido porque siento la cordialidad, el deseo de conseguir paz a cambio de nada. Con los hombres es otra cosa...

—Por mi parte —aclaró Santiago, interrumpiendo y con más evidencias de ebriedad—, quisiera brindar con vosotras por la posibilidad que tenemos de vivir en comunidad conyugal. “Sociedad de bienes y de cepillos de dientes”, ¿no? Honestamente, creo que es una verdadera guarrada, tomando en cuenta lo que puedan pensar los demás, por supuesto.

—Ya puestos a decir verdades —insistió Marina levantando su vaso todavía más alto—, a mí me hubiera gustado ser la mujercita “santa” de Santiago Paredes aquí presente. Odio rotundamente la institución matrimonial y ya me veis cómo estoy: todavía casada con un mexicano en paradero desconocido, abandonada por un sueco y enamorada de un madrileño de ascendencia segoviana al que hubiese querido encontrarme en el altar hace mucho tiempo.

—No saques otra vez ese tema —apunté sumándome al brindis.

—Brindemos hasta ponernos incongruentes —dijo Santiago ya medio pedo.

—Tú no necesitas brindar —rubriqué—, para estar incongruente, cariño

—¡Te amo Santiago! —gritó Marina.

—¡Yo también lo amo! —sentencié.

—Sin jactarme de ser un sultán, os acepto a las dos en mi harén particular. ¡Venga, vamos a cantar!: “El harén de mi casa es particular, cuando llueve se moja como los demás. Agáchate y vuélvete a agachar que los agachaditos no saben andar”.

—No te burles, Santiago, que va en serio —le recriminó Marina.

—¡Sois unas asquerosas! —calificó Santiago.

—¿Qué tiene de malo el poliamor? —preguntó desafiante Marina—. ¿A ver qué idiotez se te ocurre decir ahora?

Santiago, en un acto de virilidad, se terminó de un trago lo que le quedaba en el vaso, que era más de la mitad. Después de un eructo, tan largo como estridente, dijo con voz pausada.

—El hombre puede tener varias mujeres en la clandestinidad sin que nadie se entere, pero así, a la luz de los demás, ¡cuidado! solo debe tener una.

—Si aceptas que el hombre puede tener varias mujeres, ¿por qué entonces está mal asumirlo públicamente? —insistió Marina.

—Porque son guarradas, ya te lo dije —Santiago buscó urgentemente otro vaso—. Mientras nadie se entere, cuenta conmigo. A escondidas no está tan mal visto.

—¿Qué es lo que está mal visto, entonces? —pregunté—. ¿Las relaciones sexuales poliamorosas o la publicidad del poliamor?

—Laida, cariño, el hombre y la mujer son infieles por naturaleza, eso ya lo hemos discutido un montón de veces. Lo único que tenemos que hacer es aprender a ocultar esas debilidades para que no se te complique la vida, nada más. No hay más ciencia en este asunto.

—¡Eso! —destacó Marina—. ¡Infidelidad anónima!

—¡Exacto! —asintió Santiago—. ¡Sin problemas de aparcamiento!

—¿Y qué sucede cuando te ves obligada a aceptar la infidelidad de tu pareja? —preguntó Marina al aire.

—¡Yo ya os he perdonado! —exclamé—. No sé cómo, pero ya lo he hecho.

—Un momento —requirió Santiago—. Para perdonar al cónyuge depende mucho de la persona. No es lo mismo perdonar a un conocido que a un desconocido..., digo yo que no será igual.

—¿Y tú cuándo has perdonado a alguien? —inquirí furiosa—. ¡Además de borracho sigues siendo un machista de convicción!

—¡Eso! —exclamó Santiago levantando el puño izquierdo—. ¡Por un proletariado de “machistas-leninistas”!

La incongruencia desatada empezó a degenerar en una velada congruente y típica, en donde las cosas tendían a estandarizarse como suele ser el discurrir de un guateque convencional. Marina quería y necesitaba mantener el tono extravagante de la reunión, no podía perder la ocasión de contener el equilibrio entre la conciencia y la desfachatez, entre lo avezado y lo impúdico. No podía permitirse que Santiago se perdiera bajo el manto del alcohol y se quedara dormido. Esa noche nos necesitaba libres de prejuicios y dispuestos. Como Santiago perdía el equilibrio y la razón, Marina le volcó el agua fría que quedaba en la cubitera. Le dio varios golpes en las mejillas y le dio ánimos para que mantuviera los párpados en activo.

—Santiago, cariño —le animó Marina—. Me tienes que ayudar ahora. No me vayas a fallar.

—¡Tú dirás para qué me quieres! ¡Bombón! —se arriesgó a

cogerle una nalga a Marina y esta no se lo impidió.

—Pero necesito que Laida esté de acuerdo —aclaró Marina acariciándole.

—¿Eso es estrictamente necesario?

—Ya lo creo que necesito su opinión de todo esto.

—¿Por qué le tienes que preguntar a mi mujer lo que opina de lo que ya está pasando entre nosotros dos? —insistió Santiago sin dejar de tocar el trasero de Marina.

—Porque quiero un hijo vuestro —culminó.

Empezó a llover. El agua se colaba por la ventana rota y ninguno de nosotros sugirió poner más música. Santiago se preparó otro gin-tonic. Yo me fui a la cocina para prepararme un café. Necesitaba creer lo que estaba viviendo, pellizcarme el pensamiento para saber sopesar la situación.

—¡A ver si lo he entendido bien! —exclamó Santiago—. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

—¡Tu semen! —respondió Marina—. Te lo puedo decir más alto, pero más claro no creo que haga falta.

—Pero ¿cómo nos puedes pedir algo así? —reclamé indignada entrometiéndome en la conversación desde la cocina—. ¡Es totalmente absurdo!

—Lo necesito, Laida. Tú misma me has aconsejado que tuviera un hijo, ¿no?

—Sí, pero no de nosotros.

También se quedó dormida

Llovía a cántaros. En el bar de Ciriaco solo estaban Hernán y Cenizo, el cegato, sentados en la mesa del fondo, tomando un vaso de vino rebajado con gaseosa.

—Los lobos no dejaron de aullar toda la noche —contaba Cenizo, ensimismado—. ¡Auuuu! ¡Auuuuu! Yo seguía arrastrando al ciervo, cogiéndolo por los cuernos, pero los lobos me cerraban el paso por todas partes. ¡Auuuu! ¡Auuu! Chillaban más que los grillos, y sus gritos llegaban hasta la Atalaya. En eso, dejaron de aullar. El silencio lo cubrió todo, el viento dejó de correr, las nubes taparon la luz de la luna, los grillos tampoco cantaban...

—Y luego, ¿qué pasó? —preguntó Hernán.

—Los lobos me rodearon, les salía la baba de hambre, de rabia porque había matado a un ciervo joven. Me di cuenta de que había violado sus reglas. Yo no lo sabía. Era mi presa, pero la tuve que soltar. Los lobos se llevaron el ciervo a rastras. ¡Eso sí!, ni me tocaron. Luego los vi correr entre los árboles, mientras volvían a escucharse los ruidos de la noche.

—Es una historia muy chula, Cenizo —apuntó Hernán— pero francamente no me la creo.

—¡No me digas Cenizo! ¡Llámame Ceni!, que en este pueblo todos me dicen así.

—Está bien Ceni, pero ¿no será que el vino te inspira demasiado?

—Eso sí, el tinto es mi mejor fuente de inspiración —Cenizo apuraba de un trago lo que le quedaba en su vaso—. ¿No quieres oír aquella historia cuando enseñé a silbar a un jabalí la jota del tío Juanillo?

—Mejor será que me vaya con Santiago —se excusó Hernán—. ¡Es hora de trabajar! Si llego tarde se pone furioso.

De pronto un luminoso relámpago hizo que la luz eléctrica se fuera y quedara todo a oscuras. Al cabo de unos segundos se escuchó el correspondiente trueno y un ladrido de Tuercas.

—¿Habéis visto ese rayo? ¡Decidme cómo son! ¿De qué color son los rayos, Hernán? —preguntó Cenizo buscando el cielo con sus ojos torpes.

—¿Cómo, de qué color? Bueno, se ven blancos, como si fueran ráfagas de luz. ¿Ya no te acuerdas de cómo eran?

—Sí, sí me acuerdo. Pero me encantaría verlos otra vez, seguro que podría fijarme mejor en ellos. ¿Sabías que las tormentas presagian cosas malas?

—¿Por qué no te callas ya? —recriminó desde la barra Ciriaco —. ¡Deja ya en paz al pobre muchacho, que se va a creer que todos los habitantes de Bálsamos están tan locos como tú!

—Te prometo callar, si me invitas a otro vino —sugirió Cenizo.

Ciriaco le sirvió otro vino adulterado con gaseosa con la intención de que se fuera pronto para su casa y dejara de asustar a Hernán.

—¡No le hagas caso, hijo! Mañana seguro que te cuenta cuando se fue andando hasta la playa de El Sardinero alimentándose de moras y flores silvestres.

Hernán salió del bar rechazando una invitación de Cenizo para jugar una partida de tute. Sin embargo, se emplazaron para jugar al dominó al día siguiente. Comenzó a caer un fuerte aguacero. Cuando llegó a casa, empapado, se encontró a Santiago escombrando una caja con muchas fotografías en blanco y negro.

—¿Te gustaría conocer a mi madre? —Preguntó Santiago desempolvando una fotografía con la manga de la camisa.

—¡Era muy guapa! —constató Hernán.

—Hoy hubiese cumplido 55 años.

—¿Cómo se llamaba?

—Sabina.

—¿Murió hace mucho?

—Hace ocho años. Yo apenas tenía doce.

—Lo siento, de veras.

Hernán no sabía qué hacer ni qué decir. Terminó de quitarle el polvo a la fotografía con su propia manga, la colocó sobre la mesa, apoyándola sobre unos libros y le dedicó una canción apropiada: “Estas son las mañanitas que cantaba el Rey David, hoy por ser día de tu santo te las cantamos así...”. Santiago se sumó a la serenata, pero no pudo entonar más de cuatro palabras.

—¡Llora! ¡No te reprimas! —invitó Hernán—. En estos casos es lo más natural y saludable.

Hernán fue en busca de alguna botella de vino y sirvió dos vasos. Santiago se quedó sentado, frente a la mesa, con la mirada perdida en la fotografía de su madre y se preparó una rayita de coca para aligerar el triste recuerdo.

—Si quieres no me cuentes cómo murió —dijo Hernán a sabiendas de que Santiago tenía la necesidad de contarlo.

—En un accidente de tráfico. Se salió de la carretera y...

—¡Qué horror!

—Te va a parecer algo tonto. Pero nunca he podido quitarme

de la cabeza que lo que en realidad mató a mi madre fueron los ronquidos de mi padre.

Al tiempo que Santiago dijo lo de los ronquidos se escuchó un fuerte trueno que desconectó la luz de todas las casas.

—¿Y quién te ha dicho eso? —explotó Hernán a oscuras y en un tono medio burlón—. ¿Cenizo el cegato?

—¡Te lo juro! Yo me acuerdo perfectamente de que mi madre sufría mucho por las noches. Siempre se estaba quejando de que mi padre no la dejaba dormir por sus fuertes ronquidos.

—¡Ni madres! Eso no me lo creo. ¿Qué quieres que te diga? ¡A ver si va a ser verdad que todos en este pueblo están medio locos como Cenizo! ¿Sabes dónde hay una vela?

Sabina se casó con Severo Paredes en la iglesia de Bálsamos allá por el año sesenta. La joven pareja decidió dejar el pueblo y buscar más suerte en Madrid. Como Severo tenía el carné de conducir y unos ahorros lo más fácil fue colocarse de taxista. Sabina, por su parte, además de asistir en varias casas, se dedicó casi exclusivamente a criar a su único hijo, a quien no dudó en ponerle Santiago. Decisión que ni siquiera consultó con su marido. Todo el mundo coincidía al afirmar que Sabina era una mujer alegre, optimista y echada para adelante. Se conformaba con poco y tenía serias intenciones de ser feliz con su familia, pero sus ánimos empezaron a mermarse la misma noche de bodas, cuando no pudo dormir por el exagerado volumen con el que roncaba su recién estrenado cónyuge.

Soportar el olor de los pies sudorosos, la peste sofocante de los pedos mañaneros, los eructos después de beber una cerveza, el tufo de las axilas en un día de trabajo, el aroma nauseabundo de un aliento añejo y ajeno al cepillo de dientes, las cortinas manchadas de grasa, el hedor del tabaco que amarillea las paredes, las tardes futboleras de los domingos en el bar de enfrente o la resabida charla de sobremesa sobre el tráfico imposible de las calles de Madrid, no tenían comparación alguna con el penoso hecho de aguantar los ronquidos del compañero de alcoba. Durante muchos años Sabina enmudeció su desgracia y se acostumbró a no dormir. Le daba gracias a Dios cuando su hijo se enfermaba porque así tenía el mejor pretexto para pasar la noche en otra habitación. Sabina envejeció mucho más rápido, estaba triste y ciertamente descuidada de aspecto. Arrastraba muchas horas de vigilia y desesperación.

Cuando le puso cara a su situación, no se dio cuenta de que se había pasado más de diez años padeciendo y, de pronto saltó, gritó, pintó una raya imaginaria en el suelo, una línea divisoria que le permitió decir: “¡basta ya!”. Era tanto lo que había

acumulado que cuando le dijo a Severo que todo lo que le pasaba era por sus ronquidos, este no se lo creyó. Cuando le dijo que ya no era capaz de pasar una noche más con él, el marido se imaginó que su mujer estaba enamorada de otro.

—Su último año fue peor que una pesadilla —dijo resignado Santiago, mientras encendía una vela y la colocaba en la mesa, junto a la fotografía de su madre—, porque al menos en las pesadillas, aunque lo pases mal, se supone que estás dormido. Cuando la pobre supo lo que era un sueño profundo, lo hizo para siempre...

Santiago nunca quiso ver ni reconocer que el verdadero motivo de la muerte de su madre fue que desarrolló un cáncer pulmonar como fumadora pasiva. Los ronquidos eran una coartada que Santiago utilizaba para justificar los peligros del cigarro o los riesgos de la ingesta de drogas. A ese nivel llegaba su encubrimiento personal hacia los estupefacientes que consumía.

—¿Qué pasó al final? —preguntó intrigado Hernán.

—Ese día, al volver de la escuela, ella tenía las maletas preparadas. Me subió al taxi de mi padre y me dijo que nos vendríamos a esta casa a vivir una temporada. Cogimos carretera y durante todo el trayecto no hablamos de nada. Ella no dejó de llorar...

—¿Tú ibas también en el coche? —interrogó Hernán al tiempo que se le atragantaba el vino que estaba bebiendo.

—¡Sí! Pero me quedé dormido en el asiento de atrás.

—¿Y a ti no te pasó nada?

—No.

—¿Y a tu madre?

—La pobre iba conduciendo el taxi y… —comentó Santiago mientras volvía la luz en toda la casa—, también se quedó dormida.

Solo nos falta Hernán

Marina desafió:

—¡Que yo no me dejo embarazar por cualquiera! ¡Hombre! ¡Que no! ¡Que no es lo mismo! Yo quiero que mi hijo sea deseado y querido y que no le falte de nada. En mí solo va a encontrar a una mujer solitaria, pero con vosotros, además, va a conseguir tener un padre, otra madre, una hermana, abuelos, una casa caliente y acogedora en invierno, en donde reciba los regalos de los Reyes Magos.

—De acuerdo —consentí—, pero técnicamente Santiago no es imprescindible, y yo mucho menos.

—Imagínate —siguió desafiando Marina—, que me dejo embarazar por un amigo mío, cualquiera. Nunca sabrá de lo que es causante. Para él solo será un rato de diversión, una juerga. No. Yo lo quiero hacer en serio y vosotros sois los únicos con los que podría hacerlo así. No sé si podría animarme con otro.

—¿Cómo quieres tener un hijo si tanto detestas a los hombres? —pregunté un poco fastidiada.

—Ya sé que es una situación muy extraña. Pero quiero que sepáis que me la estoy jugando con esto.

Lo del encuentro casual en el Banco no había sido tan ocasional como se suponía. Marina llevaba rondando la idea desde hacía tiempo y premeditó su estrategia con más tino que azar. Ahora bien, era muy cierto que esa noche se la estaba jugando porque cuando entró por la puerta de casa no tenía ninguna certeza de conseguir sus planes.

—¿Y por qué tiene que ser hoy el día, precisamente? —protestó Santiago— ¿podías haberlo planeado mejor para otro fin de semana? ¿No? Con más tiempo estaríamos más relajados.

—¡Ahora o nunca! —aclaró Marina—. Hoy ya es sábado, el veintiuno del mes doce del año uno nueve, nueve uno. Técnicamente ya es fin de semana. Las mujeres tenemos días al alta y a la baja. Yo soy un reloj de cuarzo en ese sentido, y te puedo asegurar que estoy en la cúspide. Tengo veintinueve años cumplidos. Soy joven, pero de aquí a uno o dos meses, uno o dos años no sé si me van a dar ganas de follarme al padre ideal para que me hinche la tripa. ¿Entiendes?

—¡Marina! ¡Por favor! ¡Tienes que pensar mejor las cosas! —

salté apelando a la sensatez.

—¡Estoy decidida, Laida! Me ha costado muchísimo tomar esta decisión. ¿O tú crees que estoy aquí por puro capricho? La “calientapollas” más lanzada en cien kilómetros a la redonda viene al ataque. ¡Que no! ¡Que por ahí no van los tiros! Os hago una petición abierta y sincera. Quiero que los dos estéis de acuerdo y que lo aprobéis, que estéis presentes en todo momento.

—¡Presentes y revueltos! —ironizó Santiago.

—Me hubiera sentido una rata inmunda —continuó Marina—, si le hubiese pedido a Santiago que se acostara conmigo sin que tú, Laida, lo supieras y lo aprobaras.

—Habría sido lo mejor —me terminé el café que me quedaba. Dejé la taza en la pila con un gesto de no querer probar nada más esa noche e hice el amago de irme a la cama—. Si se lo hubieses pedido a Santiago sin que yo me hubiese enterado nos habríamos ahorrado esta escena absurda.

—Hace un momento me pediste que me quedara a vivir con vosotros. ¿Tan pronto has cambiado de idea?

—Me encantaría que te quedaras —respondí tajante—, pero sin derechos en los ejercicios poligámicos. ¡Jolines!

Desde siempre he sido una chica muy vergonzosa y cautelosa como para aceptar, de buenas a primeras, una situación en la que me estaba sintiendo muy incómoda. Yo estaba cada vez más convencida de que mi presencia solo hacía que la situación se pusiera más racional y pesada y de que mi ausencia de ese salón propiciaría la aparición de los impulsos más livianos y buscados de ese momento. Reconozco que tampoco me hubiera sentido bien si Santiago y Marina se hubiesen enrollado a mis espaldas sin que yo lo supiera, pero eso habría sido lo mejor de lo peor.

—Laida, me duele mucho saber que te mortifico tanto. Pero solo es un paréntesis en nuestras vidas. Un momento muy pequeñito de oscuridad compartida.

—No insistas, Marina, que me haces polvo los esquemas.

Me fui a mi habitación. Los dejé solos y no hicieron nada por impedírmelo. Cerré la puerta con pestillo y me tumbé sobre la cama a llorar como una regadera. Me puse una mano en la frente (por si acaso me notaba la aparición de un cuerno). Entre tanto, ellos continuaron en el salón presos de un silencio estridente que les nublaba la vista y les entumecía las manos. Cuando dejé de llorar me sentí mejor. Abrí la puerta para fisgonearlos y comprobar que ya lo estuvieran “haciendo” con mucho sigilo. Se habían preparado una raya de coca. Santiago guardaba su mercancía (así la llamaba) donde yo no lo supiera. Sabía que yo no aprobaba que se colocara antes de tomar una decisión

importante, pero ese era su *modus operandi* de manual. Después del chute comprobé que, aunque todavía no me notaba ningún bultito en la frente, Marina conseguía desabrocharle el pantalón a Santiago. No quise ver más, aunque tampoco quería imaginármelo, pero cerré la puerta nuevamente con brusquedad. Lo malo (o lo bueno, no lo sé) de ese reflejo repentino fue que se dieron cuenta de que los estaba husmeando. Santiago se sintió muy incómodo. Se subió los pantalones y se preparó otra copa. Alcancé a escuchar que le dijo a Marina que así no podía concentrarse.

—¡Esto es absurdo! Nunca me había visto en otra igual.

Discutieron un rato sobre el concepto de discreción. Que si ella hubiese sido más prudente las cosas habrían salido mejor. Que había sido una tontería haberse presentado así esa noche en casa y no ponerlo al corriente de los planes. Que si quería una buena juerga la hubiese planeado de otra forma. Marina, por su parte, decía que la honestidad era la mejor arma para resolver sus problemas, que nosotros éramos lo suficientemente maduros como para comprender y aprobar la situación, que no era una petición injustificada. En tanto que Santiago apelaba a la espontaneidad, me puse otra vez el camisón. Me metí en la cama y Marina gritó que no se trataba de algo espontáneo sino de algo premeditado y deliberado, producto de la razón y el consenso, de la argumentación libre e individual. Ya tenía la cabeza metida debajo de las mantas cuando escuché que Santiago le decía que no veía ninguna diferencia entre su solicitud consensuada para hacer el sexo y una orgía vulgar y corriente. Me tapé los oídos con la almohada, sumergí el rostro en la profundidad del colchón, metiéndome entre los muelles, escapándome de esa noche descarriada. Marina, sin embargo, no se dio por vencida. Vino a buscarme dando fuertes golpes en la puerta de mi habitación.

—¡Laida! ¡Sal! ¡Por favor! ¡Que soy capaz de suicidarme en este momento!

Marina no dejó de golpear en la puerta de mi habitación. Yo no quería salir de mi escondite, no quería escucharla, no quería que terminara convenciéndome. No me veía como su cómplice, aunque echaba en falta su complicidad desde hacía mucho tiempo.

—Laida, cariño, que en el fondo todavía hay confianza entre nosotras —me dijo del otro lado de la puerta—. ¿Y sabes cómo entiendo la confianza?, ¿no?

—¿Cómo? —le pregunté sin abrir la puerta.

—La confianza es llegar a orinar en frente de otro con las puertas abiertas del baño y no sentir ninguna vergüenza.

Le abrí la puerta y recordé que la primera vez que la vi fue en los servicios del instituto y la primera vez que intimamos fue en el baño de su casa. Entró en mi habitación y dejó la puerta abierta. Nos sentamos en la cama. Le gustó el camisón que llevaba puesto y me pidió uno prestado. Le di el primero que saqué del cajón. Se lo probó de inmediato. Le quedaba muy bien, sobre todo porque se transparentaban sus respingados pechos. Se metió en la cama y me pidió que hiciera lo mismo. Después llamó a Santiago y le dijo que se metiera en la cama. Este se recostó entre las dos. No hicimos ni dijimos nada durante unos momentos, sin embargo, Marina se atrevió a decir.

—Solo nos falta Hernán.

Con la intención de quedarme a su lado

Marina dejó el puerto de Veracruz con la sensación de poder alcanzar las nubes con sus propias manos. En el autobús de vuelta repasaba las enseñanzas de su experiencia: "a Celaida no le importó morir con tal de perseguir su indudable amor por Pelayo y a este no le importó llegar a la indigencia con tal de mantener vivo el recuerdo de su incontestable amor por Celaida". Pasó por la Ciudad de México para tomar un avión que la llevaría de vuelta a Madrid. La tarde anterior a su partida fue a despedirse de la familia de Hernán. Como su experiencia veracruzana le había llegado hasta el fondo del corazón, quería agradecerle a Sotero su interés por ella y decirle un cariñoso "adiós". En la casa del barrio de San Ángel no había nadie. Doña Petro, entre lágrimas, le dijo que toda la familia estaba reunida en la Funeraria Gayosso de la calle Félix Cuevas. Sotero había muerto violentamente por culpa de Hernán. Apenas veintidós horas antes "el hijo descarriado" había tenido otra fuerte discusión con su familia. Esta vez atrancó la puerta de la habitación donde estaba Sotero y pasaron toda la noche juntos leyendo refranes mexicanos: "La muerte está tan segura de alcanzarnos que nos da toda una vida de ventaja"; "Lo que mata no es la muerte, sino la mala suerte"; "Como dijo el payaso en su lecho de muerte… me voy, ¡no los entretengo más!". Al día siguiente, cuando Esperanza fue a ver a su marido, este ya estaba muerto. Aunque ya había quedado claro que la eutanasia no era una práctica tolerada en el seno de la familia González Arias, no sirvió para evitar un segundo intento con los mismos protagonistas, pero ahora Sotero bebió libremente, con un popote, un preparado líquido con pentobarbital, según consta en la cinta de vídeo que grabó Hernán. Las cosas sucedieron tan rápido que no estaban preparados para no inculparlo de asesinato. Al dar parte a los médicos, estos no tuvieron más remedio que avisar a la policía y desde ese día Hernán se convirtió en un simple y vulgar fugitivo buscado por la burocrática judicatura mexicana. Marina sabía que tarde o temprano se enterarían de que ella figuraba como esposa oficial del todavía "presunto" asesino, y que tendría que explicar que el ocultamiento de su verdadera identidad en ese momento no tendría por qué interpretarse como un encubrimiento. Ella tampoco sabía dónde estaba, no podría

aportar ninguna información, solo añadiría más confusión al hecho; por otra parte, a ella también le habría gustado mucho encontrarlo. Marina tomó un taxi y pidió que la llevaran a la funeraria.

—¿Le contasteis que yo había venido a México a buscarlo? —preguntó Marina a Selma con una mirada que mezclaba prudencia e inquietud.

—¡Creo que no! —respondió Selma y se abrazaron—, ¡no tuvimos un rato de calma! ¡Lo siento!

Marina se acercó al féretro y volvió a encontrase con Sotero, que yacía plácidamente. El gesto casi sonriente del difunto contrastaba notoriamente con las expresiones de los dolientes. Marina pensó que habría tenido una muerte plácida después de una conversación abierta y sincera con su hijo Hernán. Charla en la que seguramente ella tendría que haber aparecido. Al final, se le saltaron las lágrimas a modo de despedida. Sotero lucía un uniforme militar de gala, con muchas medallas y condecoraciones en sus ropajes. Marina nunca se imaginó que Sotero había sido tan popular y querido. Su fama la atestiguó la gran cantidad de coronas de flores y de personas presentes en el velatorio, entre las cuales había muchos militares de las fuerzas aéreas.

Sotero González Landini estuvo a punto de ser uno de los intrépidos y selectos pilotos combatientes que participaron durante la Segunda Guerra Mundial en el Escuadrón 201, conocidos como “Águilas aztecas”. Con un historial impecable, soñó con resistir a las metrallas de los aviones japoneses mediante impensables maniobras aéreas. No fue reconocido, como el resto de sus compañeros, como un héroe de la Patria, porque en el último momento tuvo que darse de baja. Un accidente doméstico (un martillazo que le fracturó el dedo pulgar derecho) lo apeó de la misión militar más importante que ha habido en la Historia de México. Por lo tanto, dejo de recibir muchísimas condecoraciones: la medalla del Aire, la medalla al Servicio en el Lejano Oriente y la Legión de Honor de México; la Medalla de la Liberación de la República Filipina con gafete de Recomendación Presidencial, así como las condecoraciones estadounidenses Eficiencia del Ejército, Eficiencia de la Fuerza Aérea, Campaña Americana, Campaña Asia-Pacífico y Victoria de la Segunda Guerra Mundial.

Desde que sus compañeros volvieron de la guerra del Pacífico fantaseó con recuerdos heroicos inexistentes. Él se sintió un héroe, aunque no lo fuera para los demás. Sus compañeros desfilaron como verdaderos adalides por las calles de la Ciudad de México y se les organizó, en su honor, una charreada en el coso de la plaza de toros la Monumental. Él estuvo ahí, presente,

participando, festejando como el que más, pero los aplausos y las medallas no eran para él. Es probable que este trauma le agudizara su creciente enfermedad paralizante que, a la postre, lo fue hundiendo en el dolor y la inmovilidad.

Sotero, de joven, aparentó ser un hombre feliz. El incidente del dedo pulgar fracturado nunca lo superó completamente, puesto que él sabía que se había preparado perfectamente para volar rápidamente a lo más alto y terminó postrado en una cama sin apenas movilidad corporal. Al principio se entregó a la juerga desaforadamente, sin medida ni límites. Su hermano pequeño, Serafín, lo acompañaba a todas partes, era como su sombra, como su custodio adosado, su guardián perpetuo que siempre estaba ahí cerca para ayudar o entrometerse en todo. Demasiado cerca cuando se rompió el dedo gordo de la mano derecha, pues mientras Sotero sujetaba el clavo Serafín extralimitó sus fuerzas con el martillo, demasiado cerca también en los viajes a la Barra de Chachalacas en el estado de Veracruz, en donde Sotero se refugiaba con sus amigos de la pandilla para beber, fumar y cantarle a la luna, a la noche y a las estrellas todas las penas habidas y por haber. En uno de esos viajes conoció a Pelayo, el farero asturiano de la Isla de Sacrificios, quien ponía al tanto a toda la pandilla de las historias de amor imposibles que ocurrían en esas playas del Golfo de México. También iban amigos poetas, escritores, arquitectos, pintores, compositores y dramaturgos. Pasaban todas las noches en traje de baño, con los pies desnudos enterrados en la arena suave, una fogata, una parrilla con pescado asado y cubetas con hielos de donde sacaban cervezas. Los cubitos de hielo también los utilizaban para preparar cubalibres con ron blanco y Coca-Cola. La pandilla aprovechaba las vacaciones de Semana Santa y Navidad para escaparse, pero también se iban en los puentes del natalicio de Benito Juárez, el Día del Trabajo, la batalla de Puebla, la Independencia o el día de la Raza; cualquier pretexto era suficiente y necesario para organizar una nueva escapada. En una ocasión, Sotero le confesó a la pandilla que estaba enamorado y que si dejaba de ir a Chachalacas sería porque ya habría sentado la cabeza y que su futura esposa, Esperanza Arias, no vería con buenos ojos dichos encuentros desaforados y promiscuos junto al mar.

—¡Aquí hay mucha insalubridad! —reconocía Sotero.

—¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! —aprovechaban todos los demás para brindar.

Ese año, 1950, la pandilla le organizó una súper fiesta de despedida de soltero. Contrataron una marimba en el puerto y los pescadores se encargaron de preparar la comida con exquisiteces

recién pescadas: camarones a la diabla, sardinas, huachinango a la veracruzana y sierra en escabeche.

—A este “soltero” se le va a caer el “palito de la ele” y se va a quedar en Sotero —dijo Granielito, uno de la pandilla.

—¡Sotero!, mira que eres feo, pero por eso te quiero, ¡bohemio!, ¡desgraciado! —apuntó Conrado, otro miembro de la cuadrilla.

—¡Mi piloto automático! —se apresuró a decir la Chata, la socia pintora de la tropa playera—, yo te voy a hacer un regalo luminoso para tu futura casa.

La Chata le acercó un lienzo aún cubierto. Sotero quitó el papel con ansiedad y vio un cuadro en la que una mujer estaba sentada sobre un sillón rojo, inclinada sobre su costado derecho, con los pies encogidos sobre el asiento, con la mano izquierda entre las piernas, con un vestido blanco de tirantes y falda holgada, su melena corta y la mirada perdida en el horizonte.

—¿Quién es? —preguntó Sotero.

—¿No la reconoces? —desafió la Chata.

—¿La conozco?

—¡Hombre! Una cosa es segura: su nombre no es Laida.

—¡Pero, Chata! ¡Has hecho una obra maestra!

—Me temo que no le va a gustar a Esperanza —apuntó Serafín, siempre tan quisquilloso y atinado.

—¡No me chingues, pinche Serafín! ¡Me la pela! Si no le gusta el cuadro no hay boda.

Finalmente, el cuadro se colgó en la pared más grande de la sala de la casa familiar. Sotero se casó por la iglesia con una hermosa mujer, Esperanza Arias, vestida de blanco, hija de militares y con la que tuvo tres hijos: Eusebio, Selma y Hernán. A la boda asistieron todos los integrantes de la pandilla, que se apilaron para cantar a José Alfredo Jiménez: “Vas a sentir que lloras sin poder siquiera derramar tu llanto y has de querer mirarte en mis ojos tristes que quisiste tanto”.

Al poco tiempo consiguió trabajo como piloto comercial en la compañía Aeronaves de México y estuvo volando hasta que cumplió los cincuenta años, pues su enfermedad lo llevó primero a una silla de ruedas y luego a la cama de un hospital. Cuidó de su familia hasta donde pudo y, con el paso del tiempo, en la medida en que sus limitaciones e inmovilidades físicas se incrementaron, no le importó que su hermano pequeño, Serafín, rondara a su mujer. Él se hacia el tonto, como si nunca se hubiese enterado, pero conocía perfectamente las intenciones de su hermano pequeño, que siempre estuvo a su sombra y al acecho de sus logros. Cuando Sotero estaba en sus últimos momentos de

vida, su familia decidió llevárselo a casa para que muriera acompañado, pero la agonía se prolongó durante cinco años, hasta que Hernán pactó una salida eficaz y determinante para poner fin a ese periplo.

Al día siguiente, en el cementerio, el funeral fue muy emotivo. Una misa de cuerpo presente y 21 cañonazos en su honor. Después de enterrar el féretro en la fosa se produjo un pequeño altercado entre Eusebio y el tío Serafín. El problema fue que Sotero había muerto con una carta en la mano escrita por Hernán y que Eusebio quería leer en público. Según el hijo era un deseo expreso del difunto, según Serafín la carta era solo una coartada de Hernán para salir exculpado de la situación. Serafín se había comprometido con los agentes de la policía judicial para que esa carta no se diera a conocer. Nunca se leyó en público, Eusebio, insistente, le dio lectura a un grupo reducido de personas: "Este mensaje lo estoy dictando en la plenitud de mis facultades y lo único que le he pedido a mi hijo Hernán González es que me ayude a correr las cortinas de las ventanas para que pueda ver la luz de la calle... Sotero González Landini".

La gente abandonó el cementerio después de un sonoro aplauso por Sotero. Marina, que también estaba presente, se despidió de cada uno de los miembros de la familia González Arias y prometió enviarles una postal del coso de Las Ventas. Cuando volvió al pie de la tumba para echarle una flor a Sotero vio de espaldas a una persona que le llamó la atención porque llevaba una máscara de luchador en la cara.

—¿Tú quién eres? —preguntó Marina intentando colar su mirada por los agujeros de la máscara color rojo y plata.

—Yo soy el "Tornado Domínguez". Un amigo. Un luchador como él —respondió con un tono de voz grave—. ¿Y tú? ¿Eres de la familia?

—No. Yo me llamo Marina, soy una amiga de Hernán. De España. ¿Tú lo has visto últimamente?

—No. Hace mucho que no le veo el pelo. Aunque después de lo ocurrido no lo veremos en mucho tiempo. ¡Qué pena me da!

—¿Tú crees que él ha tenido la culpa?

—No. Sotero quería morir, él solo lo ayudó. Pero ya ves, estas cosas todavía no se aceptan.

—Adiós, Tornado Domínguez —se despidió ella.

—¿Te vas a tu país?

—Sí. Vuelvo mañana —Marina se esforzó en radiografiar con su mirada el rostro del enmascarado—, ¿sabes una cosa?, aunque eres enorme y muy fuerte me recuerdas mucho a Hernán. ¿Por qué llevas puesta esa máscara?

—Porque soy un luchador profesional.

—¿Y tienes que llevarla siempre?

—Siempre.

—¿Hasta cuando vienes a despedir a un amigo al cementerio?

—¡Siempre!

—¿Y cómo se puede saber quién eres realmente?

El luchador le cogió fuertemente las manos. A tal grado que ella sintió dolor, quiso apartarse, pero él siguió sujetándola con más fuerza.

—Estas son las manos de un luchador, no hace falta saber más.

Marina se quedó pensativa. Después le dijo:

—Si ves a Hernán, dile que vine a buscarlo con la intención de quedarme a su lado.

El amanecer en el valle de Bálsamos

La primera vez que pisé las calles empedradas de Bálsamos tenía la misión de contrarrestar la falsa imagen de maricones que Santiago y Hernán no eran capaces de erradicar. A pesar de que ellos cantaron, en el bar de Ciriaco, boleros de amores desgarrados y a pesar de que se fueron de juerga a los puti-clubes de alterne con los contertulios de barra, la mala fama les seguía incomodando. Para que la gente dejara de rumorear, Santiago me dio un beso de más de diez minutos en la misma fuente de la plaza de la Olma, mientras la gente salía de misa un domingo por la mañana. Cuando bajé del autocar Santiago y Hernán me estaban esperando afuera del bar de Ciriaco. Dejamos mi bolsa en casa y nos fuimos a pasear por el pueblo. Santiago me presentó su infancia y sus mejores recuerdos veraniegos en una caminata que no terminó hasta que llegamos a una colina desde donde se podía divisar todo el valle de Bálsamos con sus iglesias mirando en distintas direcciones. Nos sentamos en unas piedras y Hernán llamó la atención sobre un hongo enorme que había visto.

—¡Es una seta! —exclamó Santiago.

Sacó su navaja y la cortó orgulloso. Nos contó que de pequeño caminaba por todos esos términos en busca de ese néctar de la naturaleza otoñal.

—¿Qué te parece mi pueblo? —me preguntó, pero antes de que pudiera responderle se adelantó a gritar—: ¡Bálsamos! ¡Ombligo de Castilla! ¡Cuna de segovianos ilustres que ha dado más curas que patatas! ¿Por qué no le das la bienvenida a mi novia?

—¡Que suenen los clarines! ¡Veintiuna salvas de honor...! ¡Y que repiquen las campanas al voleo! —señaló Cenizo el cegato interrumpiendo—. En nombre de los balsamenses más adelantados de la provincia de Segovia le doy la bienvenida a esta humilde pero insigne villa de hombres macizos y mujeres cárneas.

—Muchas gracias —dije mientras Tuercas me lamía la mano—, ¡qué honor!

—¡Cenizo! ¿De dónde sales? ¿Nos has estado siguiendo?

—Así es, Santi, ¡visto lo visto!, sabes perfectamente que tú y yo tenemos atados nuestros destinos.

Era todo un espectáculo ver cómo se desenvolvía ese fortachón cegato entre los matorrales y las veredas del campo. Santiago

presumió de la enorme seta que habían encontrado.

—¡Esta seta no la has encontrado tú, Santiago! —corrigió Cenizo—, la ha visto tu amigo el mexicano. Tú nunca has tenido visión para tanto y menos para meter las manos entre los pinchos de los cardos.

Era evidente que Santiago no quería que el pelmazo del autonombrado “vigía de la opacidad” le estropeara sus planes de recibimiento.

—¡Vete, Cenizo! —sugirió Santiago—. ¡No me jodas la fiesta!

—Ya te he dicho muchas veces que nuestro destino está unido, nuestras vidas son dos líneas que se cruzan constantemente.

—Pues sigue tu camino, pasa de largo y déjanos en paz.

—¡Visto lo visto!, tú y yo no vamos a terminar muy lejos el uno del otro, Santiago.

—Estás más tonto que una cabra.

—¿Me regalas la seta? —condicionó el cegato antes de marcharse.

—¡Toma!

—Antes de irme podrías presentarme a tu novia, ¿no?

Santiago le dijo mi nombre y le contó que estaría en el pueblo solo ese fin de semana, en el que por cierto había un magnífico puente que se extendía desde la “Inmaculada Constitución” a la “Legítima Concepción”. Le acerqué mi mano y el cegato la capturó con un fuerte apretón. En ese momento tuve una impresión extraña y se me escapó decir.

—¡Qué mano más fría! ¡Está helada!

—¡Lo siento, señorita! Es que mi mano derecha —explicó Cenizo— en realidad, no es mía.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

Cenizo nos contó que no lejos del lugar en el que estábamos protagonizó una trifulca amorosa con un leñador que le cortó la mano con un hachazo. Salvó la vida corriendo, pero no le dio tiempo de recoger su mano. Aseguraba que el leñador la había echado en una bolsa y se la había llevado. Nunca volvió a saber nada de ese leñador y mucho menos de su mano. Durante varios años Cenizo fue manco, pero un día, una curandera fue a buscarlo a su casa y le aseguró que el leñador que le había atacado estaba moribundo y arrepentido. Quería repararle la pérdida donándole su propia y diestra extremidad. La curandera le acopló la mano a base de brebajes y mejunjes derivados de las marmellas de los corderos y de los tallos de la zaragatona. Una venda especial de tripas de cerdo durante unos meses bastó para que recobrara el movimiento y las habilidades perdidas. Cenizo nos confesó que desde entonces nunca se ha fiado de su mano derecha porque esos

mismos dedos empuñaron el hacha que una vez intentaron matarle. Sin darse cuenta tenía algunas aptitudes que desconocía, como barajar las cartas, manuscribir en línea recta, asfixiar ratones con un simple apretón o hacerse daño cada vez que se rascaba la cabeza. Cuando nos enseñó las dos manos, Santiago, Hernán y yo pudimos comprobar que, efectivamente, eran distintas, muy distintas. Nos despedimos de él y volvimos a paso ligero al pueblo. Cenizo, empeñoso, quería seguir hablando de su mano derecha.

—¡Lo más jodido fue cuando me enteré de que también me había salido cleptómana! ¡La hija puta del leñador!

Ese mismo fin de semana se decidió que yo tendría que formar parte del grupo. A mí no se me daba mal cantar a coro ni tampoco era una nulidad para tocar ciertas percusiones, como las claves, la pandereta, las maracas o las castañuelas. Supongo que mi mejor aportación al grupo no era precisamente musical, sino que, más bien, yo jugaba un papel para equilibrar las tensiones emocionales entre Santiago y Hernán. Al ser la novia de uno y buena amiga del otro funcionaba como una catalizadora perfecta entre las desavenencias de ambos. Mi llegada sirvió, entre otras muchas cosas, para poner orden a su entorno inmediato. Ese fin de semana, por ejemplo, me encargué de preparar la comida y ellos se sintieron extasiados. Y no era para menos, como finalmente recogimos varias setas de cardo, se las preparé con un poco de jamón serrano, cebolla, ajo, pimiento verde, media cucharadita de pimentón de la Vera, media cucharadita de harina y unas ramitas de perejil.

Hernán, en la sobremesa, sirviéndose vino de una bodega del pueblo, se quejó de que Santiago nunca tiraba de la cadena después de orinar y Santiago me dijo que eso no era cierto, lo que sucedía era que tenía la manía de tirar de la cadena antes de tiempo. Santiago, en cambio, me confesó que le ponía enfermo el hecho de que Hernán, con veintiún años, todavía no fuera capaz de anudarse los cordones de los zapatos. Siempre los llevaba medio desatados y por lo general eran la causa de sus continuos tropezones.

—¿Y qué quieres que haga? —decía enfático Hernán— ¡El nudo lo tengo en los dedos!

Brindamos hasta terminar la garrafa de vino. Me fui a echar la siesta mientras ellos recogían la cocina. Más tarde sacaron los instrumentos y la tarde se estropeó. Antes de terminar el primer ensayo me di cuenta de que el trío no iba a funcionar personal ni musicalmente. Esa misma noche llamé por teléfono a Marina que apareció de madrugada en el pueblo de Bálsamos, con el maletero

repleto de provisiones gastronómicas y etílicas.

—¡Tía! ¡Que me he perdido! —exclamó Marina bajando la ventanilla de su coche—, este pueblo está muy escondido.

—¡Qué bien que has venido! Te lo agradezco mucho. Aquí las cosas comenzaban a tener mala pinta.

—¿Lo del grupo va en serio o solo quieres que te haga el quite con el mexicano?

—¡Va en serio! Aunque, ya que lo mencionas, si me haces ese favor, Hernán no se va a sentir tan solo.

Marina no había vuelto a ver a los chicos desde que tocaron el día de su cumpleaños. Yo le había contado que estaba saliendo con uno de los músicos que fueron a su casa, pero en ese puente, de sábado a miércoles, en Bálsamos, además de ser testigo de la consolidación de mi relación con Santiago, también estuvo presente en el nacimiento del grupo Arrecife. La madrugada se nos hizo muy corta haciendo planes y fumando porros. Discutimos sobre la necesidad de incrementar el repertorio de canciones e incorporar "sketches" y parodias. Hacer un espectáculo a salto de mata entre el teatro y la música popular de México y España.

—Todo el mundo conoce el "cielito lindo" —subrayó Hernán.

La idea era tocar en los restaurantes mexicanos que había en Madrid, y después ampliar horizontes a otras ciudades de España en donde se estuviera asentando el gusto por el maíz y el chile picante. Esa noche no nos faltaron ganas para planear giras y recitales benéficos que nunca llevamos a cabo, pero que poco nos faltó. La llegada de Marina a Bálsamos fue un bálsamo porque equilibró los ánimos y porque ella era capaz de seguirlos musicalmente. Entonaba muy bien y tenía mucho desparpajo a la hora de imitar la voz rasposa de Chavela Vargas: "Me quitarán de quererte, llorona, pero de olvidarte nunca". Esa noche no dormimos, grabamos todas las canciones que pudimos. Éramos conscientes de que estábamos fundando algo importante, que algo trascendente nacía entre nosotros. Algo que solo podía existir si estábamos los cuatro juntos, como las patas de una mesa, como los jinetes del apocalipsis, como los lados de un cuadrado. Nosotros cuatro, los instrumentos y las ganas de cantar o de representar con desfachatez, ironía y sensibilidad. Dispuestos a hacer toda clase de "cuatrocidades" y "cuatropellos" nos escapamos al monte a hacer una fogata y danzar en un rito iniciático.

—¡Necesitamos un nombre! —propuso Santiago.

—Algo fuerte y sensible —dije.

—Está muy fácil —alternó Marina—, "los cuatreros". ¿No os

gusta? Algo así como los bandidos de las palabras, los rufianes de la música, malandrines de la escena…

Hernán se puso de pie y nos miró a la cara con un gesto muy serio. Dijo que él proponía el nombre de “Arrecife” y nos dio tres razones. La primera era porque había leído en una novela de Saramago que un marinero portugués afirmaba que lo más bello que le había pasado en la vida era haber visto los amaneceres de Arrecife, la ciudad canaria en la isla de Lanzarote. La segunda razón era porque la acepción más conocida de esa palabra tenía que ver con un obstáculo o una barrera natural que era fácil de distinguir porque siempre estaba a la vista del nivel del mar. Nos decía que “solo encallaban los que no estaban atentos”. La tercera razón, la más utópica, era una forma de hacer el firme de un camino, de empedrar la andadura de cada uno de nosotros. Obstáculo o sendero por recorrer. Ni Santiago, ni Marina ni yo dijimos nada. Cruzamos nuestras miradas y nos fundimos en un enorme abrazo danzando en círculos con la fogata a nuestros pies hasta ver llegar el amanecer en el valle de Bálsamos.

Imaginación no nos iba a faltar

Seguíamos tumbados en la cama. Yo a un lado, la invitada al otro y mi marido a los pies de las dos. Ella no dejaba de poner el dedo en el renglón y de invitarnos a que discutiésemos con calma, sin sobresaltos, su propuesta de enrollamientos colectivos. La verdad es que no había nada que discutir. Se podían decir muchísimas cosas, pero ninguna habría cambiado nada. Los tres estábamos ahí, horizontalmente, más cerca de protagonizar el esperado y decisivo triunvirato amoroso. Santiago pidió permiso para quitarse la ropa. No se lo concedimos, pero tampoco se lo denegamos. Primero la camisa, luego los pantalones, y los calcetines salieron después. Cuando solo le quedaban los calzoncillos, ella lo detuvo preguntando en voz alta y suave si ya teníamos madurada la idea. Yo no dije nada. Cerré los ojos y cuando me atreví a abrirlos ella ya tenía en sus manos los calzoncillos y con su respingada nariz jugueteaba con los testículos de mi marido. Me di la vuelta y me tapé la cabeza con la almohada. Él se apresuró a quitarle el camisón transparente a ella y antes de endosar sus cuerpos desnudos me quitaron a mí las prendas. Él me bajó las bragas con un solo movimiento, rápido e imperceptible, al tiempo que ella me sacó el camisón por la parte de arriba. Cuando me sentí desnuda me desvanecí. Volví a darme la vuelta, pero lo único que conseguí fue caerme de la cama. Desde el suelo vi cómo ella, boca abajo, asomaba su cabeza por el borde de la cama y me sonreía.

—¡Déjala! ¡Está claro que Laida no quiere! —enfatizó él, recostándose encima de Marina que seguía sonriéndome.

—¡Eso nunca! Los tres estamos aquí y no tenemos por qué excluirla. Laida forma parte del proyecto. Es una pieza fundamental.

Yo estaba ausente. Sabía que no lo aceptaba, pero me faltaban fuerzas para impedirlo. Tampoco tenía ánimos de abandonar la habitación, de dar explicaciones, de seguir discutiendo con dos paredes. Sin que ellos se dieran cuenta, porque seguían rozando sus cuerpos con movimientos cada vez más ágiles y acompasados, me deslicé por debajo de la cama y ahí me quedé, boca arriba, con la mirada bien abierta, aunque sin alcanzar a ver nada con claridad. Marina volvió a asomar la cabeza por debajo de la cama

y me invitó a formar parte del elenco. Los movimientos rítmicos continuaban y hacían rechinar cada vez más fuerte el somier y el cabecero contra la pared.

—Es mejor que subas a la cama. Ahí vas a coger un resfriado —me dijo Marina con una voz jadeante y acalorada.

—No tengo ganas —respondí.

—¡Laida! ¡Es importante que estés aquí también! ¡Con nosotros!

—¿No es suficiente con aceptarlo?

—¡No! ¡Tienes que participar!

—¿Para qué? No hago falta.

—Te equivocas. ¡Sube!

—No.

—Te lo ruego.

—¿En condición de qué?

—Una más.

—Una más, ¿cómo?

—Una más aquí.

—¡Eso, a mí no me va! —dije y todo se detuvo estrepitosamente. Fue como un frenazo de emergencia de una locomotora a punto de estrellarse contra un muro de contención. Ni la cama, ni los muelles del colchón, ni los tornillos del somier, ni el cabecero contra la pared sonaban. Todo estaba en calma. Marina metió la mano y encontró mi brazo. Tiró de mí con fuerza y con cuidado. Me arrastró hacia la parte de arriba de la cama y me dijo con una voz consoladora.

—¡Laida! ¡Cariño! ¡Piensa en Arrecife!

Subí a la cama y me acosté entre los dos. Ellos se toqueteaban y yo, en el medio, no sabía qué hacer. Al principio me sentí incómoda, pero luego me relajé y me empezó a entrar la risa. Me reí como una descosida, no podía parar. Ellos, contagiados, hicieron lo mismo. Nos tranquilizamos todos, bueno, cada uno en función de su estado, nos estiramos, nos pusimos cómodos entre piernas, abdómenes, pantorrillas, culos, pies, tetas y axilas. Al final, el olor de los cuerpos me hizo suspirar y decir algo que sí me salió del alma.

—¿Sabéis una cosa? Extraño a Hernán.

Santiago se incorporó y volvió a lanzar improperios contra la persona que alguna vez fue su mejor amigo.

—Olvídalo, Laida, él ya ha salido de nuestras vidas —me dijo Marina dándome un beso que me tranquilizó aún más, tanto, que casi consiguió hipnotizarme.

Yo siempre pensé que para ejercer el amor tenían que coincidir dos personas y tres circunstancias: 1. Estar coladita por alguien. 2. Experimentarlo con otro por el que sientas algo más que una

simple atracción física y 3. Buscar la privacidad para que la intimidad aflore sin cortapisas. Esa noche no solo ejercí, sino que ejercité el poliamor sin cumplir ningún requisito. El hecho de pensar en Hernán en ese momento atenuó los formalismos y activó los realismos para sentirlo de cerca. Santiago puso la virilidad, Marina el *feeling* y mi imaginación la silueta de la persona por la que realmente lo aceptaría y lo haría. Solo así empecé a disfrutar. Santiago atendía mis impulsos, Marina recreaba mis emociones y Hernán me ayudaba a proyectar el pensamiento hacia el futuro. Santiago se movía, Marina se emocionaba y Hernán hacía que yo empezara a verlo todo más claro, como si pudiera tocar la verdad. Si esa noche me convertí en una protagonista de la más "polvorienta revuelta folladora" que jamás había visto, fue porque siempre había creído en Arrecife y, sobre todo, en Hernán. No tenía cargos de conciencia ni la menor intención de querer justificar mis acciones. Y si al final no iba a tener más remedio que arrepentirme, pues mejor arrepentirme de algo que hubiera hecho. Tenía que estar ahí para saber lo que era conseguir la liviandad del cuerpo a base de sudores, culminar la expansión del espíritu o incluso gozar con la explosión que derrumba los esquemas y abre paso a la luz de la sencillez. De pronto se abrió un hueco para recomponer mi vida, para escapar de mi propia monotonía y mediocridad. La noche hubiese sido perfecta si Hernán hubiera aparecido por ese agujero. Yo me habría levantado de la cama y me habría escapado con él. Yo, esa noche, sí habría abandonado todo. Mis instintos, gustos y razonamientos siempre apuntaban hacia donde él estuviera, aunque entonces no sabía en dónde estaba. Pero si esa noche hubiese sabido que Hernán estaba cerca (me) habría corrido hasta llegar a su lado. Con lo bien que lo estaba pasando quería que esa experiencia se prolongara al cabo de todos los días. No estaba por la labor de aceptarlo y hacerlo solo esa noche, lo quería sentir de esa noche en adelante. Mi padre decía que la palabra "casados" tenía implícita la esencia de su significado "casa" y "dos", "en casa solo dos", pero yo esa noche estaba dispuesta a inventar una nueva palabra con diferentes acepciones que fuera algo así como "casatrés" y gritar sin empacho: ¡Que vivan los recién triados! ¡Que sean felices los triangulados! ¡Salud por el Tri! ¡Hacéis el mejor equipo! ¡Viva la trinca conyugal! Entre los tres se podrían llevar mejor las cosas de la casa. Tres sueldos, tres cabezas de familia, tres padres para Vidia. Mientras uno trabajase, el otro prepararía la cena y el último dormiría a la niña; mientras uno hiciese la compra, otro lavaría la ropa y el último pondría la mesa; mientras uno arreglase los grifos, otro

bajaría a comprar el pan y el último asistiría a la reunión de vecinos. Si alguna vez me cabrease con mi marido me consolaría con mi amante, si mi marido y el amante se peleasen, yo, automáticamente, recibiría más mimos. No habría problemas para ir al cine o asistir a fiestas sin tener que planearlo con mucha antelación; el ahorro en canguros sería significativo. La llegada de más niños(as) a casa nos renovaría los ánimos, las relaciones mejorarían... La verdad es que esa noche del noventa y uno estábamos muy cerca de conseguir algo importante. Al fin de cuentas los tres teníamos un pasado común. Había mucha confianza consumada, culminada, consolidada entre los tres. Marina y Santiago habían sido amantes (con o sin mi consentimiento, con o sin mi conocimiento), nunca (se) ocultaron las atracciones mutuas. Marina y yo, además de buenas amigas, seguíamos conectando en muchísimas cosas. Mi relación con Santiago, aunque un poco deteriorada, no estaba perdida, podía reflotar con imaginación y ganas. Volví a sentir a Arrecife en la piel, volví a sentir a Hernán cerca, si este era el precio o la forma de reactualizarlo no me importaba. Sabía que desde esa noche teníamos que ser muy ocurrentes e inventivos porque no había nada escrito al respecto y porque no podíamos aprender de los demás. Todo lo contrario, tendríamos que afinar los modales para que la gente no se pudiera entrometer en nuestro nuevo estilo de vida. Y la verdad es que era muy fácil, porque las apariencias son las que mandan y en ese sentido imaginación no nos iba a faltar.

Naufragar estrepitosamente

Mi ordenador portátil está a punto de quedarse sin batería. Mi intención de recordar todo para poder olvidarlo también tiene esta clase de limitaciones mundanas. En la pantalla de información de vuelos de llegadas aparece la palabra “Retrasado” en el avión que estoy esperando de México. No me importa. Recojo mis cosas y me voy a dar una vuelta para despejar la cabeza. Entro en el baño, curioseo por las tiendas y ojeo la novela de Dulce Chacón recién publicada: *La voz dormida,* que trata sobre el innecesario sufrimiento de las mujeres republicanas en las cárceles franquistas. No sé qué hacer. ¿Comprar y leer el libro para seguir esperando?, ¿comprar un cuaderno nuevo, porque mi libreta de notas ya no tiene ninguna hoja en blanco y continuar con la escritura a mano? En este momento, lo que más me interesa es seguir escribiendo, aprovechar el tiempo al máximo, porque una vez que aterrice el avión que espero, quizá cambie el punto de vista que tengo de mi propia historia. En la otra punta del aeropuerto encuentro una cafetería y cerca de una mesa veo un enchufe. Conecto mi portátil y pido otro café cortado. Esta vez descafeinado. Vuelvo al documento en el que estaba y leo la última frase escrita: “imaginación no nos iba a faltar”. Vuelvo a leer el texto desde el principio y no puedo evitar hacer correcciones y reescribir algunos pasajes. La distancia temporal inevitablemente me hace parecer “distante” con lo que quiero decir. Como no quiero olvidar nada, como lo quiero justificar todo, como quiero ser objetiva y equilibrada, pongo en un segundo plano el relato de mis versiones más íntimas. Destaco más mi faceta de protagonista en detrimento de mí misma, me gusta más verme y recrearme como personaje antes que como persona. No sé a quién quiero engañar, supongo que lo que en realidad quiero es convencerme de que lo pasado y lo vivido ya no se puede modificar, pero que vale la pena evocarlo para respirar el tiempo presente y, sobre todo, anticiparse al futuro. A ver, lo confieso abiertamente, escribo esto para saldar cuentas con los “cuatreros” de Arrecife. Las “cuatrocidades” que realizamos hablan de una historia de ímpetus que la lejanía ha convertido solo en escenas gratas de recordar pero que, en el fondo, esconden el fracaso de cada uno de nosotros. Una historia de

perdedores e infortunados, porque ninguno consiguió lo que nos propusimos ni en común acuerdo ni por separado, porque todos naufragamos estrepitosamente.

Lo que era el “voraz frenesí”

El día que conocí a Hernán me cambió el nombre. Fue en la fiesta de cumpleaños de Marina. Santiago me lo presentó amablemente y yo le dije mi nombre cuatro veces. Estaba medio borracho y yo estaba más pendiente de mi sujetador, que no lo encontraba por ninguna parte.

—¡Laida!, ¿has dicho Laida?

—No. Lidia. He dicho “Lidia” —enfaticé.

Al principio no me gustó el incidente, pero a fuerza de equivocarse continuamente, todo el mundo comenzó a llamarme así. Hasta yo lo adopté con agrado.

—¡Ah! ¡Laida! ¡Si te pareces mucho! ¡No me había dado cuenta!

—¿A quién?

—A una mujer maravillosa que ilumina mi vida.

Por aquel entonces yo todavía no sabía nada del cuadro de la Chata que presidía la sala de su casa familiar.

—Laida no es mi nombre, pero gracias a ti, la gente me suele llamar así —le dije a Hernán en Bálsamos. Fue al día siguiente de haber fundado el grupo. Marina y Santiago todavía estaban durmiendo, mientras nosotros nos fuimos a caminar por la colina más alta de toda la comarca con su guitarra Candela en la mano.

—“Lidia” —me dijo—, es un nombre muy convencional, está muy oído. Es más, yo tuve una profesora de Lengua muy gorda, muy fea y muy odiosa que se llamaba así e inevitablemente se me estropea el cuerpo cuando pienso en ella. En todo caso, si llegas a tener una hija ponle “Vidia” de nombre. Una conjunción entre la “vida” y el “día”, como la vida misma.

Y así fue. Nació mi hija y no se lo consulté a nadie. Le puse el nombre que había propuesto su (verdadero) padre, a pesar de la negativa de todos los demás. Hernán tenía ganas de hablar, pero no sabía cómo empezar.

—¿Qué tal te va? —pregunté por iniciar una conversación.

—Me siento pletórico. Como si estuviera en el centro del universo. ¿Sabes una cosa? —me preguntó pegando la barbilla a la guitarra, y clavando la mirada en el suelo.

—¿Qué? —atendí con interés.

—Cuando intento ligar me pongo muy tonto. No sé lo que digo ni lo que hago.

—¿No me digas que estás ligando conmigo ahora?

—Pues francamente no lo sé, ¿a ti qué te parece?

Comenzó a tocar la guitarra de manera improvisada. Parecía que iba a cantar algo, pero no abría la boca. Los sueños de Hernán no se diferenciaban mucho de los nuestros, como buen "sesentaydosero", igual que todos los integrantes de Arrecife, llegó al mundo el mismo año de la crisis de los misiles en Cuba, de la muerte de Marilyn Monroe, de la publicación de *Aura* por Carlos Fuentes o del estreno de *Atraco a las tres* de José María Forqué. Sin duda era un chico que estaba sediento por hacer muchas cosas.

—¿Sabes a qué le tengo mucho miedo?

—¿Por qué hablas de miedo ahora? —rebatí—, prefiero que me hables de desacatos o impertinencias.

—Lo digo en serio —insistió—, me da miedo pensar que no podré hacer lo que estoy haciendo ahora. Hablar contigo, tocar la guitarra… Te voy a contar que hace tiempo, cuando era niño, se cayó el techo de mi habitación. Ahora puedo contarlo porque en aquel momento no estaba durmiendo en mi cama sino que estaba en el baño. Unas salvadoras ganas de cagar me libraron de estar debajo de aquel derrumbe de yeso y alambres. En mi casa de San Ángel siempre vivimos con la idea de que los techos eran de falso plafón, que arriba de estos había una bóveda de metro y medio hasta llegar al verdadero techo. Siempre nos dijeron eso, pero nunca lo comprobamos, excepto el día en que se cayó el techo de mi habitación.

—¿Un falso plafón? —pregunté.

—Un trozo de yeso se desprendió del verdadero techo y cayó en el falso plafón, este no soportó el golpe y dejó pasar varias carretillas de cascajo que luego recogieron de mi cama.

—¡Qué fuerte!

—Pasaron varios días antes de que los albañiles fueran a arreglar el desperfecto, mientras tanto, yo pasé las noches soñando con meteoritos errantes y colisiones galácticas. Una de esas noches, soñando despierto, sentí que del agujero del techo salía un viento frío. Me envolví entre las cobijas sin hacer mucho caso, después comencé a escuchar unos ruidos ininteligibles. Parecía como si alguien, jugando al dominó, pusiera "la mula de unos" dando un fuerte golpe sobre la mesa: "¡A pitos!", gritaba uno. "¡El duque de Veragua!", contestaba otro. "¿Cuáles son las tres erres reglamentarias del dominó?", preguntó el tercer jugador. "¡Respetar la mano! ¡Repetir la ficha! ¡Rechingar al contrario!", sentenció el jugador que faltaba. "¡Lo cerramos!", sorprendió el que jugaba a pitos. "¡Zapato!", gritó el compañero

de tanda.

—¿Quiénes eran? —pregunté ansiosa.

—Me levanté de la cama y con la ayuda de una escalera me asomé por el agujero del techo para identificar la procedencia de aquella algarabía.

—¿Y qué había?

—Una playa, gente bebiendo y cantando en traje de baño, brindando por la camaradería y el desparpajo…

—¿Una playa encima de tu habitación?

—¿Por qué no? Ahí estaba mi papá sentado, en traje de baño, con un cuba libre en una mano y llevándose un camarón a la boca con la otra.

—Te cambia la expresión de la cara cuando hablas de tu padre.

—Sotero González, mi papá, nació en 1920 en la Ciudad de México. Fue un estudiante brillante y muy destacado, aunque, la verdad sea dicha, siempre le gustó mucho la pachanga y la juerga. Una de las hazañas que siempre nos contaba era que en una ocasión se coló con unos amigos de su pandilla en una fiesta de una quinceañera que no conocían de nada y le robaron el pastel por pura maldad, porque no se lo comieron ni lo compartieron con nadie, sino que lo tiraron a la basura. Fue el único de su familia que estudió una carrera universitaria, pero no cualquier cosa, sino ingeniería aeronáutica en el Politécnico. Con veintipocos años, cuando México le declaró la guerra a Alemania y organizó un escuadrón de aviadores llamaron a mi papá para entrenarse con los pilotos elegidos del escuadrón 201. Los entrenamientos fueron duros y Sotero tuvo un desempeño ejemplar, muy por encima de sus compañeros. Sin embargo, se quedó fuera del contingente en el último momento. Fue por una pinche tontería, un accidente casero insignificante. Cuando intentaba colgar un cuadro en casa de mis abuelos, su hermano pequeño, Serafín, le golpeó en el dedo pulgar con un martillazo tan fuerte que el dedo se le puso como una pelota y, en tales circunstancias, no pudo pilotar, por eso finalmente no se sumó al contingente que tuvo una participación muy digna y gloriosa. Sotero, muy a su pesar, se quedó en tierra, para apoyar a sus compañeros. El pobre hombre no estuvo en el escenario bélico del Pacífico, se quedó en México, siguiendo los acontecimientos.

—Pudo haber sido todo un héroe.

—¿Héroe? ¡Indiscutiblemente! En cambio, desde muy joven tuvo tan mala pinche suerte que le diagnosticaron esclerosis múltiple, una enfermedad degenerativa del sistema nervioso, de origen autoinmune, que afecta al cerebro y a la médula espinal. Él la supo sobrellevar y combatir con entusiasmo y mucho deporte.

Fue un gran nadador y participó en muchos torneos nacionales e internacionales de natación. Ganó varias medallas, y siempre presumía de que en un torneo rompió el record nacional de los cien metros libres con un minuto y ocho segundos.

—Yo a ti no te veo muy deportista —subrayé.

—¿Lo ves? En lugar de hablar de mí te estoy metiendo un rollo con la historia de mi papá.

—No me importa. Me gusta. De alguna forma también hablas de ti. Continúa.

—Mi papá supo compaginar sus grandes responsabilidades con las juergas. Era un parrandero profesional y, en particular, le gustaba irse con su pandilla de amigos a un pueblo muy cercano al puerto de Veracruz cuyo nombre es la Barra de Chachalacas. En esos lares tropicales conoció a un pescador también muy bohemio, de origen asturiano, que se llamaba Pelayo. Se hicieron muy buenos amigos. Con treinta recién cumplidos se casó con mi mamá. Una muchacha procedente de la alta burguesía mexicana, familia de militares muy creyente y conservadora. La verdad fue que la belleza de Esperanza cegó a Sotero, y por ella renunció a muchas cosas.

—¿Ah sí? ¿Y a qué cosas?

—Fíjate que mi papá, la noche anterior de mi viaje a Madrid me pidió una cosa muy concreta. Me dijo literalmente: "Hernán, encuentra el voraz frenesí. Eso, de verdad, es la llave para encontrar la felicidad".

—¿Eso te dijo tu padre cuando se despidió de ti? —pregunté incrédula— ¿Y qué es eso del "voraz frenesí"? ¿Qué significa?

—No lo sé. Es algo que tengo que encontrar —me respondió Hernán levantando los hombros sin dejar de tocar la guitarra—. Si lo interpretamos literalmente se trataría de buscar con ansiedad el arrebato, el desenfreno, el delirio, la exaltación, la pasión o la locura.

—¿Y todo eso para qué? ¿Para ser feliz?

—Supongo. Eso fue lo que me dijo mi papá.

El "voraz frenesí" o el "hambre de excitaciones" era una forma de hablar. Sotero se refería a que cada uno tiene un lugar, en su trayectoria vital, en el que se puede refugiar, como si fuese un paraíso doméstico, fabricado por las ganas de evadirse y conectar con lo mejor de cada uno. Sotero se había construido un lugar así, su "topos feliz" existía y se llamaba Chachalacas, un pueblo cercano a Veracruz. Ahí fue donde conoció a su amigo Pelayo, el asturiano farero que resucitó a su amada del mar. En ese lugar de desenfreno y amistad Sotero planeó los proyectos más difíciles e inalcanzables, su juventud en las costas veracruzanas le dio una

movilidad y una inspiración que no conoció en ningún otro lugar.

—La primera vez que llevé a Esperanza a Chachalacas solo fuimos en familia, tus hermanos eran muy pequeños y tú todavía estabas en la panza de tu mamá —comentó Sotero—, y le dije, así, sin más, que tú tendrías que llamarte “Hernán”.

—¿Así, de repente?

—Fue una ocurrencia, un disparate, pero tu madre me hizo caso.

—¡Papa! Llamarse como el conquistador… ¡es una losa!

—Ja, ja, ja… —Sotero, reconoció su error—, no le des importancia, que eso no te marque. Fue una tontería, de verdad, una madrugada, viendo el amanecer, el cielo estaba tan rojo que deslumbraba. Tu madre me dijo que nunca había visto algo así y yo, por inventarme algo, dije que eso se debía a que, en ese lugar, más o menos, Cortés quemó sus naves… ¿lo entiendes?

—No.

—Pues que no había marcha atrás. Qué había que seguir adelante, ser más rápido que los demás y buscar sin descanso el voraz frenesí.

Ni en aquel paseo en Bálsamos, ni el día que fui a despedirlo al aeropuerto había encontrado ni sabía lo que era exactamente el “voraz frenesí”.

A pasar el día

La casa rural de Bálsamos se convirtió en el cuartel del grupo Arrecife muchos fines de semana. Ahí ensayábamos y planeábamos nuestro futuro artístico. La inauguración, en realidad, fue solo un pretexto, una ocasión que se nos presentó con la boda del padre de Santiago. Severo iba a contraer segundas nupcias con una prima de su difunta mujer. Santiago no estaba muy convencido porque las relaciones con su padre se habían deteriorado desde que murió su madre. No le apetecía, pero todos los demás animamos la causa. Incluso organizamos la función como una sorpresa. Ensayamos un repertorio de más de diez canciones con sus “bises”. La idea inicial era tocar al salir de la misa, justo en el momento de tirar el arroz a los novios y sorprenderlos con la música. Pero ese día cayó una tormenta que nos aguó (literalmente) la función.

Un fin de semana, cuando volvíamos de Bálsamos a Madrid a paso de tortuga por la carretera, Marina, que venía conduciendo su coche, apagó la radio y dijo intempestivamente:

—Hemos estado geniales en nuestras últimas funciones. Tenemos mucho futuro, pero ¿sabéis una cosa? ¡Hay que ayudar a Hernán para arreglar su situación como extranjero! Entrar y salir del país puede valer durante una temporada, pero no va a estar todo el tiempo así. ¡Tenemos que hacer algo que lo ayude!

—¿Se te ocurre algo? —pregunté a Marina, que se quedó pensando.

—¡Hernán! ¿Por qué no te casas conmigo? —propuso Marina.

—¡Órale! ¿Hablas en serio? —preguntó Hernán que iba en el asiento de atrás.

—Es una propuesta de matrimonio, ¡imbécil! —reiteró Marina tocando la bocina del coche y consiguiendo que los autos cercanos, vecinos de atasco, se sumaran a ese estallido de cláxones.

—¡Gracias! —exclamó sin mucha convicción Hernán—, pero esas cosas no son tan triviales como parecen. Hay riesgos, molestias, papeleos...

—¡Que no se entere nadie! —propuse apoyando la iniciativa.

—¡Qué hostias! —intervino Santiago—. ¡Qué se entere todo el mundo! ¡Que vivan los novios! ¡Que vivan los novios! —sacó la

cabeza por la ventanilla y se descosió la garganta.

Unas semanas más tarde, después de un ensayo, Marina me sorprendió dándome una invitación para su boda con Hernán. Era una tarjeta preciosa, por un lado, tenía la figura de un “amate” mexicano en donde se podía ver una escena en la que muchos campesinos celebraban una boda al pie de una iglesia, en la mitad de un pueblo de casas coloridas, y por la parte de atrás tenía escrita la palabra “enlace”, el nombre de los novios y la dirección del restaurante “Las carabinas”. La cita fue un sábado por la mañana. Había muchos invitados, sobre todo de la familia de Marina, que acudieron al restaurante incrédulos de que ahí se pudiera celebrar una boda y de que además Marina fuera la novia. Muchos de los invitados de Marina no asistieron porque creyeron que era una broma. Un juez, amigo de la familia de Marina, participó con una arenga rápida y sensata. El novio agradeció la asistencia a todos los invitados antes de iniciar el primer baile con la novia que vestía una minifalda blanca. El mariachi del barrio de Tetuán tocó hasta que sirvieron la comida, que estuvo colmada de antojitos de alta cocina. Después de la comilona se organizaron unos bailes y juegos muy divertidos en los que participaron casi todos los invitados. “A la víbora, víbora de la mar, de la mar, por aquí pueden pasar, los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán...”. Yo bailé y jugué al “Matarilerilerón” hasta que me cansé y me fui a sentar junto a los padres de la novia. Ellos seguían ausentes. El padre nunca se imaginó que pudiera estar en la boda de su hija y menos verla tan contenta y radiante como estaba en ese momento.

—Vas a decir que estoy loco, pero me cuesta creer que esta boda es en serio —dijo el padre de Marina que durante toda la ceremonia no dejó de fruncir el ceño.

El mayor beneficio que le aportó el matrimonio a Marina fue que pudiera salirse de su casa sin mayor dilación ni explicaciones. La fiesta en “Las carabinas” estaba en su apogeo cuando Santiago y yo llevamos a los novios al aeropuerto. Salimos del restaurante con vivas y porras mexicanas: “Siquitibún a la bim bom bam. A la bi o a la bao a la bim bom bam, los novios, los novios, ra ra ra”.

Santiago conducía el coche de Marina que estaba adornado con lazos blancos y arrastraba una decena de botes de cerveza. Yo iba adelante y los novios en la parte de atrás.

—Ya estás casado “manito” y con una “pinche gachupina” —le decía Marina a su recién inaugurado esposo.

—Tú también estás casada, y además estás más loca que una manada de cabras desbocadas por la Gran Vía —le respondió Hernán—. ¡Gracias! ¡De verdad que eres estupenda! ¡Nadie habría

hecho por mí una cosa así!

—No agradezcas nada, que nos lo hemos pasado de maravilla, ¿o no?

Santiago tocó acompasadamente la bocina del coche y volvió a sacar la cabeza por la ventanilla para gritar con todas sus fuerzas: ¡Qué vivan los pinches novios! Yo también saqué la cabeza y me sumé al alboroto. Cuando llegamos al aeropuerto, los novios se besaron de una manera tan merecida que hasta me dieron celos. Santiago bajó el equipaje de Marina del maletero y esta se despidió de todos nosotros. Sabíamos que ella había preparado el viaje y que había comprado dos billetes de avión para su luna de miel de un fin de semana, pero no sabíamos adónde iba, ni mucho menos con quién. Salimos del aeropuerto de Barajas con el estómago revuelto. Nos metimos en un atasco que nos dejó sin habla. Hernán, el novio sin novia, insistió en que esa noche lo dejáramos solo en casa. Yo me despedí diciéndole que no valía la pena enamorarse de una persona a quien apenas conocía, aunque esta fuera su esposa y mi mejor amiga.

—¿Quién es Marina? —me preguntó Hernán antes de bajarse del coche—. Tú que la conoces mejor que nadie Laida, dime, ¿quién es ella?

—Pregúntaselo el próximo jueves en el ensayo —interrumpió Santiago— a ver qué te dice.

Yo le conté lo que sabía. Tenía la impresión de que Hernán estaba pasando por un momento difícil porque quizá se estaría enamorado de Marina.

—Tener una esposa tan guapa y no saber nada de ella me desconcierta mucho. ¿Tú crees que ella...?

—¡No! —respondí enfática—. No le des muchas vueltas, Marina es una chica muy complicada.

—¿Por qué?

No tenía la respuesta, pero sabía que siempre había estado huyendo. La conocí escapándose de la profesora de literatura en el instituto. Y de hecho su boda con Hernán, para ella, solo fue una forma de escapar de su casa. Marina tenía los catorce años recién cumplidos y su tía Mercedes le regaló cinco mil pesetas en el desayuno. Pensó que con esa edad ya se podía ser una persona mayor, por lo menos ella lo aparentaba, y decidió irse lejos. Se fue a la estación sur de autobuses y compró un billete para Orgaz, en la provincia de Toledo. Por el camino iba pensando que su madre no la echaría de menos y que su padre ni siquiera la echaría en falta a la hora de la cena, mucho menos le preguntaría qué había hecho esa mañana en el instituto. Marina se pasó llorando todo el camino y cuando llegó a Orgaz no supo qué

hacer. Se metió en la iglesia y rezó hasta que se quedó dormida en un banco. Más tarde, en la calle, vio una cabina telefónica y sintió un fuerte remordimiento, pensó que sus padres estarían muy preocupados por ella. Los llamó por teléfono varias veces, pero comunicaba todo el tiempo. Consiguió que unas personas la llevasen a Toledo en coche, y de ahí volvió a Madrid, adonde llegó cerca de la media noche. Cuando cerró la puerta sus padres tan solo le preguntaron si se lo había pasado bien en casa de la tía Mercedes.

—¿De qué huye? —me preguntó Hernán.

—De la escena en la que su padre la violó —le respondí.

Se bajó del coche y se metió en su casa con un gesto enfadado. Al día siguiente, domingo soleado, Santiago y yo nos presentamos en la casa de Hernán con dos docenas de churros recién hechos y preparamos un chocolate bien caliente. Desayunamos y nos fuimos al Parque de Atracciones a pasar el día.

A casa de mis padres

Sonó el despertador, como siempre, a las siete de la mañana. Me levanté sin que Santiago y Marina lo notaran. Me duché y me fui corriendo a casa de mi madre para llevar a Vidia a un cumpleaños. Ese día tenía un compromiso en un parque infantil y, además, tenía que ir disfrazada de jirafa. Menos mal que mi madre le había preparado el traje. La niña se veía muy simpática con una cabeza muy espigada y altiva. Esa mañana no solo estuve emocionada porque mi hija destacaba entre todos los animales del desfile de circo que se organizó en el local, sino también porque en casa las cosas iban a cambiar. No le dije nada a la niña, excepto que cuando volviese a casa se iba a encontrar con cosas nuevas.

Me vino a la mente que Marina estaría todavía dormida, que Santiago quizá habría salido a correr esa mañana de sábado y que la casa estaría completamente desordenada. Decidí volver a llevar a Vidia con mi madre y comprar unas cosas en el "Día" antes de subir a casa. Cuando entré en el piso todo estaba igual que la noche anterior. La ventana rota, los cacharros de la cena sin fregar, vasos tirados, botellas vacías... Corrí las cortinas y abrí las ventanas de par en par. Bajo el sofá me encontré con los zapatos de Marina y los guardé. Me entró frío en el cuerpo porque hasta ese momento no había pensado que todavía podría estar dormida en la habitación. Abrí la puerta de mi cuarto y vi que tanto Marina como Santiago dormían la mona. Me dio rabia ver que Santiago roncase con el volumen a tope, rememorando su genética paterna. Comprendí que con la resaca no habría podido recordar su fecha de nacimiento ni, mucho menos, llevar a su hija a una fiesta de cumpleaños. Cerré la puerta y los dejé dormir. Tuve tiempo de arreglar la casa y de preparar la comida. En el "Día" había comprado expresamente unos espaguetis para agasajar a nuestra invitada, o mejor, al nuevo miembro de la familia. A pesar de que ese día comenzaban mis vacaciones decembrinas no me importó hacer de maruja toda la mañana. En plena faena culinaria pensé en que esa Nochebuena la podríamos organizar en la casa del pueblo.

Volver a Bálsamos con la nueva familia Paredes, habría sido una buena idea. Sobre todo, porque yo ya estaba harta de pasar

esas fechas siempre en casa de mis padres. Todos los años lo mismo. Besugo, ensalada de escarola, turrones y vino espumoso hasta reventar. Me entusiasmó mucho la idea de asar un buen cordero para esa noche y de recordar los buenos y viejos tiempos. El hecho de que Marina llegara a instalarse con nosotros tenía sus ventajas, porque me serviría para cambiar la habitación de Vidia. Por fin compraría la cama nido para que hubiera más espacio. La comida ya casi estaba lista, Santiago y Marina no daban señales de vida. Volví a la habitación con la intención de despertarlos, pero más bien ellos me despertaron a mí ante una nueva realidad. Lo cierto fue que desde la noche anterior yo había hecho conciencia de que mi vida marital tenía que cambiar, que tendrían que entrar en funcionamiento nuevos códigos de operatividad sexual, poliamor, tripareja, multipasión, convivencia conyugal… Todo eso era muy cierto en las palabras y en las experiencias vividas con los ojos cerrados. Pero el hecho de abrir la puerta de mi propia habitación y encontrarme con mi marido follando con mi mejor amiga, era algo que no entraba tan fácilmente por los ojos. Me espanté, me sentí como una intrusa, como una tonta y también me sentí con derechos para entrar en esa habitación y no darle importancia a lo que estaba sucediendo.

Dudé. Se me trabó el habla. Si bien es cierto que la intimidad ya era compartida, ¿qué pasaba con el tema de la privacidad? La noche anterior no nos privamos de nada, pero entonces era algo especial. A partir de esa mañana cuáles iban a ser las claves. No se había dicho nada al respecto, pero tampoco tendría que haberse dicho algo porque todo (incluida la situación en la que me encontraba) era algo totalmente nuevo y teníamos que improvisar con mucho tacto e imaginación. Seguí inmóvil. Me quedé pensando si ellos actuarían con tanta prudencia en una situación similar, pero a la inversa. Me surgieron muchas dudas al pensar que Santiago no habría hecho lo mismo que yo, sino que habría entrado en la habitación montando un escándalo de celos. Pero había que tener fe, había que echarle valor para que las cosas fueran de otra manera. O sea, que tenía que aprender a morderme la lengua para aceptar y difundir los nuevos valores de la vida familiar.

Educar en función del nuevo proyecto de vida, haciendo convencional lo que a simple vista no lo era. Ya me estaba viendo con Vidia todas las noches contándole cuentos o canciones de cuna en voz alta para que no pudiera escuchar el rechinar de la cama o los golpes del cabecero contra la pared cuando Santiago y Marina estuvieran tan excitados como lo estaban en ese momento. Había que hacer algo y lo hice, a medias, pero lo hice. Abrí la

puerta y ahí me quedé. Ellos seguían en lo suyo, no se percataron de mi presencia. Encendí la luz de la habitación y ellos no interrumpieron su actividad hasta que terminaron. Yo no sabía qué cara poner. De asombro, de desaprobación, de indiferencia... Cuando se dieron cuenta de que yo estaba viéndolos estaban bañados en sudor, sus miradas estaban abstraídas y tan opacas como el color blanco. Marina sonrió al verme y con sus manos dirigió la cabeza de Santiago para que me viera. Santiago abrió los ojos y su tiempo le costó fijar la mirada, distinguir que me veía. En eso se levantó de la cama muy excitado, comprensiblemente culpable de la situación en la que se encontraba. Desnudo, jadeante y con el cuerpo quebrado empezó a darme explicaciones que había aprendido a lo largo de su dilatada vida de engaños.

—Laida, cariño, no es lo que tú piensas. No hay nada en serio, solo ha sido una debilidad momentánea. No digas nada que yo te lo puedo explicar todo.

Ver a Santiago, a mi marido de entonces, como un niño regañado, dando explicaciones que no tenía por qué ofrecerme, en la mitad de una habitación que apestaba soporíferamente al hacinamiento de los entresijos corporales, me hizo mucha gracia y no pude contener la carcajada. Marina se contagió de mi hilaridad y celebró las parrafadas de Santiago con estridentes risas. Santiago, en cambio, en lugar de calmarse se indignó. Dijo que no le veía la gracia y se enfadó porque yo tendría que estar enfadada con él. Empezó a culparme de frívola, disoluta y viciosa. Que una esposa y madre que se precie no festejaría el deseo sexual de la infidelidad matrimonial. Lo dejé hablar hasta que él mismo perdió el hilo de todas las tonterías que estaba diciendo.

—¿Pero es que no me vas a decir nada? ¿Te vas a quedar así, sin reaccionar? —me suplicó Santiago para que me enfadara con él—. ¡Venga! ¡Dime algo!

—¡Vale! —acepté—. ¡La comida está lista!

A Santiago y a Marina les cambió la cara en un instante. Como si la realidad hubiese entrado de golpe en sus cuerpos.

—¿Qué hora es ya? —preguntó Marina.

—Casi las dos —respondí.

—¡¿Las dos de la tarde?! —exclamaron al unísono.

—Sí. Y para que empecéis el día con el pie derecho os he preparado unos espaguetis a la carbonara.

—¡Me cago en la leche, Laida! Había quedado hoy a las once de la mañana con unos compañeros del curro para ultimar el proyecto cultural de las cárceles, ¿por qué no me despertaste cuando te levantaste?

Santiago se puso histérico. Revolvió todas las sábanas y mantas buscando sus calzoncillos y se los puso haciendo un asombroso acto de malabarismo. Dio un brinco y en el aire tuvo el acierto de introducir sus dos piernas en la prenda. Salió de la habitación en busca del teléfono. Entre tanto, Marina también, apresurada, se vistió mal y de mal humor. No podía ser menos, pues ella, por su parte, me echó en cara que tampoco la hubiera despertado.

—¿Por qué no me has avisado cuando saliste de casa? —me recriminó.

—¿Nos habías dicho que no te llamáramos antes de las once de la mañana? —respondí preguntando—. Además, parece que valió la pena quedarse hasta muy tarde en la cama, ¿no?

Mi complicidad había rozado la cima de la perfección. Me sentía cómoda, ágil, moderna, como si estuviera anunciando en la tele una compresa de alta resistencia y larga duración. Le hablé de mis planes. De los muebles que pensaba comprar para la habitación de Vidia, de la cajonera que tendríamos que instalar en el armario del pasillo, de los espaguetis a la carbonara que tenía preparados, de la cena de Navidad en Bálsamos...

—¡Laida!, no te molestes por mí —respondió buscando sus zapatos por toda la habitación.

—Pero chica —continué—, tenemos que organizarnos para que te sientas bien.

—Gracias, pero no pienso quedarme —dijo y se quedó tan ancha buscando unos zapatos que solo yo sabía dónde estaban. Marina tenía la certeza de que los iba a encontrar hurgando en cualquier parte, revolviendo todas las cosas que pudieran ocultarlos. Según pasaba el tiempo estaba más alterada pero su orgullo le impedía preguntarme a mí dónde los había guardado—. ¡No insistas Laida! Tengo que irme —dijo tajante y se asomó por debajo de la cama. Después sacó las bragas que yo traía puestas la noche anterior. Las examinó con la vista (incluso las olió) y cuando constató que no eran de ella las tiró detrás de la puerta. Me dijo que a ella le resultaba muy difícil dejar determinadas cosas que según ella eran muy importantes, tales como que en Florencia tenía una vida hecha y derecha, que Madrid la agobiaba mucho y que tenía muchas cosas pendientes por resolver antes de desempacar sus pertenencias en mi casa. Le pedí que se calmara y me ayudara a hacer la cama. Se negó a ayudarme y se metió en el baño y cerró la puerta con el pestillo. Yo aproveché para abrir las cortinas y dejar que el aire del mediodía entrara en la habitación. Recogí la ropa e hice la cama. Tuve que cambiar las sábanas por unas limpias porque las de la noche anterior tenían un aspecto tan correoso y con tantas huellas de la “batalla camal” que me

dieron ganas de meterlas en el cubo de la basura antes que en la lavadora. Cuando salió Marina del cuarto de baño me dijo que tenía que confirmar su billete de regreso a Florencia.

—Anoche habíamos quedado en que te quedarías con nosotros —dije apelando a todos los acuerdos adoptados la noche anterior.

—Sí, pero me lo he pensado mejor —se pasó la mano por su larga cabellera rubia evidenciándome cierta altanería.

—¿Lo has pensado mejor mientras te alisabas el pelo en el baño?

—¡Laida! ¡No seas pelmaza! Tengo que volver, ¡y ya está! ¡No te metas en mis cosas!

—¿Por qué? —pregunté con los ojos cerrados.

—Porque allá tengo mi vida.

—¿Y lo de anoche? ¿Qué fue? ¿Un escapismo calenturiento? ¿Una aventura “orgasmogórica”? ¿Una carrera de relevos…?

Me mareé. Me senté en la cama y vi cómo Marina se envalentonaba conmigo, pero sin ser capaz de sostenerme la mirada más de cinco segundos seguidos. De nada sirvió decirle que yo realmente estaba dispuesta a cambiar, que tenía deseos de poner en práctica un tipo de convivencia diferente. En balde fue todo lo que le dije sobre la confianza y la firmeza que ella era capaz de infundir en mí. ¡Bah! Se enroscó en su orgullo y desfachatez.

—No me lo eches en cara, amiga —me reprochó—. Siempre fui clara y honesta con vosotros. Os pedí un favor y vosotros aceptasteis de buena gana. ¿Fue algo bonito, no?

—Pero también lo hicimos porque aceptamos una nueva relación entre los tres. Se suponía que íbamos a hacer algo diferente —insistí al borde de las lágrimas.

—Estás loca. ¿Cómo creíste que iba en serio la cosa?

—¡Yo no estoy loca! —grité, al tiempo que cogí una lámpara de una mesilla y la estrellé contra el suelo—. Te juro que nunca me había sentido tan cuerda como ahora. Entérate de que en mi vida había hecho tantas concesiones por querer cambiar algo. Ayer me descolocasteis y sentí cómo se derrumbaban mis escrúpulos. Me desnudasteis y de paso me habéis abierto los ojos para que ahora me digáis que ya no se puede ver nada. ¿Y qué coños entonces ha sido todo esto? —Marina me veía, pero no se atrevió a contestar —. Yo tengo derecho a pensar que las cosas no están irremediablemente perdidas y encalladas en la dejadez y también tengo derecho a sacar tajada de lo de ayer. Y quita esa cara de estúpida quinceañera —seguí—, que siempre te ha servido para escabullirte y ablandar a los que te dicen la verdad de frente.

Marina se sentó en el suelo. Parecía dispuesta a escuchar lo que

le echara en cara. Mantuvo su gesto de niña regañada con ojos saltones y mejillas estiradas hacia abajo.

—Eres una embustera —continué—, una mal nacida y aprovechada. Arpía venenosa. Culo de pedorra quemante. Ojalá, un día, te caigas boca abajo en un arroyo lleno de mierda y te asfixies atragantándote con el estiércol...

—¡Laida! ¡No te pases! —me interrumpió Marina.

—Es la verdad, Marina. Me has mentido. Solo has venido a sacar partido, a revivir algo que no debía desempolvarse.

—No entiendo por qué te molestas tanto. Estás, no sé, muy melodramática. Analizas las cosas como si estuviéramos en medio de un culebrón mexicano.

—¿Culebrones?, más bien somos unos “cabrones”, unos miserables de mierda. Nos damos la libertad de tener una relación sexual entre los tres, pero no somos capaces de afrontarla con responsabilidad. Será una locura, estará mal visto, será un gran inconveniente para todos, pero lo hicimos, lo pensamos y pudo ser verdad. Al día siguiente, cuando sale el sol y nos invade el peso de la costumbre y de la cruda realidad resulta que tú jamás lo has pensado, que todo lo has interpretado magistralmente, siguiendo un guion preestablecido, para conseguir un solo objetivo tan concreto como banal. Esto no sucede en las telenovelas Marina, ahí por lo menos la gente en el fondo se quiere.

—Nunca te había oído decir algo tan descarado —afirmó Marina restando importancia a todo lo que yo decía.

—Sí, pero la osadía valía la pena. La diferencia es que para ti y para Santiago esto acabó cuando apenas se iniciaba para mí.

—¿Y a ti quién te entiende? —preguntó Marina incorporándose del suelo. Al principio te parecía algo desagradable y lo rechazaste en todo lo que pudiste, después lo aceptaste y ahora lo defiendes.

—Porque pensé que podía ser una salida, una variante, una nueva oportunidad para todos. Te vas en serio, ¿verdad? —pregunté suplicando que no se fuera.

—No quería decírtelo, pero en Florencia vivo con una amiga y tengo una relación bastante estable con ella.

Me derrumbé. A partir de ese momento ya no sabía qué era verdad y qué era mentira en la vida de Marina Harrison. Su relación con el sueco, su búsqueda sincera de un marido oficial por tierras mexicanas. Me sentí mal por haberme sentido mal cuando me dijo que “llevaba más de diez años buscando a alguien que la ayudara a encontrar una oportunidad para demostrarse a sí misma que servía para algo...”. La situación comenzó a darme

asco, repugnancia por el engaño y por verme involucrada en un asunto del que ya estaba totalmente arrepentida. Todo por culpa de mi ingenuidad y por tomarme las cosas tan a pecho.

Estaba destrozada. Ahora yo era la que estaba sentada en el suelo, llorando, con la cabeza metida entre las rodillas. Marina no fue a consolarme, solo dijo que yo era muy “puritana” y “conservadora” para entender lo que estaba pasando. Ella, como mujer liberal, volvió a enfrentarse al espejo y se volvió a alisar su cabellera rubia. En eso entró Santiago en la habitación con los zapatos de Marina en la mano.

—Toma, los encontré en el armario de la entrada. ¿Y aquí que ha pasado? —yo seguía tumbada en el suelo.

—¡Nada! —se apresuró a responder Marina—. Solo se trata de una despedida muy emotiva entre dos buenas amigas, ¿verdad Laida?

No contesté. Seguí con la cabeza oculta en mis rodillas. Notaba que las lágrimas y los mocos se me caían como si de un grifo abierto se tratara.

—Bueno, chicos —dijo Marina después de terminar de ponerse los zapatos—, me voy. Es tardísimo y necesito confirmar mi billete para Florencia, ojalá que esta misma noche pueda coger un avión.

—A ver, Marina —sugirió Santiago—, ¿por qué no mejor confirmas tu billete por teléfono?

—No te preocupes por mí, Santiago, que yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Déjala Santiago! —interrumpí—. Que no tiene que confirmar nada, el billete lo tiene cerrado.

Marina no me contradijo. Se acercó a darme dos besos y a decirme entre dientes que me escribiría una carta en cuanto llegase a Florencia. Yo no le dije nada. Salió de la habitación y del piso tal y como había entrado, es decir, como una bocanada de aire frío que se hizo notar porque refrescó el ambiente, pero que rápidamente se coló por cualquier rendija para volver a escapar. Desde entonces no volví a ver a Marina. Santiago la acompañó hasta la puerta y se despidió rápidamente de ella.

Resulta obvio decir que, nueve meses más tarde, Marina parió una niña florentina que se llama Marilyn. Yo me enteré hace poco porque me envió un sobre, a la dirección de mis padres, con una foto en el décimo cumpleaños de la niña. ¡Qué guapa es! Igual que ella. Detrás de la foto había escrita solo una frase: “así es mi década prodigiosa. Infinite grazie. Ciao. Nina”.

Cuando Santiago volvió a la habitación buscó su ropa y se vistió rápidamente. Yo me quedé viendo con admiración la

entereza que tenía Santiago después del paso del huracán “Nina”.

—¿Ya se ha ido? —le pregunté sacando aliento del fondo de la garganta.

—Sí. Parecía una mariposa en primavera. ¡A ver! ¡Cómo iba a estar después de todo lo que…! —se calló. Hasta entonces pudo verme la cara y se dio cuenta de que más le valía salir de casa lo antes posible para no tener que hablar del tema—. Alégrate, cariño. He llamado a mis compañeros y me han dicho que también se quedaron dormidos. Qué desastre de gente, en fin. De todas formas, me voy a acercar a verlos —se anudó la corbata, se puso la chaqueta y me preguntó— ¿Estas muy mal?

—Sí —enfaticé con la cabeza.

—¡Laida!, tesoro —se puso en cuclillas a mi lado—, mejor que se haya marchado. No hubiéramos aguantado que Marina viviera aquí con nosotros. No habría cabido.

—Santiago, dime una cosa —le miré a los ojos y él dirigió la vista a otra parte, sin embargo, no se movió y me escuchó con atención—. ¿Lo de ayer, para ti, qué fue? —no me contestó. Se puso de pie y me acarició el pelo—. ¿No me dices nada? —insistí, pero Santiago no sabía qué decir. Balbuceó palabras:

—No sé: juerga, guateque, orgía de coleguis, bacanal familiar —pero no lo dijo ni en voz alta ni clara. Dudó, como siempre, al elegir.

—Además del placer que te pudo ocasionar Marina, ¿no sentiste otra cosa? —pregunté, pero Santiago estaba absorto, sudando, quería irse, no tenía ganas de hablar del asunto, no le apetecía comentar el desenfreno que tuvo delante de su esposa. El hecho de haber estado yo presente en ese festín lo exentaba de cualquier explicación y sentimiento de culpa. Lo mejor era olvidarlo todo cuanto antes— ¿No te sientes mal? —insistí.

—Sí, pero que quede constancia de que yo nunca estuve de acuerdo.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Porque tú lo aprobaste.

—Y si no lo hubiera aprobado, ¿tú lo habrías hecho?

—Probablemente sí, probablemente no, depende. ¡Laida!, lo de Marina es algo tan normal que yo podría contarte varios casos que conozco.

—No me interesa conocerlos.

—Tú eres demasiado ortodoxa para estas cosas —salió de la habitación y fue en busca de su gabardina. Regresó a la habitación a decirme que esa noche volvería tarde—. ¿Tienes algún plan para hoy? —me preguntó al tiempo que se metía las llaves del coche en el bolsillo de la chaqueta.

—Voy a recoger a Vidia a casa de mi madre —respondí con seguridad—, y después me escapo con ella a cualquier parte con tal de no regresar nunca a esta casa.

—De acuerdo, tesoro. Escríbeme a menudo —salió por la puerta.

Era evidente que Santiago no me creyó, pero esa misma tarde hice las maletas y me fui a vivir a casa de mis padres.

Durmiendo tranquila y profundamente su muerte

El día que me fui a vivir a casa de mis padres Vidia solo tenía siete años y ahora, en el año dos del siglo veintiuno, cumplirá los dieciocho. Huelga decir que Santiago fue a buscarme un montón de veces y que casi siempre me pidió perdón. Con el tiempo ya no sé si al final lo perdoné. Yo nunca he sido una mujer muy dada a los resentimientos ni tampoco me he prodigado en ser demasiado estricta con mis cosas, sin embargo, la decisión que tomé al día siguiente de la maravillosa juerga fue una postura que me costó trabajo tomar y de la cual no me he arrepentido nunca. Por un momento me sentí capaz, por mis propios fueros, de realizar las cosas que realmente me apetecían y pensé que el matrimonio en este caso no me iba a solucionar absolutamente nada. Mis padres y personas cercanas de la universidad desde entonces me calificaron como "dura" o incluso "intransigente", pero he meditado mucho el tema y no creo que haya cometido ningún error. Yo aposté por un camino, pero luego me lo cerraron los mismos que me habían orillado a decidirlo. Con el tiempo me vi imposibilitada para cambiar, para aceptar las cosas como si nada hubiera pasado, no sentía a Santiago como una persona con la que me apeteciera convivir y compartir los problemas cotidianos. Sin él me sentí con muchas más fuerzas y ganas para encarar la vida y el futuro de mi hija. Desde entonces reconozco que me he vuelto muy rara, muy arisca, muy introvertida, pero creo que las personas tenemos derecho a mantener nuestras ideas hasta el final. Supongo que después de dicho acontecimiento mi vida ha sido muy diferente y que la educación que he podido darle a Vidia no ha sido necesariamente la mejor. Mis padres siempre me recriminaron que la niña necesitaba la figura de su padre para tener una formación completa, pero desde aquella noche he sentido demasiados ascos para saber si realmente eso podría ser así. Por culpa de (o gracias a) mi madre, Vidia tuvo una educación muy religiosa, muy apegada a los valores cristianos de la solidaridad compartida y la necesidad unánime de ayudar al prójimo. No estoy diciendo que la solidaridad no pueda y deba entenderse como un valor positivo y caritativo de la sociedad contemporánea, lo que pasa es que tengo mis dudas cuando la

solidaridad se entiende como un sentimiento impuesto, convencionalmente válido para todos y compartidamente útil para sentirse bien con los demás y con uno mismo. Yo creo que la solidaridad es un sentimiento tan espontáneo como sincero y que no se puede institucionalizar el gesto de sentir una alegría al tender la mano a un necesitado. Ser solidario no debería ser una moda, ni un código de la convivencia social, tan solo debería ser una actitud incentivada por valores más apegados a la racionalidad y al sentido común. El caso es que Vidia, desde pequeña, o mejor, desde que me fui a vivir con mis padres, ha ido casi todas las tardes a la parroquia de San Cristóbal y San Rafael del barrio a hacer amigos, a aprender a ser solidaria y a llenar los huecos que sus padres divorciados le dejaron incompletos, cuando no totalmente vacíos. Vidia siempre ha vivido conmigo y solía ver a su padre con cierta frecuencia, sobre todo de la noche del sábado a la tarde del domingo de cada dos fines de semana.

Al poco tiempo de habernos separado, Santiago malvendió el piso y me dio el cincuenta por ciento de lo que quedó después de saldar el capital de la hipoteca. En realidad, me correspondía mucho más dinero, pero no quise decir nada. Sabía que a él el dinero le hacía mucha más falta. Tampoco quería que Vidia viera a su padre como un hombre totalmente derrotado. El caso es que nunca superó su derrota. La separación lo sumió en una depresión tan profunda y brutal que se dio con mucha más fuerza a la bebida, a las drogas..., y en poco tiempo perdió el trabajo y todos sus ahorros. Si de por sí era un hombre solitario, ahora se había quedado totalmente abandonado, hasta de sí mismo. Yo terminé mi tesis en el año 95 y desde entonces me convertí en la "Doctora Lidia Moreno". Centré mis análisis en la emancipación juvenil en España. Hice varios grupos de discusión, uno con jóvenes preemancipados, otro con padres desesperados por la no emancipación de sus hijos, y también organicé otro con empleadores o jefes de personal. Argumenté los tópicos del tema: la escasa cultura de emancipación de los jóvenes, entre otras cosas porque a la mayoría de los padres no les importa tener a los hijos en casa hasta edades tardías y, sobre todo, porque está muy arraigado el goce inextinguible que prolonga indefinidamente la adolescencia y la juventud bajo el cobijo del hogar familiar. También hablé del mito arraigado de no independizarse hasta que los jóvenes no son capaces de ahorrar el suficiente dinero para comprarse un piso. Expuse que buena parte del problema se podría resolver si hubiera más ayudas de las instituciones, con una política pública de viviendas de alquiler, ayudas para conseguir el primer empleo, ayudas para la capacitación

profesional y la formación universitaria. Obtuve la nota más alta. Esto me permitió trabajar como docente en una universidad privada; conseguí un aumento de sueldo y mejoraron muchísimo mis horarios de clase. Por otra parte, mis compañeros comenzaron a valorarme más. En el fondo sabía que, más que un reto académico, la tesis era un reto personal, era el escalón que me alejaba de la influencia de Santiago; ser doctora, para mí, fue la mejor forma de olvidarme de mi fracaso matrimonial. La tesis me ayudó a olvidar a Santiago y también me ayudó, aunque no me guste reconocerlo, a no pensar en Hernán. Reconozco que, por aquella época, algunos compañeros profesores de la universidad me rondaron sin importarles que yo fuera una divorciada de treinta y tres años y que tuviera a mi cargo una hija de once. El problema era yo, porque no quería comenzar otra relación de pareja, aunque la deseara con vehemencia. Como no me iba mal laboralmente, aprovechaba para enviarle a Santiago, con Vidia, algún dinerillo cada vez que podía y sin que mis padres se enteraran. Con el tiempo a Vidia cada vez le gustaba menos ir de visita con su padre, lo encontraba agresivo, frustrado, sucio, entrometido. Vivía en un piso del centro de Madrid, frío y descuidado. Cuando Vidia convivía con su padre, se pasaba el día limpiando la cocina, aseando el baño, quitando el polvo y las colillas de los ceniceros, poniendo lavadoras y demás quehaceres domésticos. Vidia dejó de ir a casa de su padre cuando un fin de semana llegó de visita y Santiago se fue y la dejó ahí para que le limpiara la casa. Mi hija me dijo, y con razón, que ella no era una criada y que a su padre no le interesaba en lo más mínimo lo que le pudiera pasar a ella. Las dos sabíamos que teníamos la obligación de echarle una mano, pero también sabíamos que él se estaba aprovechando de nosotras. La gota que derramó el vaso fue cuando me avisó, muy angustiada y enfadada, de que había encontrado varias jeringuillas usadas en el cubo de la basura. Si su padre se inyectaba heroína sin mantener las formas con su hija, significaba que el nivel de deterioro de Santiago ya era insalvable.

Recuerdo que, por aquel entonces, año 95, le escribí una carta “indiscreta” a Hernán; me sentía pletórica, en resumidas cuentas le dije que él sería la persona con la que no me importaría compartir mi día a día y que si estaba de acuerdo sabía perfectamente donde podía encontrarme, que las puertas de mi casa y de mi habitación siempre estarían abiertas para él. Le envié esa carta porque me sentía muy bien, es cierto, pero también porque estaba desesperada. Después supe que él ya no estaba en México y que su familia lo daba por muerto.

Vidia, también por esta época, decidió encaminarse por su

propio camino y por eso se involucró mucho más en sus ocupaciones de la parroquia San Cristóbal y San Rafael de la calle Bravo Murillo, que incluían viajes pastorales, excursiones y ayudas humanitarias. De esa forma la empezamos a ver menos, a tal grado que muy de tarde en tarde iba a ver a su padre. Por lo que supe, Santiago no se volvió a casar ni nos enteramos de que anduviera con otra chica. Vivía de dar clases particulares de guitarra y más de una persona me ha asegurado que lo había visto cantar en los pasillos del Metro Diego de León. Yo, francamente, no creí esas versiones, que, aunque no me interesaban, en el fondo me tocaban el alma. Una vez de regreso a casa, sin darme cuenta, hice un trasbordo en esa estación del Metro, serían como las seis de la tarde y, a pesar del ruido de un pasillo lleno de gente, escuché a lo lejos una canción que hablaba del "sabor a mí". Me di la vuelta pero, afortunadamente, no reconocí la voz de Santiago; no habría podido soportar el hecho de ver a mi exmarido en esas condiciones. Salí a la calle por la primera puerta que encontré y me fui caminando a casa. Según fue pasando el tiempo fui sabiendo cada vez menos de él, de su enfermedad y de su vida en general. Con mucha pena me enteré de la muerte de su padre, que murió a manos de un violento dentro de su taxi: le atravesó primero el cuello con una navaja y luego abandonó el coche en un descampado. La muerte de su padre lo dejó mucho más solo de lo que ya estaba.

No hace mucho tiempo, precisamente la primera mañana del siglo veintiuno (01/01/2000), cuando la gente del planeta todavía festejaba el ingreso en la historia de una nueva era de efectos numéricos, en Bálsamos aparecieron muertos todos los integrantes de una parvada de gorriones en la plaza de la Olma. Ese mismo día, como había vaticinado Cenizo el cegato, ocurrió una desgracia, pues encontraron a Santiago en su casa, muerto, con el retrato de su madre en la mano y sin que nadie pudiera decir con exactitud lo que había pasado esa noche, aunque todos supusimos que se había tratado de una sobredosis de heroína. Su muerte fue muy repentina, inesperada, increíble. Mis padres lo sintieron de corazón y me consolaron muchísimo ese día y es que, hasta que no me vieron como viuda, no cayeron en cuenta de que realmente estaba divorciada. Vidia y yo fuimos a despedirlo al cementerio del pueblo de Bálsamos el día que lo enterraron. Me pareció muy injusto que una persona, con tan solo treinta y siete años, muriera por una enfermedad incurable. Después del entierro, Vidia y yo entramos en la casa de la familia de Santiago y me vinieron muchos recuerdos de golpe. Yo le había contado algunas anécdotas a Vidia, pero ella, aunque algún verano había

estado en esa casa, no se acordaba. Subimos a las habitaciones donde supuestamente sucedieron los hechos. En la pared todavía estaba clavada, con una chincheta, una fotografía en la que aparecíamos Vidia y yo unas navidades. La cama estaba desecha, todavía olía a usada. No pude evitar reconstruir lo sucedido y ver que Santiago se había quedado dormido. Cuando despertó, imaginé, no reconoció el lugar en donde estaba. No era su cama, no era su habitación, la ropa tirada en el suelo no era su ropa, el espejo no reflejaba la fotografía de nosotras pegada en la pared con una chincheta. Quise ver que Santiago abrió la ventana y no reconoció los árboles deshojados, el camino encharcado de sangre, la lluvia ácida (que fue lo que en realidad mató a los gorriones, según los técnicos del Seprona), ni los cerdos destripados al borde de las alcantarillas. Santiago pensó que soñaba que no podía existir en realidad lo que estaba viendo. No era él, su cuerpo era otro. Se vio tatuajes de cocodrilos en los bíceps, se tocó un pendiente en la oreja, un seno exuberante, el pene erecto y circuncidado. No se reconoció a sí mismo. Volvió a la cama y cerró los ojos con todas sus fuerzas, intentando dormir, escapar de esa pesadilla, de esa catástrofe que le domaba. Al final lo consiguió. Siguió durmiendo tranquila y profundamente su muerte.

El corazón de la selva chiapaneca

El verano del año pasado en la parroquia San Cristóbal y San Rafael se organizó un viaje de misiones a un pueblo del sur de México. Su padre no le hubiese dado permiso con solo saber el destino, pero como Santiago hacía un año que había muerto, yo no me atreví a prohibirle nada, al contrario, la alenté. Vidia se fue a ese viaje pastoral por unas semanas, pero el caso es que ya no volvió nunca a casa. Mi hija llegó a una pequeña ciudad del estado de Chiapas llamada, curiosamente, San Cristóbal de las Casas. Imagino que la coincidencia del nombre de la ciudad y de la parroquia condicionó en parte el destino de la misión. Su trabajo consistió en sumarse a actividades de ayuda social. Con ese cometido, lo que más hizo fue vacunar a perros y niños, pintar las aulas y los pasillos de una escuela de primaria; habilitar un espacio inutilizado de la iglesia como dispensario; atender a enfermos con cuidados de primeros auxilios y visitar a la gente para conocerla mejor. Ella tenía la costumbre de escribirme muchas cartas y contármelo todo, bueno, al menos eso fue lo que acordamos y eso fue lo que siempre pensé. Sin embargo, después me enteré, por la prensa y la televisión, de que mi hija había llegado al Estado de la República mexicana donde se había originado el movimiento liderado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, justo en el año en el que se organizó la Marcha del Color de la Tierra, una movilización que fue seguida por miles de simpatizantes hasta llegar a la Ciudad de México.

Vidia me contó, en cambio, que conoció a un chico, Rolando, que trabajaba en la emisora Radio Uno en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, y que él solito hacía un programa cultural para varios pueblos de la zona. Me contó que Rolando redactaba los noticiarios haciendo una selección de las principales noticias de los periódicos. Ponía mucha música clásica y folclórica y, de vez en cuando, entrevistaba a alguna persona importante de la región o a algún famoso por teléfono. El responsable de la emisora se cuidaba mucho de que no hubiera contenidos políticos explícitos. Vidia me contó que, poco después de conocerse, Rolando la invitó a trabajar en su programa de radio. De hecho, le propuso que le ayudara a hacer una sección. El trabajo radiofónico de Vidia consistía en cargar una grabadora en el momento de hacer sus

visitas pastorales. Grababa los testimonios de las personas y ella los presentaba por la noche. Podríamos decir que mi hija era la responsable de una sección que titularon: “El adoquín”. El nombre se correspondía con una aspiración general de empedrar, pavimentar o incluso “mejorar” el aspecto de los pueblos. Mi hija, que siempre tuvo un espíritu constructivo, empezó a tener mucha audiencia en su sección radiofónica, a tal grado que la gente la empezó a conocer. Vidia no tuvo problemas para adaptarse, me contó que la gente en un primer momento manifestaba un rechazo pasajero cuando le detectaban su acento ibérico, pero que al cabo de unos momentos su acento no era un impedimento para entablar conversaciones y ganarse la confianza de la gente.

Una vez me confesó que para que la gente no pusiera más reparos dijo públicamente en la radio que ella era huérfana de padre mexicano. Me dijo que fue una mentira piadosa para que la gente la aceptara más fácilmente; lo interesante fue cuando me lo justificó a mí con su puño y letra: “...de todas formas, tú siempre me has hablado de Hernán con mucho más cariño que de papá”. Me aterró la idea de que ella supiera la verdad, pero más me aterró la posibilidad de que ella se hubiese enterado por otra vía que no fuera la mía. En el fondo me dio gusto saber que ella, sin saberlo, sabía aprovechar al máximo su circunstancia y que tenía la capacidad de inventarse, incluso, las cosas que no necesitaba inventar. “El adoquín” poco a poco pasó de ser un espacio propicio para los saludos y las dedicatorias a convertirse en un buzón de sugerencias y reclamaciones.

La gente aprovechaba el espacio para enviar una felicitación al presidente municipal de su pueblo el día de su cumpleaños, solicitar medicinas para enfermos terminales o denunciar el robo de una alcancía de limosnas de la iglesia. Vidia estaba muy contenta porque estaba haciendo cosas de gran utilidad y a tal grado se sentía contenta y útil que decidió no volver a España. Rolando le había prometido que pronto vendrían los dos a Madrid para conocerme. A partir de este punto la historia de mi hija comenzó a ser contradictoria. Lo que tardó en contarme fue su embarazo. Razón que explicó su demora en escribir y sus cambios de opinión. Primero me contó que a Rolando le ofrecieron un buen trabajo en un Gabinete de Prensa de una cadena hotelera de Tuxtla Gutiérrez, la capital chiapaneca, y que les iba bastante bien. Luego dejó de escribirme y comencé a preocuparme mucho cuando se aproximó la fecha del nacimiento de mi primer nieto y no sabía su nueva dirección en Tuxtla Gutiérrez. Dudé de que fuera cierto lo del trabajo en esa cadena hotelera. Me puse en contacto con la parroquia de San Cristóbal y San Rafael del barrio

de Chamberí y me dieron un teléfono del albergue donde se alojaban los chicos de la misión. Llamé por teléfono, y ahí me informaron de que Vidia había dejado el albergue y de que no sabían dónde estaba. También me informaron de que ellos habían denunciado la desaparición.

Tiempo después, por intermediación de una Organización No Gubernamental que se puso en contacto conmigo, me enteré de que mi hija estaba en una lista oficial publicada por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México en la que se la consideraba como persona *non grata* y se la requería para extraditarla del país.

Los chicos de la ONG me dijeron que la policía federal había registrado los archivos de la emisora Radio Uno, en concreto en el programa donde trabajaba mi hija, por considerar que desde ahí se exhortaba a la subversión guerrillera zapatista. Afortunadamente, el día que irrumpió la policía en la emisora de San Cristóbal, Rolando y Vidia no estaban. Él se vio obligado a esconderse en la sierra y ella, embarazada, enamorada y comprometida con ese muchacho, no tuvo más remedio que acompañarlo al corazón de un lugar desconocido de la selva chiapaneca.

—¡Una hija guerrillera! —exclamé en las oficinas de la ONG—. Lo que me faltaba.

Inmediatamente organicé un viaje a México no sin antes pasarme por el Ministerio de Asuntos Exteriores para ver si podían ayudarme. La embajada de España en México estaba al tanto, pero todas las autoridades me decían que no podían hacer nada si mi hija no salía voluntariamente de la selva chiapaneca. Que nadie podía ir a rescatarla a su escondite y que solo el ejército podía llegar hasta ese lugar y no precisamente para rescatar a Vidia, dado que ella no estaba ahí en condición de secuestrada.

Yo hablé, primero en Madrid y luego en el Distrito Federal, con las autoridades mexicanas para decirles que mi hija de diecisiete años se encontraba en el Estado de Chiapas como una misionera de un viaje pastoral organizado por la parroquia del barrio de Chamberí, pero nadie me ayudó a rescatarla, excepto Eusebio y Selma, los hermanos de Hernán, que fueron los únicos que se ofrecieron y me acompañaron hasta el corazón de la selva chiapaneca.

Al día siguiente volé a México

La tarde anterior de mi viaje a México, cuando estaba preparando mis maletas, vino a casa una asistenta social con un sobre con mi nombre escrito con letras bien grandes. Me preguntó si yo sabía algo acerca de una persona que se llamaba “Bernal Castillo Díaz”, que estaba en un centro público de rehabilitación psiquiátrica de la Comunidad de Madrid. En un primer momento no caí en que se tratara de Hernán. La asistenta social, de todas formas, me dejó el sobre con varios casetes en su interior. Eran cuatro o cinco cintas de audio que me había grabado Hernán: en el velatorio de Santiago, en sus últimos días en el pueblo de Bálsamos y en las calles de Madrid. Yo me llené de emoción. Me encerré en mi habitación (a pesar de vivir sola) e introduje un casete en una grabadora. No lo había pensado con detenimiento, pero la noche que estaba escuchando las cartas habladas de Hernán me di cuenta de que los mejores momentos de mi vida los había pasado, precisamente con él, en esa misma habitación. ¿Será por eso por lo que mis sueños nunca han ido demasiado lejos? Mi habitación esa noche era igual a un laberinto, estaba inacabada. Pulsé el “play” y después de un momento escuché la voz de Hernán que no oía desde hacía más de dieciocho años.

—¡Hola, Laida! Hace mucho tiempo que quería hablar contigo, pero no encontré la oportunidad. No sé cómo empezar. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Hace año y medio te vi, a ti y a tu hija, en el entierro de Santiago. Yo estaba ahí, pero no tuve el valor de acercarme y darte, por lo menos, el pésame. Lo hago ahora, fiel a mi estilo, tarde, mal, indirectamente… ¿Te acuerdas de cuando te hablaba de mis sueños?, ¿del voraz frenesí? Ya no tengo la habilidad de distinguir los hechos que pasan de los que me imagino. Mis recuerdos son tantos que me cuesta organizarlos. Tendré que empezar otra vez desde el principio. Poner orden en mi vida, aunque reconozca que no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo. Comenzar desde cero. Borrón y cuenta nueva. Ser un indigente no significa necesariamente no ser nadie, ¿o sí? Lo intento una vez más. Te hablo desde un banco del parque del Oeste de Madrid, me acompañan Tuerquitas (la perra de Cenizo, la hija del Tuercas) y Candela (mi guitarra Ramírez). Recuerdo que no hace mucho tiempo, cuando me llevaron a un centro

asistencial para indigentes con problemas de drogadicción tuve que hacer un gran esfuerzo por recordar algo de mi vida. Bueno, recordaba muchas cosas, como ahora contigo, pero no sabía qué partes de mi vida les interesaba conocer. Les dije esa vez a los que me recibieron que lo único que tenía claro era que mi pasaporte estaba caducado porque se me habían pasado las horas, los días, siete años sin darme cuenta. Les dije que el nombre que aparecía en ese documento era casi igual al de aquel soldado raso de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, quien con muy poca cultura y preparación intelectual fue capaz de reconstruir narrativamente la conquista de la Nueva España, haciendo uso de una memoria prodigiosa a sus ochenta años y demostrando contar con información privilegiada. Yo lo que quería insinuar es que era muy difícil creerse que dicho personaje fuera el verdadero autor de tan importante libro para la historia de México. No me entendieron, ni yo fui capaz de explicarlo de otra manera, les dije que, si era necesario, podían llamarme como ellos quisieran, les di varios nombres a elegir: “Emiliano”, “Benito”, “Venustiano”, pero al final me llamaron “Bernal”, cosa que me tranquilizó mucho porque eso significaba que la historia de Hernán González Arias no existía para ellos. El interrogatorio se convirtió en una charla muy amena entre la asistenta social, el psicólogo y yo. El hombre, el poli malo, se interesaba por saber qué normas y leyes había incumplido; mientras que la mujer, la poli buena, me preguntaba por los significados de mis acciones. A ellos no les pude contar con lujo de detalles cómo salí de México, de la casa de la calle de la Amargura 5, hace diecisiete años, en 1985, después del triste desenlace con mi papá. Pero a ti sí te lo puedo contar.

El día que le dije adiós a mi papá me fui a esconder a un departamento de un amigo suyo, de un luchador enmascarado que se hacía llamar “Tornado Domínguez”. Era un exmilitar fortachón que se dio de baja en el ejército y se ganó la vida en la lucha libre. Vivía en un cuartucho de la colonia Roma, pequeño, húmedo y apestoso. Estuve ahí varias semanas, pero no podía quedarme por mucho tiempo. Cuando decidí escapar de la ciudad, recogí mis cosas y las metí en una maleta. Guardé una fotografía de mis papás que yo había puesto en el refrigerador, sujetada por un imán. Sotero con una camisa de flores desabrochada y Esperanza sentada en sus rodillas; detrás de ellos, la playa de La Roqueta, en Acapulco. Me recosté sobre la cama desecha pensando en la cara alegre de mi papá momentos antes de abandonarlo en su habitación. Conté todo el dinero que tenía, pero me parecía poco. Le pedí prestado a Tornado en cuanto lo vi aparecer por la puerta de casa y no dudó en darme todo lo que

tenía.

—No puedo aceptarlo. ¡Son tus ahorros! —le dije devolviéndole el dinero que había sacado de una lata oxidada.

—¡Tómalos!, ¡chingada madre! El dinero va y viene. A saber cuánto dinero me prestó tu jefe en otros tiempos.

—¡No es justo! Seguro que necesitas esta lana para otras cosas. Tendrás planes.

—No te claves Hernán. Da igual. Ese dinero es para ti. Vamos a tomarnos unas “chelas” para brindar por Sotero.

—¡Estás pendejo o qué! Yo no puedo salir así, no más. ¡Me pueden reconocer!

—No te apures, güey, eso tiene una solución fácil —me dijo Tornado al tiempo que me aventaba una de sus máscaras de luchador.

Nos fuimos a unas cuantas cantinas del centro de la ciudad y volvimos a casa de madrugada medio pedos y simulando llaves como el “Candado Dragón” o el “Pulpo Lagunero”. A las siete de la mañana del día siguiente, 19 de septiembre de 1985, nos despertó un terremoto. Tornado me sacó del departamento, en un suspiro, momentos antes de que el edificio se viniera abajo, menos mal que ya tenía hecha la maleta y todo el dinero guardado en mi cartera. Cuando me pude reconocer a mí mismo, con toda la cruda que llevaba encima, estaba en la calle, en ropa interior, con una máscara puesta en la cabeza, abrazado a una maleta y a una cartera con mis ahorros y los de mi compañero de departamento. El mismo día del terremoto me fui a la estación TAPO de autobuses y busqué el destino más lejano que encontré. San Cristóbal de las Casas me pareció un lugar perfecto. En ese viaje de quince horas dormí sin pensar en nada. Cuando llegué a esa ciudad de los Altos de Chiapas decidí cambiar de identidad. Me dejé crecer la barba y el pelo, me puse unos lentes de pasta gruesa y me alojé en hotelitos baratos. Me cambié de nombre, me quité el “Hernán González Arias” y me auto-bauticé como “Bernal Castillo Díaz”, en honor al soldado raso (con los apellidos cambiados) que acompañó y relató las hazañas del conquistador de México.

San Cristóbal, a mediados de los ochenta, era una ciudad muy hermosa y con mucha vida, pero a mí me costó mucho tiempo volver a pisar la calle para mostrarme en público. Tienes que saber que a mí me dieron por desaparecido en el terremoto y, en teoría, mi cuerpo quedó bajo los escombros del edificio colapsado. El hecho de desaparecer, de evaporarme, de esfumarme, no me eximió de los cargos que existían sobre mí. A mí me seguían buscando y el problema fue que comencé a ver

cara de perseguidores en todas las personas que se me quedaban viendo más de tres segundos. Todos los días, en las cafeterías y terrazas del centro, leía la sección de sucesos de los periódicos por si acaso se decía algo sobre mí. Sabía que era imposible que saliera publicada una fotografía mía con las palabras "se busca vivo o muerto", pero me reconfortaba mucho hojear la prensa y no encontrarme con esa foto. Una mañana, terrible para mí, encontré una nota sobre el asesinato, todavía sin aclarar, de Manuel Buendía, en donde se citaba mi nombre completo: "Hernán González Arias" como uno de los últimos alumnos, testigo cercano, del periodista asesinado y que, al parecer, fue citado para declarar, pero no pudo comparecer porque lo habían declarado como desaparecido en el terremoto. El redactor de la nota, haciendo alarde de ironías, llegó a proponer que esa podría ser mi coartada perfecta, es decir, "la de un asesino compulsivo que no sólo tiene la frialdad de asesinar a su progenitor, sino que además podría estar involucrado en tramas corruptas para desestabilizar al país". El periodista era tan poco riguroso que ponía en el mismo rasero el problema del narcotráfico con el de la guerrilla insurgente: "y no me extrañaría nada que ahora estuviera infiltrado con los guerrilleros zapatistas en la Selva Lacandona". Te juro que yo no sabía nada del EZLN hasta que leí ese periódico alarmista. Me recluí todo el tiempo que pude, me ganaba algunos pesos tocando la guitarra en unos tugurios de hippies y de folcloristas nostálgicos. El síndrome persecutorio agudizó mi esquizofrenia, pues no solo veía a soplones por todas partes, sino que comencé a tener dolores por todo el cuerpo, migrañas, entumecimientos… Yo sabía que la enfermedad de mi papá, la esclerosis múltiple, no era genética, pero parecía que yo, si no la había heredado, sí la había comprado de oferta en el supermercado de las enfermedades crónicas y degenerativas. Esos dolores raros, diferentes e imprevisibles los combatí en Chiapas con estupefacientes de la zona: los hongos alucinógenos. Temeroso de que alguien pudiera identificarme, después de cinco años, abandoné San Cristóbal de las Casas y me recluí en un pueblecito de montaña cercano a la frontera con Guatemala, Motozintla. Por mediación de un profesor de la escuela de primaria de ese pueblo me ofrecieron abrir un taller de música en la casa de la cultura para los muchachos de entre ocho y catorce años. Yo acepté con tal de seguir escondiendo la cabeza en uno de los rincones más recónditos de la patria. Los chavos eran buenísimos, tocaban sus instrumentos como virtuosos, las ganas de hacer cosas les dotaba de energía y habilidades que yo no les enseñaba. Hacían sonar la marimba como si la música les naciera

de las entrañas. Me llamaron "Berni" y me mostraron una faceta del mundo que yo desconocía. Cada año organizábamos un recital de música al que no solo acudían los papás de los alumnos, sino que despertaba el interés entre la gente del pueblo y de los alrededores. En una ocasión, había tanta expectación que el recital no se hizo en la casa de cultura, como siempre, sino en el patio de la escuela, al aire libre. La tarde del ensayo general un alumno me dijo: "¡Profe Berni!, unos papás quieren hablar con usted. Quieren que vaya a verlos a una combi que está estacionada atrás de la escuela". Parecía una broma, pero no lo era, cuando me acerqué a la camioneta se abrió la puerta y me invitaron a pasar. Cuando entré, me fijé en que eran unos cinco o seis hombres que llevaban pasamontañas cubriéndoles la cara. Al principio me asusté, porque creí que me iban a secuestrar. Me tranquilizaron, solo querían saludarme, agradecerme porque sus hijos pequeños estaban aprendiendo mucho de la música. Todos me estrecharon la mano. Me felicitaron por mi labor. El que mejor hablaba me dijo que le gustaba mucho la música. Hablamos un poco de todo, luego, cuando salió el tema de que yo me había comprado una guitarra en España, me comentó que él había estado en Barcelona trabajando en el Corte Inglés, pero que lo corrieron porque vendía más barato de lo que ponían las etiquetas. En ese momento no caí, lo confieso, en que uno de los hombres encapuchados que estaban en la combi bien podría ser el Sub-comandante Marcos. No le di importancia, estaba más preocupado por volver a ensayar con los muchachos "La marcha de Zacatecas" como número final. El incidente con los hombres de la camioneta me afectó de lleno a partir del 1 de enero de 1994, cuando un grupo de indígenas armados intentaron ocupar siete cabeceras municipales el mismo día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte firmado por Canadá, Estados Unidos y México. Mucha gente del pueblo me vio entrar y salir de esa camioneta y yo me volví a poner muy nervioso. Temía que me relacionaran con ellos y que mi verdadero nombre volviera a salir a la luz pública. Mi vida en Motozintla ya no fue igual. Yo empecé a desconfiar de todo el mundo, abandoné mi trabajo y me encerré con mis propias preocupaciones, dolores y hongos alucinógenos. Así estuve más o menos un año, hasta que decidí salir del país. Es verdad que la frontera con Guatemala la tenía muy cerca, pero preferí volver a la Ciudad de México teniendo mucho cuidado para no encontrarme casualmente con nadie de mi familia. Ya en el DF busqué por teléfono al abogado Rodrigo Canal, amigo de mi papá, el mismo que me ayudó a conseguir el pentobarbital.

—¡Hernán!, ¡estás loco! —se alarmó Rodrigo Canal—, nadie debe saber que sigues vivo. Pensé que habías desaparecido de verdad.

—¡Ayúdame! ¡Necesito dinero y un nuevo pasaporte a nombre de Bernal Castillo Díaz para salir del país! ¡Te prometo que después de esta ya no te vuelvo a molestar!

—¿Hace cuánto tiempo que murió Sotero?

—En septiembre hará diez años.

—Mañana vuelves a llamar y haz exactamente lo que te diga mi secretaria. ¿Estamos?

—¡Estamos!

—¡Hernán! Mucha suerte y gracias por lo que hiciste. Tu papá estaría orgulloso de ti.

—No sigas, que mi vida ha sido una mierda desde entonces. Mañana vuelvo a llamar. Adiós.

Siempre me ha gustado sentarme a contemplar el Ángel de la Independencia desde un banco de piedra del paseo de la Reforma. Ahí conocí, cuando era niño, las luces que iluminan las navidades de la ciudad y también ahí fue el lugar donde vendrían a buscarme. El Ángel de la Independencia lucía esa noche un dorado cegador, yo me senté en una banca fría a esperar a que alguien fuera a buscarme. Recuerdo que llevaba un paliacate rojo atado al cuello para que me reconocieran. Encendí un cigarro marca Delicados mientras observaba a dos niños, vestidos de payasos, que tenían la gran virtud de organizar todo un espectáculo circense en medio minuto ante un público de automovilistas a quienes poco les llamaban la atención esas piruetas, equilibrios y saltos mortales. Después de ver el mismo numerito dos veces, apagué mi cigarro.

—Hola, soy el licenciado Pedrosa —me dijo un hombre de gabardina—, vengo a buscarte, ¿entramos en el Sanborns?

Ni a mí, ni al licenciado Pedrosa nos gustaba verdaderamente el café de Sanborns, pero ese hecho no tenía importancia. Ahí estuvimos un buen rato. Yo bebiendo el insípido café y el licenciado Pedrosa zampándose unas enchiladas suizas antes de hablar sobre el asunto que nos reunía.

—Ya me informó Rodrigo. Estás metido en un pedote, ¿verdad?

—Mire usted —zanjé las confianzas—, yo no le voy a contar mi historia. ¿Qué le ha dicho el licenciado Canal?

—Mira nene, así no se hacen las cosas. Yo me he informado de que te andan buscando por asesinato (eutanasia paterna), de que supuestamente eres una víctima desaparecida del terremoto del 85, de que no has acudido a declarar en el juicio del crimen del columnista Buendía, a pesar de ser un testigo cercano, y de que,

últimamente, has estado cerca de los zapatistas. Vamos, todo un "estuche de monerías".

—¡Hijo de…! Usted también quiere sacar tajada de todo esto. Me lleva la chingada…

—¿Qué quieres? Así es este negocio. Y baja la voz que vas a llamar la atención. En resumen, si quieres el pasaporte te va a costar una lana extra, ¿me entiendes?

Una mesera, vestida con faldas de tehuana, nos sirvió más café transparente sin que lo hubiésemos pedido.

—Mira Hernán —siguió el licenciado—, yo soy un abogado honorable y respetable, me ha costado mucho conseguirlo, y si vine a verte fue porque le debo muchos favores a Rodrigo Canal y a tu papá, que en paz descanse, pero si tú no me pagas un extra, no hay trato. Pide prestado, roba un banco o haz lo que consideres oportuno. Si quieres el pasaporte, mañana te espero, con el dinero, a las seis de la tarde en mi despacho. Sé puntual.

—Está bien, y cuánto dinero es exactamente esa "lana extra".

—Lo dejo a tu consideración.

El licenciado Pedrosa se limpió los resquicios de mole con la servilleta, aventó sobre la mesa una tarjeta de presentación en donde aparecía la dirección de su oficina: Av. Insurgentes 558, tercer piso, y salió del Sanborns sin despedirse. Al día siguiente le di todo el dinero que tenía al licenciado Pedrosa y pocos días después ya estaba volando a Madrid con otro nombre en el pasaporte. Desde que despegó ese avión no hice otra cosa más que pensar en todos ustedes: en los falsetes de Marina, en la amistad de Santiago, en la complicidad creativa de Arrecife y, sobre todo, en la última noche que pasé contigo.

Después de escuchar el primer casete que me grabó Hernán, salí de mi habitación y me fui a preparar un café. Antes de escuchar el resto de cintas que también incluían algunas canciones de Arrecife grabadas en ensayos, me puse a llorar otra vez. Al día siguiente volé a México.

No hay ninguna duda

Después de varios días de antesalas y entrevistas infructuosas en la Ciudad de México, no me quedó más remedio que presentarme en la casa de la familia González Arias, en el barrio de San Ángel. No tenía otro lugar donde pedir ayuda y fue el único sitio donde la conseguí. Cuando toqué el timbre de la calle de la Amargura 5 se me quedó la cabeza en blanco, no sabía lo que tenía que hacer y mucho menos lo que tenía que decir. Para centrar mi comportamiento solo pensé en que lo más fácil sería evidenciar el hecho de que yo era la única persona en el mundo que sabía dónde estaba Hernán. No me abrió la puerta doña Petro porque ya había muerto, en su lugar me atendió otra señora de tez muy morena, pelo negro bien trenzado por la espalda y uniforme de servicio negro con delantal blanco. Me presenté como una amiga de Hernán que necesitaba hablar urgentemente con alguno de sus hermanos, y la empleada doméstica, ante mi insistencia, me hizo pasar al recibidor de la entrada. Me dejó sola mientras fue a avisar a alguien de la familia. El sonido de los canarios enjaulados lo llenaba todo. Después de un rato, la señora del delantal blanco volvió hasta donde yo estaba y me pidió que la acompañara a la sala. Me dijo, educadamente, que tomara asiento y que la señora Selma me atendería en unos minutos. Confieso que cuando entré en esa estancia clavé mi mirada en el suelo porque no quería fijarme en las paredes, no me atrevía a ver de frente el cuadro naranja, el de la mujer del vestido blanco. Cerré los ojos de manera instintiva, tenía miedo, pánico por verme pintada, por reconocerme… Por un segundo pensé que ese cuadro podría ya no estar en el que se suponía era su lugar habitual. Abrí por fin los ojos y me dio un vértigo repentino que me obligó a sujetarme en el respaldo de un sillón. Ahí estaba. Presidiendo la estancia principal de la casa. Yo había visto el cuadro en una fotografía que me envió por carta Marina hacía mucho tiempo, pero ver la obra original, con su portentosa aura, fue una experiencia muy especial, insustituible. De verdad que era yo, más joven, pero estaba muy claro que era yo. ¿Casualidad o predestinación? ¿Resurgimiento o eventualidad? ¿Ficción o certidumbre? No pude evitar acercarme al cuadro. Primero di unos pasos indecisos, pero luego el cuadro me atrajo como un

imán. Casi llegué a pegar la nariz en el lienzo, quería introducir la mirada entre las costuras y pinceladas, quería conocer el trasfondo de la imagen. En esas estaba cuando fui sorprendida por Selma.

—Parece que le gusta mucho esa pintura —comentó Selma.

En ese momento me avergoncé y me puse muy nerviosa; no sabía cómo decirle que Hernán estaba vivo, que necesitaba que alguien me llevara a la selva chiapaneca a buscar a mi hija, y que Vidia también era hija de Hernán. Me disculpé por mi comportamiento incomprensible a simple vista y, educadamente, comencé por el principio.

—Hola. Buenos días. Usted no me conoce, pero yo conocí a su hermano Hernán cuando estuvo en Madrid de 1982 a 1983.

—¿Mi hermano Hernán? No sé si sabe que murió en el terremoto de 1985. Pero… ¿Usted quién es? No es la primera amiga española que viene a esta casa a buscar a mi hermano.

—Sí, sí. Sé que se refiere a Marina Harrison, ella era amiga mía y me contó que estuvo aquí. Yo me llamo Lidia Moreno —le extendí mi mano que, por supuesto, ella no interceptó—, ¡encantada de conocerte! ¿Puedo hablarte de tú?

Selma me observaba con desconfianza. No estaba en disposición de oír ni de entender lo que pudiera decirle.

—Gusto en saludarte —dijo, muy seca, falseando cualquier gesto de cortesía y con un gran esfuerzo para tutearme—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Es que… —no sabía cómo continuar—, pues eso, que, gracias a Hernán, un buen día, decidió llamarme “Laida”. Supongo porque casualmente me encontró un parecido con la chica del cuadro, y desde entonces… todos me llaman así.

—¿Laida? ¿Tú te llamas Laida? No puedo creerlo.

—Sí. Como la mujer del cuadro —moví los ojos y la cabeza en dirección a la pared.

—Pero… ¡No es posible! Sí, se parece mucho a ti —dijo Selma sin dudarlo un segundo—, ¡ay Dios mío!, ¿qué está pasando aquí?

—No te asustes, ¡por favor! —supliqué—, creo que puedo explicártelo todo.

—¿Explicarme qué? —interrogó Selma llevándose las manos a la cabeza.

—Que Hernán aún está vivo.

Mi relato no convencía a Selma. Me veía con distancia, con desconfianza. Le daba miedo que una perfecta desconocida para ella le diera tanta y tan detallada información sobre su familia y en particular sobre su hermano pequeño. Selma se quedó paralizada. No fue capaz de asimilar tanta información al mismo

tiempo. Reaccionó mal. Se trastabilló, se fue del salón apoyando su cuerpo en todas las sillas y las paredes. Llamó a su hermano Eusebio por teléfono y le pidió que acudiera a la casa familiar en cuanto pudiera. Me pidió que no les dijera nada a su madre Esperanza ni a su tío padrastro Serafín. Ya eran muy mayores para estos trotes, además ellos ya habían enterrado (figuradamente) hacía mucho al benjamín de la familia.

Al cabo de una hora se presentó Eusebio en la casa. Selma decidió hablar con él primero. Lo hicieron en la cocina. Yo estuve todo el tiempo esperando en la sala, sentada frente al cuadro naranja que pintó la Chata, como regalo para Sotero en su despedida de soltero. A lo lejos oía sus gritos, sus desacuerdos, sus desavenencias y susceptibilidades con respecto al tema familiar que más sinsabores les había producido a lo largo del tiempo. Cuando aparecieron en la sala, Selma entró del brazo de su hermano Eusebio mostrando más seguridad y firmeza. Sin soltarse tuvo fuerzas para desautorizarme, no dio crédito a mis palabras, a mi versión de los hechos. Se ofendió. Insinuó que me fuera de esa casa. Estaba claro que Selma no quería reabrir un tema que ya estaba cerrado, porque ya había pasado página, porque ya había pasado suficiente tiempo como para desempolvarlo otra vez. El Tornado Domínguez, el mismo enmascarado que conoció Marina en el funeral de Sotero, apareció un día por la casa de la familia González Arias diciendo que Hernán había muerto en el terremoto de 1985. Que estaba escondido en su casa y que se derrumbó el edificio. Que Hernán no había tenido tiempo de escapar. La familia, en septiembre de ese año no pudo enterrar ningún cuerpo, se conformó con decirle adiós. El hecho de revivir un tema tan doloroso y tan conflictivo en el seno de la familia me puso en una situación francamente difícil. Perder al padre y al hermano menor tan solo por unos días de diferencia… Me sentí como cuando Marina entró en mi piso de la calle Tribunal la noche aquella en la que comenzó a destrozarlo todo, me sentí presa de un mundo imaginario elaborado por las elucubraciones de una persona que al ser incapaz de vivir en la realidad era muy capaz de inventarse una realidad propia. Yo, sin embargo, estaba ahí, en una realidad muy palpable sin saber qué hacer. A pesar de entender y justificar sus razones, yo les supliqué ayuda para ir a contactar con mi hija a San Cristóbal de las Casas, y ante esa petición no se pudieron negar.

Decidimos no decir nada a nadie, mucho menos a su mamá. Recordaron que, en una ocasión anterior, precisamente por su falta de tacto o imprudencia, orillaron a que Hernán se fuera de casa y se convirtiera en un fugitivo. Me llevaron a la habitación

de los huéspedes y ahí me dejaron durante varias horas mientras organizaban los planes, yo ya no podía actuar por mi cuenta. Cuando se presentaron en esa habitación, Eusebio y Selma me pusieron al tanto de lo que íbamos a hacer: viajaríamos a San Cristóbal de las Casas en coche. Selma salió primero de la habitación y Eusebio detrás de ella. Antes de cerrar la puerta este me dijo.

—¡Gracias, Laida! Yo estaba convencido de que mi hermano no estaba muerto. Cenamos a las ocho y media.

Esa noche conocí a los integrantes de la crecida familia González Arias: al tío Serafín, el mismo que golpeó con un martillo el pulgar de su hermano mayor y que ha actuado como padrastro desde la muerte de Sotero; a Esperanza, la madre del clan, devota, mandamás y atractiva, nadie me había dicho que se pintaba los ojos con exageración y se ponía pestañas postizas, después de conocerla me convencí de que tardaría varias horas en maquillarse todas las mañanas; Eusebio se acercó a cenar con su hija mayor, Dominga, una niña preciosa y muy lista, que tenía ganas de conocerme y no dejó de hacerme preguntas desde que me la presentaron; Selma, por su parte me presentó a Gonzalo, su hijo mayor, que también mostró mucho interés en conocerme. Al principio hablamos de todo, pero las conversaciones tomaron otros derroteros cuando Esperanza se me quedo viendo con cierta inquietud.

—¡Yo a ti te conozco! ¿En dónde te he visto antes?, que tu cara me suena mucho.

—Lo siento. Nunca había estado en México —respondí esquiva para no dar pistas, aunque el cuadro naranja estaba colgado a nuestras espaldas.

—Es imposible que la hayas visto antes, mamá —confirmó Selma. En eso a Eusebio le entró la risa a la mitad de un trago de cerveza y mojó a toda la concurrencia de la cena.

—¡Eusebio! —regañó Esperanza—, nos has empapado.

—¡Perdón! —se disculpaba secando con una servilleta los rastros de cerveza esparcidos—, es que es tan divertido.

—¿Qué es lo divertido? —preguntó el padrastro—, que yo no me estoy enterando de nada.

—¡Ay, tío Serafín! —se atrevió a decir Dominga, la hija mayor de Eusebio—, si son igualitas ¿No te has dado cuenta?

—¿Quiénes son “igualitas”?

—Ellas dos —reparó Dominga, quien con una mano apuntó a la mujer del cuadro y con la otra me señaló a mí.

—Además se llaman igual —aportó Gonzalo, el hijo mayor de Selma—, las dos son “Laida”.

—¡Ni caso!, no es más que una burda casualidad —minusvaloraba Selma.

—¡Corrijo! —interrumpió Dominga—, ninguna de las dos se llama “Laida”. Nuestra invitada en realidad se llama “Lidia” y la del cuadro se llamaba “Celaida”. Por eso el cuadro se titula precisamente “Laida no es mi nombre”.

—¡Mihijita! ¿Y a ti quien te ha contado esas cosas tan feas? —preguntó Esperanza.

—Mi papá —aseguró Dominga—, bueno la historia se la contó el abuelo, y a él, a su vez, se la contó un marinero asturiano que se llamaba Pelayo, y trataba sobre una muchacha muy guapa que trabajaba en una playa de Veracruz, un día se ahogó en el mar y Pelayo la rescató. Se la llevó en brazos a lo alto de un faro y al cabo de unos minutos la revivió, cuando la policía y algunos vecinos subieron a lo alto del faro se la encontraron tal y como aparece en ese cuadro.

—Más todavía —intervino Gonzalo—, los tonos rojizos se deben a la salida del sol.

—¡Eusebio! —reprobó Esperanza—, qué cosas más raras les cuentas a los niños. Eso no está bien.

—¡Mamá! Solo son las historias de la familia.

Risas generalizadas, incluso aplausos de emoción. Esa noche, para mí fue mágica y ciertamente divertida. Los pequeños siguieron especulando por el parecido físico entre Celaida y yo.

—Vamos a ver —reconstruyó Dominga— ese cuadro lo pintó hacia 1950 una amiga de mi abuelo que se llamaba la Chata, ¿no?

—¿Y tú cómo sabes eso? —reprochó Esperanza—, si esa señora era una verdadera “lagartona” que rondaba a tu abuelo.

—Abuela, eso es fácil saberlo, sólo tienes que fijarte en la firma y el año, pero ¿qué es una lagartona?

—Da igual —desatascó Selma— continúa.

—¡Un milagro!, o ¡una enorme coincidencia! No se me ocurren otras explicaciones posibles para resolver este asunto tan extraño —concluyó Dominga.

—Este es un típico caso de las extravagancias de Sotero y Hernán —zanjó Serafín—, son las “cosas raras” que tanto les gustaba hacer y que compartían de manera tan natural, casi genética. En fin, solo le pido a Dios que los tenga en su santa gloria.

Las apelaciones a la religión cambiaron el tono de la conversación. Volvimos a los temas triviales, de todas formas, reconocí que nunca antes había vidido situaciones familiares como esta.

Al día siguiente nos levantamos a las cinco de la mañana para

ver el amanecer en la carretera. Los hermanos se disculparon diciéndome que era una tradición muy arraigada salir a esas horas de viaje. Como aparentaba ser un viaje muy convencional, tuvimos que ceñirnos a los protocolos establecidos en la familia. Eusebio y Selma aún estaban muy consternados. No era fácil digerir que su hermano pequeño no solo seguía vivo en Madrid, sino que tenía una hija conmigo y que esta, además, vivía en Chiapas con una hija recién nacida. Durante un trayecto largo viajamos sin pronunciar ninguna palabra. Ellos dos iban sentados adelante del coche y conversaban sobre las últimas hazañas de sus respectivos hijos, pero con un volumen de voz tan bajo y cerrado que no me permitía escuchar sus comentarios. Más adelante, cuando la luz del día fue aclarando la visión de las cosas, tuvimos mucho más ánimo para hablar. Paramos en un restaurante de carretera. Eusebio sacó una libreta y un bolígrafo. Alrededor de una mesa me pidieron que volviera a contarles desde el principio y con detalles todo lo que sabía de Hernán desde que salió huyendo de México a finales de 1995 con un pasaporte falso. Les volví a explicar que durante diecinueve años yo no había tenido ninguna noticia de él, y que justo antes de venir a México había recibido en mi piso varios casetes grabados por Hernán.

—¿Y los casetes? ¿Los tienes todavía en tu poder? —me preguntó Eusebio.

—Por supuesto —los saqué de mi bolso—, toma, aquí los tengo.

—Yo no me atrevo a escuchar esas cintas —dijo Selma—, porque tampoco estaría tan segura de que fuera su voz.

—Un impostor no puede dar tantos detalles —advertí—. Es él, no hay ninguna duda.

A ese centro de rehabilitación psiquiátrica

Cuando Hernán volvió a Madrid, en 1995, con un pasaporte falso que atestiguaba que se llamaba Bernal Castillo Díaz, renunció a todo su pasado, a su identidad, a sus amigos..., de hecho, en aquella época nunca me buscó, y tampoco buscó a Santiago o a Marina. No quiso involucrarnos, ni comprometernos con el incidente de eutanasia por el cual se convirtió en un prófugo de la justicia mexicana. Volvió a Madrid porque era una ciudad que conocía perfectamente. Sabía en qué barrios y calles podía encontrar algo de droga para contrarrestar sus dolores musculares. Mantuvo su cambió de look: pelo largo, barba descuidada y gafas gruesas de pasta negra. Estuvo en la capital de España durante seis meses, malviviendo, escondiéndose de todo el mundo. El paso del tiempo, sin muchos cuidados, acentuó su enfermedad, los dolores musculares fueron más intensos, fue perdiendo facultades físicas y los lapsus mentales y paranoias fueron más frecuentes.

Sin dinero y sin muchas perspectivas decidió presentarse en el bar de Ciriaco, en el pueblo segoviano de Bálsamos. Al principio no tenía un objetivo muy concreto: quizá toparse con Cenizo el cegato y convencerlo para que le ayudase a esconderse en su casa o en las cuevas al pie de las montañas de la sierra. En la puerta del bar estaba tumbado un perro que se parecía al Tuercas pero que no era el Tuercas, no obstante, al verlo movió la cola y le lamió las manos. Cuando entró en el bar no reconoció a nadie, excepto a Ciriaco, que estaba detrás del mostrador, y a Cenizo el cegato, que bebía como siempre, en solitario y en una mesa del fondo. Pidió un botellín y como nadie le dio conversación, Ciriaco se atrevió a preguntar.

—¿Está usted de viaje?

—Sí. Más o menos —no sabía qué decir—, voy de camino a Sepúlveda y con el calor que hace necesito una cerveza bien fría.

—¡A mí me suena esa voz! —exclamó Cenizo desde el fondo del bar—, ahora no caigo, pero yo a usted lo conozco de algo.

—Mi nombre es Bernal Castillo —se presentó Hernán—, no creo que nos hayamos visto antes porque es la primera vez que visito este pueblo.

—Perdone, que Cenizo es una persona muy testaruda, cuando

se obsesiona por algo no hay quien lo pare —aclaró Ciriaco.

Hernán se terminó la cerveza y salió rápido del bar. Tenía miedo de que Cenizo lo delatase. Primero caminó hasta la casa de Santiago y comprobó que se encontraba cerrada; después se fue a sentar en un banco de la plaza de la Olma a esperar a que se consumara su plan. Al poco rato se sentó Cenizo a su lado y el perro a sus pies.

—¡Hernán! No sé por qué te escondes bajo otro nombre, ni tampoco sé cuáles son tus intenciones. Pero a mí no me engañas. Tus olores los conozco bien.

—¿Mis olores? —Hernán soltó una carcajada.

—No quería ser un grosero, pero sí, tienes una mezcla de maíz en tus sudores que canta…

—¡Vaya! ¡Qué sofisticado!

Hernán se alegró de verlo y Cenizo de notarlo otra vez cerca. Le pidió que respetara su anonimato, le suplicó que lo escondiera en su casa y si fuese necesario en las cuevas que conocía al pie de las montañas de la sierra mientras el tiempo fuera transcurriendo y nadie lo echara de menos.

—Pelo largo, barba, bigote ¿y esas gafas tan grandes? —preguntó Cenizo al tocarle la cara.

—Así puedo parecer un familiar tuyo, ¿no?

—¿Mi primo Bernal? ¡Claro!

—¿Y el Tuercas?

—Murió de viejo, el pobre. Esta es su hija: Tuerquitas.

—¡Está preciosa!

Hernán se refugió en Bálsamos pocos meses después de volver a España. Se instaló en la casa de Cenizo, se hizo pasar por un primo segundo y cuando supuestamente tenía que volver unos días a su casa para visitar a su familia o de vacaciones se escondía en las cuevas de la sierra.

Cenizo le proveía de comida y de algo de marihuana plantada en un rincón del huerto, que le ayudaba a sobrellevar los dolores musculares. Poco a poco se dejó ver por el pueblo y se presentó como el primo Bernal. Se fue incorporando a algunas labores de Bálsamos: fue pastor, desollador, albañil y fontanero. Cada vez, eso sí, con menos aptitudes físicas. Los dolores por esa época fueron insufribles en las piernas, en la espalda y en las manos. El acontecimiento más importante para él desde que llegó a Bálsamos fue cuando Santiago se trasladó a vivir definitivamente al pueblo. Su casa estaba abierta, había luces por la noche, pero él no salía a la calle porque visiblemente estaba muy deteriorado. Hernán vigilaba los movimientos de Santiago a la distancia y mandaba a Cenizo a hablar con él para enterarse de su estado.

Una noche, Hernán volvió a casa tarde. Cenizo estaba comiendo pipas sentado en una mecedora.

—Llegas tarde.

—Estoy muerto.

—¿Te duele mucho? —se interesó Cenizo.

—Sólo cuando me río —respondió Hernán, al tiempo que se dejaba caer en un sillón.

—Te estaba esperando.

—¿Para qué?

—¿Jugamos un tute? —preguntó Cenizo mientras a Tuerquitas se le escapó un bostezo.

—Mejor al dominó —propuso Hernán.

—Venga, pero visto lo visto, eres muy malo, todavía no has podido ganarme ni una partida.

—¿Qué apostamos?

—Lo de siempre…

—Órale, pero no abuses que yo no tengo dinero para tus vinos.

—Si fueras mejor al dominó no te preocuparía el dinero.

—¡Chitón! No sigas. Saca las fichas y haz tú la sopa.

—¿Por qué al "seis doble" lo llamas tú la "mula de seises"?

—Por lo mismo que tú duermes una "siesta" y yo un "coyotito". Bueno, ¿qué?, ¿la has visto?

—Pues, visto lo visto, yo no veo una mierda.

—¡Tú ya me entiendes! ¡Cenizo!

—Me dijo que ella era lo único que le quedaba.

—¿La llamó de alguna forma?

—¡Sí! Me dijo que se llamaba "Candela" y que tú se la habías regalado. Bueno, tú no, porque ahora tú eres Bernal, me dijo que se la había dado Hernán, o sea, tú, pero el de antes…

—¡Uf! Menos mal.

Les conté a Eusebio y Selma que yo me separé de Santiago a finales de 1991, después del reencuentro con Marina en el piso de la calle Tribunal. Y el divorcio lo conseguimos dos o tres años más tarde. Él se dejó llevar por las drogas y en algún momento aciago se contagió de SIDA. Como su vida en Madrid era un perfecto desastre en todos los sentidos decidió refugiarse en su casa de Bálsamos. Yo dejé de verlo. Él no quería que yo lo viera en su acelerado estado de deterioro, tampoco quería que Vidia lo viera así, tan enfermo, tan delgado, tan delirante.

¡Cosas de la vida! Pues Santiago y Hernán, que en los ochenta intentaron comerse el mundo con sus canciones, en los noventa vivieron escondidos, recluidos del mundo exterior, muy cerca el uno del otro, por el deterioro de sus respectivas enfermedades: SIDA y esclerosis (no diagnosticada). La gente del pueblo se

enteró de que Santiago había caído en una enfermedad rara, pero no sabían o no se enteraron de que se trataba del síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Cenizo lo visitaba de vez en cuando, le llevaba fruta y porros de marihuana. De hecho, Hernán, en su faceta de Bernal, también lo visitó.

—¡Yo a ti te conozco! —le dijo Santiago a Hernán con los ojos entrecerrados—, ¿en dónde te he visto antes?, tu cara me suena mucho.

—Me estás confundido con otra persona que se parece a mí —corrigió Hernán.

—Pero si hablas igual que el "pinche-güey" de Hernán.

—Ja, ja, eso es imposible, si yo nací en Burgos, soy Bernal, el primo de Cenizo.

—Perdona, es que estoy cada día peor y me imagino muchas cosas, algunas horribles y seguramente tú eres quien eres, pero yo quiero ver en ti la cara de un viejo amigo.

—¿En qué cosas piensas?

—En la muerte, pero no solo en mi muerte, sino también en la de mi mujer y en la de mi hija, ¿por qué mi cabeza me obliga a verlas morir de forma tan espantosa? Por eso no quiero cerrar los ojos, si duermo profundamente me pierdo en una horripilante pesadilla de donde ninguno de mis seres queridos sale vivo. Estoy acojonado, nada me tranquiliza, no sé qué hacer. ¡Perdona!, ¡perdóname de verdad!, que no te conozco de nada y ya te estoy contando todos mis problemas

—Tranquilo —Hernán lo cogió de la mano—, cuéntame todo lo que quieras. ¿Has dicho que tienes una hija?

—Sí, es preciosa. En la pared tengo varias fotos.

—¿Y cómo se llama?

—Vidia

—¿Vidia? ¡Qué nombre más bonito!

—A mí, la verdad, siempre me ha parecido un poco raro. Mi mujer no consultó nada. Ya lo tenía decidido. Al final te acostumbras de tanto decirlo y escucharlo, pero nadie se llama así.

—Piensa que Vidia es como una conjunción entre la "vida" y el "día", como la vida misma.

Fueron por lo menos cinco años en los que, en su faceta de Bernal, fue a visitar a Santiago todas las tardes. Cada día, cada semana, cada mes, cada año, su amigo iba deteriorándose, perdiendo facultades. Hernán contó en el casete que de vez en cuando le tocaba la guitarra, su Candela, su guitarra Ramírez que le dejó en custodia hacía algún tiempo. Bueno, dijo que le tocaba lo que sus mullidos dedos le dejaban hacer, le cantaba alguna

canción que interpretaron en los mejores momentos de Arrecife, pero Santiago no reaccionaba, a veces respondía con distancia, como si la música le llamara la atención por algo que luego no era capaz de recordar. Hernán confesó, entre lágrimas que cuidó a Santiago en sus últimos años por mí y que, tal y como sucedió con su padre Sotero, estuvo con él hasta el final. Uno de los últimos momentos más emotivos que pasaron juntos fue cuando Bernal sacó a pasear a Santiago en silla de ruedas por las calles del pueblo. Salieron al amanecer, para no cruzarse con nadie, y vieron desde lejos que, en la torre de la iglesia de Bálsamos, las cigüeñas ya habían construido un fructífero nido.

A mí me queda el consuelo de que el verdadero reencuentro de los integrantes y fundadores de Arrecife no fue en el piso sin ascensor del barrio de Malasaña en diciembre de 1991, sino en el último lustro del siglo veinte en Bálsamos, en las postrimerías de la muerte de Santiago. En la carta hablada, Hernán no lo dice literalmente, pero yo deduzco que mi exmarido murió sabiendo que Bernal en realidad era su querido y odiado Hernán.

La muerte de Santiago ocurrió el primer día del año dos mil al tiempo que aparecieron muertos muchos gorriones en el suelo de la plaza de la Olma. Hernán se sumó de manera improvisada como uno de los sepultureros que cavaron el agujero. Después de que el párroco del pueblo dijera “que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz… amén…”, metieron el féretro de Santiago. Hernán dijo que en ese momento lloró tanto como cuando murió Sotero.

Estoy segura de que en ese momento fue la primera vez que me volvió a ver a mí, en persona, desde que nos despedimos en el aeropuerto de Barajas hacía diecisiete años, y también estoy segura de que ahí conoció en persona a Vidia, sin saber, claro, que esa adolescente era hija suya. Hernán reconoció en su carta hablada que se alegró mucho de verme pero que no se atrevió a acercarse. Era demasiado arriesgado y había pasado ya mucho tiempo para asimilarlo todo en un solo momento. Yo ahora, cuando escribo estas líneas, reconozco que no lo vi ese día en el cementerio, y si lo vi no lo reconocí.

—¿Mi hermano estuvo cinco años escondido en un pueblo de Segovia con otro nombre y viviendo con un hombre cegatón? —se alarmó Selma—, ¡pero, por favor, quién se va a creer esa historia!

—Es lo que él ha contado en los casetes. Tú misma puedes comprobarlo, yo no me estoy inventando nada —zanjé.

—¿Y después, qué pasó? —preguntó Eusebio que no dejaba de tomar apuntes en su libreta.

—No lo tengo muy claro. Después de la muerte de Santiago,

volvió a Madrid. Me comentó que sus dolores eran insoportables y que como era difícil conseguir droga pidió ayuda en centros de atención a drogodependientes.

—¿De qué estás hablando? —insistía Selma en su perplejidad—, ¿mi hermano pequeño un drogadicto e indigente? ¡Lo que me faltaba por oír! Los espero en el coche, no puedo seguir escuchando.

Se levantó de la mesa indignada.

—Perdona, Laida, no le hagas mucho caso —la disculpaba Eusebio—, está muy descolocada con todo lo que está pasando.

—No te preocupes, la entiendo perfectamente —condescendí.

Aprovechando que no estaba Selma le confesé que Hernán estaba en una situación psíquica y migratoria bastante delicada.

—Bueno. Lo primero es lo primero —dijo Eusebio, levantándose de su silla y buscándose las llaves del coche en el bolsillo—, vamos a contactar con tu hija y con tu nieta primero. Luego, iremos a buscar a Hernán a Madrid, a ese centro de rehabilitación psiquiátrica.

Mientras le abrían un expediente de extradición

El año cero marcó el paso del siglo veinte al veintiuno, los milenaristas pregonaron el fin del mundo, la llegada del Apocalipsis y el Armagedón anunciados por la furia y el descontento de los dioses pero, en realidad, fue una Nochevieja como cualquier otra. En Bálsamos, Santiago (agonizante), Cenizo el cegato, Tuerquitas y Hernán (en su papel de Bernal) brindaron con cava por el año y el siglo recién iniciados. Después de las campanadas, que escucharon en la radio, dejaron a Santiago durmiendo un sueño del que ya nunca se iba despertar. Al día siguiente Hernán comprobó, como todo el mundo, que había muchos gorriones muertos en la plaza de la Olma. Imaginándose lo peor también encontró muerto a Santiago, postrado en su cama, sin aliento y con una expresión doliente en su cara. Avisó a la gente del pueblo, el campanero tocó largos e intensos repiques de muerto, el cura vino a darle la extremaunción, la mayoría de los vecinos se acercaron a despedirse. Lo velaron en su casa, Hernán se encargó de todo. Estuvo con él todo el día y toda la noche. Al principio también estaban Cenizo y Tuerquitas, pero el cegato se sintió muy indispuesto y se fue a descansar. Hernán, a solas, frente al cadáver de Santiago no se le ocurrió otra cosa que grabar y contarle a la cara todo lo que no se animó a revelarle en el último lustro.

—No es la primera vez que necesito una pinche grabadora o una cámara de video para exteriorizar mis sentimientos frente a un hombre muerto. Primero lo hice en el funeral de mi profe Manuel Buendía, porque no me la creía, ¡pa-su-mecha! Que se lo echaron por la espalda y se "patateó" quince minutos después de darme la nota final de la asignatura de "Prácticas periodísticas". Cuando se murió mi papá, utilicé una cámara de video antes y después de ayudarle a sorber el preparado de pentobarbital. ¡Qué putada tuve que hacer! Pero te juro, Santi, que estaba sufriendo mucho y él fue quien me ayudó a hacer las cosas. Me daba instrucciones precisas y no le importaba esperar al mejor momento. Al principio no lo pude soportar y me vine a España huyendo, luego él me rogó que no lo abandonara y volví a México, pero tardé dos años en prepararme para poder ayudarlo.

Lo hice, sí, pero, ¡chale!, lo he pasado muy mal desde entonces. Cierro los ojos y veo la cara de Sotero pidiendo ayuda. No dejo de tener miedo y de pensar que me están persiguiendo porque ayudé a morir a mi papá, porque me convertí en un vulgar asesino perseguido por la chota internacional. Su enfermedad era una ¡hija de su rechingada madre!, que lo iba marchitando poco a poco, que lo iba apagando con tormentos. No podía negarme, créeme, no sé si hice bien, creo que no, porque no he vuelto a dar la cara a nadie, así como ahora lo hago contigo, sí, lo hago contigo, pero tú ya estás muerto ¡cabrón!, ¿por qué te has muerto, hijo de tu pinche madre?, ¿por qué no te conté antes estas cosas? ¿Tú crees que hace falta morirse para sentirse liberado? A mí también me dieron por muerto. Mi familia se creyó que me quedé atrapado en los escombros de un edificio de la colonia Roma en el terremoto del 85, pero yo nunca me he sentido liberado ni tranquilo. Desde entonces lo único que he hecho ha sido huir, sobrevivir a escondidas, desaparecer, pero ¿cómo se puede desaparecer si muchas de las cosas que más me importan en la vida están a mi alrededor? Sí, Santiago, aunque no me creas, tú eres una de esas cosas que más me han importado en esta vida de mierda. A pesar de todo, has sido mi carnal, mi cuate del alma, mi compa de dichas y desgracias. Piensa que has sido la única persona del mundo en quien he confiado para que cuidara de mi guitarra, Candela, y por eso te he cuidado en este último tramo de tu vida sin tener la certeza de que supieras si yo era ese “pinche-güey” por el que suspirabas o te enfadabas. Santiago, se me saltan las lágrimas y se me quiebra la voz, pero tengo que confesarte una cosa que también llevo guardada en el pecho y que deberías saber, aunque ya sea demasiado tarde: antes de volver a México, a finales del 83, la noche anterior, me acosté con Laida. Sabía que era tu novia y a mí eso de pedalear las bicicletas ajenas no me parece que sea lo más correcto. Perdóname por ese incidente, pero también tengo que pedirte perdón porque no he podido borrarla de mi cabeza desde entonces, lo he intentado, pero nunca lo he conseguido. Mañana seguramente vendrá a tu entierro y no sé si seré capaz de decirle algo. Por eso estoy grabando esta conversación contigo, para que la escuche sin que yo esté presente, para que me ayude a recuperar los años perdidos. Mira, si no soy capaz de darle el pésame mañana le enviaré este casete por correo.

A Hernán le llamó la atención que Cenizo no hubiese ido al entierro de Santiago. Tuerquitas fue a su encuentro y comenzó a lamerle los cordones de los zapatos. Hernán se imaginó otra vez lo peor. Acababa de enterrar a Santiago y cuando llegó a casa de

Cenizo también lo encontró muerto, recostado en su cama con expresión doliente. Cenizo había pronunciado una auto-profecía que se cumplió con Santiago y con él. Al final resultó ser verdad que sus vidas fueron dos líneas que se cruzaban continuamente y que terminaron al mismo tiempo y en el mismo lugar. Esa misma noche veló a Cenizo en su casa, el campanero repicó, el cura rezó, la gente se despidió y al día siguiente lo enterraron en el cementerio de Bálsamos, en una fosa contigua a la de Santiago. Hernán estuvo algunas semanas en casa de Cenizo, acompañado por Tuerquitas, pero finalmente decidió volver a Madrid a buscar un viejo amor en el que había creído demasiado.

Metió en una mochila la grabadora, casetes grabados y por grabar y algo de ropa. En una mano llevaba el estuche de su guitarra Candela y, en la otra, la correa de Tuerquitas, que desde entonces ya no lo abandonó. Llegaron a Madrid el 11 de septiembre de 2001, el mismo día en que dos aviones de pasajeros se estrellaban en las Torres Gemelas de Nueva York. Ese día la gente estaba muy pendiente de un acontecimiento a escala global que superaba la ficción de las mejores películas catastrofistas. Hernán estuvo en varios comedores sociales y albergues para indigentes en Madrid. Se ganaba unas pocas monedas al día tocando la guitarra en los parques, pero eso no era suficiente para amortiguar sus padecimientos. Entró en contacto con varios centros de atención a drogodependientes para intentar desengancharse de los estupefacientes y superar sus dolores de una manera más sana y controlada. Hernán entró en una espiral sin salida a finales de ese año, después de que un grupo de indigentes, aparentes compañeros de calle, le dieran una brutal paliza debido a que Tuerquitas se había comido buena parte de los víveres que tenían reservados para celebrar las navidades. Entre todos atraparon a la perra y la degollaron con una botella rota, le rompieron la guitarra en varios trozos y a él le fracturaron dos huesos del brazo derecho y le rompieron el tabique nasal. Lo atendieron en urgencias del Hospital “12 de octubre” con un fuerte ataque de ansiedad por la muerte de Tuerquitas. Como presentaba un cuadro muy inestable y no tenía su documentación actualizada como extranjero, la policía aconsejó llevarlo a un centro público de rehabilitación psiquiátrica de la Comunidad de Madrid mientras le abrían un expediente de extradición.

Cerré mi billete de vuelta a Madrid

Cuando vi por primera vez San Cristóbal de las Casas no me recordó en nada a Bálsamos, pero experimenté sensaciones parecidas. Esta vez no me esperaban en la plaza principal Santiago y Hernán, pero fui muy feliz de todas formas porque ese mismo día conocí a una niña de tres meses que se llamaba Yolanda y que además de estar preciosa era mi nieta. Lo primero que pensé, como abuela a los cuarenta, fue en lo que pensarían mis obstinados padres al saber que su trascendencia seguía siendo intrascendente con sus pretensiones viriles. También pensé en que Hernán y Vidia habían elegido la misma ciudad para vivir (coincidencias de la vida). Cuando llegamos a San Cristóbal fuimos a la iglesia de la Merced para hablar con las monjas que pertenecían a la misma orden que la parroquia del barrio de Chamberí. Las monjas nos dijeron que no sabían nada de Vidia, que no la habían vuelto a ver desde que escapó con el muchacho de la radio. Sin embargo, la monja más joven me apartó un momento en un pasillo y me dijo casi en secreto que fuera, yo sola, a las afueras de la ciudad, a un barrio que se llamaba “Salsipuedes”. Me anotó una dirección y me dijo que preguntara por “Leocadia”. Los hermanos de Hernán me acercaron y se fueron a alojar a un hotel. Yo seguí al pie de la letra las instrucciones. Con tal suerte que di con mi nieta. Esa noche no dormí por no quitarle el ojo a Yolandita. Varias veces la saqué de su canasta para abrazarla sin importarme que se despertara y llorara con rabia.

—¡Mi niña bonita! —le hablaba emocionada—. Si supieras que llevo semanas haciendo antesalas y entrevistas desde la Embajada de España hasta la Secretaría de Relaciones Exteriores, que he pedido ayuda en todas las puertas que he tocado, desde Cáritas hasta la Cruz Roja, desde las Parroquias de las Misioneras hasta la casa de la familia de tu abuelo Hernán. Que estoy aquí gracias a Selma y a Eusebio que me han traído en coche... Yolanda, Yolandita, ¿por qué te habrán puesto ese nombre?

La señora que cuidaba a Yolanda, que era la madre de la monja joven, mandó avisar a Vidia de que yo me encontraba en San Cristóbal. Ella se acercó de madrugada. Yo estaba sola en esa habitación con Yolanda. La pobre criatura se cansaba de mis

brazos, pero nada ni nadie me iban a obligar a soltarla. Sin embargo, poco después, y muy a mi pesar, tuve que dejarla en su camita cuando vi aparecer entre las sombras a Vidia. El abrazo fue tan largo que hasta después de un buen rato no me di cuenta de que ya era una mujer hecha y derecha, a pesar de sus escasísimos diecisiete años.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —me preguntó asombrada.

—Es una larga historia —respondí sin querer estropear el momento. Sabía que cualquier cosa podría modificar ese instante en el que las tres estábamos juntas como no había ocurrido antes.

—Pues ya puedes empezar a contármela —me amenazó Vidia.

—Yo también tengo derecho a pedirte lo mismo —le advertí.

Mi mejor recuerdo de las madrugadas chiapanecas tiene que ver con la liviandad del ambiente, el olor de la humedad y el rechinar de los grillos al borde del amanecer. Esa vez, solo antes me lo había imaginado, creí que podía tocar el cielo por el simple hecho de estirar la mano. Llegar a lo más alto con tan solo proponérmelo y, así, sin darme cuenta, verme como una gaviota frente al mar. Me vi tan cerca del cielo, tan cerca, que la única forma que se me ocurrió para poder verme junto a aquellas nubes andariegas fue volver a pisar la tierra. Esa madrugada no era capaz de reconocer la indiferencia. Supuse que estaba en otro de esos momentos importantes que una tiene en la vida y que no podía dejar pasar de largo. A Vidia la acompañaron Rolando y otros dos señores que vestían con gabanes y sombreros. Yo no vi que trajeran armas, ni pasamontañas, pero estaban muy nerviosos. Vidia fue a verme para decirme que no me mezclara en el asunto. Que ella sabría resolverlo. Incluso llegó a decirme que sería peligroso para mí estar en San Cristóbal más tiempo. Prácticamente me obligó a que me fuera al día siguiente. Yo no quería que esa madrugada terminara. Cuando Vidia se enteró de que Hernán era su verdadero padre no me lo perdonó, ni creo que lo haga nunca. Durante años fingí una situación que distraía la atención de ella. Le hacía ver en Santiago una figura que nunca consiguió hacer suya. Quizá por eso desarrolló ese afán de hacer valer sus propias decisiones al margen de su familia. Intenté hacerle comprender que las dos nos encontrábamos en una misma situación, ante la posibilidad de empezar de nuevo juntas. La conversación con Vidia, aunque tierna, no sirvió para convencerla de que dejara esa vida y se viniera conmigo a Madrid. Prefirió seguir su propio camino, a pesar de todos los inconvenientes de ser declarada persona *non grata* por las autoridades mexicanas, a pesar de que Yolanda todavía no había sido vacunada de

poliomielitis, difteria y sarampión. Me quedó la esperanza de que, aunque mi hija se enfadó conmigo cuando le confesé un pasado familiar que no conocía, por lo menos se despidió sintiéndose más segura de sí misma.

La vuelta a la Ciudad de México en coche fue un viaje interminable. Yo tenía mucha necesidad de hablar con los hermanos de Hernán, pero ellos venían muy serios, tristes y compungidos. Eusebio, al volante, sólo repetía en voz alta la pregunta "¿Y ahora qué chingados vamos que hacer?", Selma, por su parte, se ponía a llorar cada vez que escuchaba a su hermano hacer la misma pregunta. Paramos en una gasolinera y, mientras Eusebio bajó del coche, Selma sacó de su bolso la carta que yo le escribí a Hernán hacía siete años atrás. La había leído y no la había tirado. Me la dio y nos abrazamos como pudimos: ella en el asiento de adelante y yo en el de atrás. Cuando Eusebio volvió a entrar en el coche no dejamos de hablar y de diseñar planes. Regresamos a la casa de San Ángel y esa misma tarde cerré mi billete de vuelta a Madrid.

Otro pasaporte falso

A mi vuelta, la casa de Chamberí estaba más vacía que nunca. Llegué un martes a las siete de la mañana y ese mismo día estaba en la recepción del Psiquiátrico de Madrid interesándome por el enfermo Bernal Castillo Díaz. Me preguntaron el parentesco y les dije que era una amiga. Una médica me condujo a una habitación, pero antes me entretuvo en el descansillo de una escalera.

—¿Usted sabía que el señor Bernal Castillo tiene fatiga, falta de equilibrio, dolores musculares, alteraciones visuales y cognitivas, dificultades al hablar, temblores…

—Hace poco me he enterado de que estaba enfermo, pero ¿qué tiene?

—Podría ser esclerosis múltiple, pero… nunca se ha tratado correctamente. Lo único que ha hecho, de manera continuada, ha sido drogarse para no sentir o para olvidar los dolores. Está muy mal. De hecho, creemos que ha perdido muchas de sus facultades físicas y mentales. Aunque…

—Aunque ¿qué, doctora? —pregunté un poco alarmada.

—No sé, pero parece que también hay un alto nivel de hipocondría en sus actitudes.

—¿Me está diciendo que el enfermo no está tan enfermo?

—Creo que sí. Pero eso no significa que esté sano, su estado de salud es muy mejorable.

—¿Puedo verlo? —insistí.

—Por supuesto, pero tenga en cuenta que su situación migratoria es muy irregular, al no ser español ni residente de la Unión Europea tendrá que abonar los servicios médicos prestados.

—Por eso no se preocupe. Ya he avisado a su familia mexicana y me han dicho que pronto vendrán a recogerlo y a pagar las facturas que sean necesarias. ¿Puedo verlo ya?

Me dejó en la puerta de una habitación en la que había cuatro camas y tres pacientes. Un señor de avanzada edad estaba tumbado en una cama, dormido, colocado en forma de feto. Roncaba, pero si se escuchaba un ruido de fondo dejaba de roncar, luego, continuaba en lo suyo. No se movía, pero parecía que estuviera despierto. Había otro enfermo que leía el periódico, pero no era capaz de mantener el papel ni la cabeza quieta. Lo veía moviendo la cabeza de izquierda a derecha y

acompasadamente también movía los brazos de izquierda a derecha. Para colmo era capaz de leer en esa situación porque lo hacía en voz alta. Después de leer y pronunciar cinco palabras (no menos ni más de cinco palabras) soltaba una risa nerviosa que terminaba silenciando al compañero de habitación que dormía roncando. La tercera persona estaba de espaldas a la puerta de la habitación, veía tras la ventana y no se dio cuenta de que yo estaba detrás de él. Solo se percató de que yo estaba en esa habitación el enfermo que roncaba porque dejó de roncar en cuanto pronuncié un nombre.

—¡Hernán! ¿Eres tú?

No me hizo caso. Seguía atento en perder la mirada tras la ventana. El enfermo de los ronquidos dejó de hacerlo un largo rato y el que leía en voz alta también dejó de reír.

—¡Hernán! Soy yo, Laida. ¿Te acuerdas de mí?

Seguía inmóvil. En ese momento unas enfermeras entraron en la habitación. Despertaron al que roncaba y se lo llevaron a otra parte. El que leía en voz alta, por sus propios pies, salió detrás de las enfermeras. Estaba sola con él y no conseguí que me dirigiera la mirada. Me acerqué hasta ponerle una mano sobre su hombro derecho y fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien estaba detrás de él. Su reacción fue inmediata y brusca. Se arrinconó en una pared y se tapó la cara en actitud de defensa. Lo cogí por los brazos y le descubrí el rostro y entonces vi a una persona que no conocía. Era prácticamente imposible saber si era Hernán porque tenía muchas cicatrices y una expresión de pavor. No pude evitar pensar en Pelayo, el marinero asturiano al que no le importó llegar a la indigencia con tal de mantener vivo el recuerdo de su irrefutable amor. No pude conversar con él. No mostró ninguna señal de reconocimiento. Le dije que yo era la chica a la que le había inventado un nombre. Le hablé de Arrecife, de Bálsamos, de Cenizo el cegato, el que tenía una mano postiza que había pertenecido a un leñador que anteriormente se la había cortado con un hacha, también le hablé de Tuercas y Tuerquitas, de Pelayo y Celaida en las playas de Veracruz, de su esposa oficial que vivía en Florencia, del asesinato de Manuel Buendía, de que Santiago había muerto y de que mi hija también era su hija, que con cuarenta años ya éramos abuelos… Nada. Cerré la boca antes de que las enfermeras me abrieran a mí un expediente. Al volver a casa llamé por teléfono a México y les comenté a Selma y a Eusebio que había visto a su hermano, que no estaba bien, pero que al menos estaba vivo. Las autoridades del hospital me dijeron que el paciente Bernal Castillo tenía un procesamiento abierto de extradición porque no tenía sus papeles

en regla. Solo los familiares cercanos podrían sacarlo. Cuando terminé de explicarle la situación a Eusebio por teléfono, le pregunté si podía ponerse en contacto con el abogado Rodrigo Canal para conseguir otro pasaporte falso y actualizado para él.

Lo que vamos a hacer

Son las 20:02 horas del 20/02 del año 2002. El avión de Iberia procedente de México acaba de tomar tierra. Este efecto de triple capicúa no ocurría desde las 11:11 horas del 11/11 del año 1111 (hace ochocientos noventa y un años) y no volverá a ocurrir hasta las 21:12 horas del 21/12 del año 2112 (es decir, dentro de 110 años). Sin lugar a dudas este momento tri-palíndromo es único y solo se puede vivir de dos formas: sin darse cuenta o poniendo todas las energías en hacer coincidir pasado-presente y futuro en ese minuto integrador de los flujos temporales. De pronto todo se articula, se alinea, se puede ver la vida de un solo vistazo. En ese avión ha llegado Eusebio. Apago el ordenador. Pago la cuenta. Me voy a esperarlo a la puerta de salida. Nuestros planes son ir a recoger a Hernán al psiquiátrico lo antes posible. Eusebio trae otro pasaporte para su hermano pequeño y se encargará de llevárselo de vuelta a México con el mismo nombre falso con el que llegó a España hace siete años. Yo me iré con ellos y en cuanto Hernán se reponga ya decidiremos lo que vamos a hacer.

Me puedes llamar así

Al día siguiente, mientras Eusebio gestionaba la salida de su hermano del centro de rehabilitación psiquiatrica, yo me fui directamente a la habitación de Hernán. Reconozco que estaba bastante desanimada, porque él no salía de su amnesia y la falta de autoestima era considerable. No había sido capaz de recordar nada, ni de asociar un nombre con una fecha, una atmósfera con algún pasaje, una cualidad con una sonrisa. Parecía un abstraído, un ausente de sí mismo. La última vez que estuve con él, que fue ayer mismo, en mi intento por devolverlo a la realidad, pensé que mejor sería regresarlo a un mundo que él mismo se había inventado. Por lo mismo, el día que lo fuimos a recoger me llevé algunas cartas y textos que tenía de él y le dije que por fin los dos habíamos encontrado el "voraz frenesí". Al escuchar estas palabras me atendió con mucho más interés. Me hizo que le leyera algunos de los textos y luego, interrumpiéndome, se me quedó mirando con una expresión que más se le iba pareciendo a él y me preguntó con voz muy baja.

—¿De verdad crees que existe el "voraz frenesí"?

—Sí. Definitivamente —le dije.

A pesar de que ese día de febrero estaba haciendo mucho frío, debajo del abrigo llevaba un vestido blanco de tirantes muy ligero. Me quité el abrigo y me senté con los pies encogidos sobre el asiento, con la mano izquierda entre las piernas. Esa mañana llevaba una melena corta, despeinada y fijé mi mirada en un punto fijo, le dije que una línea atravesaba mi pensamiento en dirección al horizonte más lejano.

—¡Yo a ti te conozco! ¿En dónde te he visto antes?, que tu cara me suena mucho.

—Quizá soy como esa chica que no le importó morir con tal de perseguir su incontestable amor, la que volvería a tirarse al mar para seguir buscando un viejo amor en el que había creído demasiado.

—Pero ¿tú quién eres? ¿Cómo te llamas?

—¿Qué cómo me llamo? Laida… no es mi nombre, pero me puedes llamar así.

Índice